Magela Ronda

ANTONIO VEGA

Una vida entre las cuerdas

Biografía autorizada

ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
Agradecimientos
Introducción
Primera estrofa. De sol, espiga y deseo
Segunda estrofa. De nieve, huracán y abismos
Tercera estrofa. Silencio, brisa y cordura
Cuarta estrofa. El sitio de mi recreo
Versos libres. Un tipo feliz
A modo de epílogo. Seis cuerdas para contar emociones infinitas
Bibliografía
Discografía de Antonio Vega
Láminas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

You
Tube

SINOPSIS

Antonio Vega arrastró durante toda su vida una fama de poeta maldito, de ser un artista al borde del precipicio, un hombre que jugaba peligrosamente con los claroscuros de la vida. Sin embargo, a través de sus canciones, Antonio desnudaba el alma y se mostraba sincero ante quienes de verdad quisieran escuchar y entender. Sin escondrijos ni dobleces, nunca ocultó ni se ocultó de la persona que eligió ser sin que importaran las consecuencias.

Autor de letras eternas, compositor de melodías inolvidables y un guitarrista demasiadas veces ignorado, en el cuadro que Antonio Vega dejó a medio pintar, en la vida que dejó a medio escribir, esos huecos solo pueden dibujarlos aquellos que le conocieron, le amaron y le acompañaron.

Este relato pretende abarcar y explicar la vida de un artista transformado en icono, de un hombre fascinante y magnético que nos hechizó a todos con la especial delicadeza de su voz y la magia de sus canciones. Vega nunca pudo o nunca quiso echar raíces demasiado profundas, quizá porque temía que le impidieran volar, quizá porque intuía que le impedirían vivir, quizá por eso, Antonio Vega, siempre tuvo el corazón en las estrellas.

MAGELA RONDA

ANTONIO VEGA
Una vida entre las cuerdas

«Todavía no he encontrado el sentido de mi vida, pero sigo buscándolo cada día y en cada canción».

Antonio Vega

Agradecimientos

A Carlos Vega, Laura Vega, Cristina Vega, Nacho García Vega, Carlos Brooking, Nacho Béjar, Basilio Martí, Teresa Lloret y Carlos Narea.

Gracias a todos por concederme permiso para curiosear y preguntar, por desempolvar recuerdos y contarme, con la mirada y la sonrisa brillantes, la historia de un amigo, un hermano, un compinche.

Gracias a todos por la sinceridad y el cariño y, sobre todo, por permitirle a una extraña colarse en vuestras vidas para contar quién fue Antonio Vega.

Mi único deseo es que estas páginas estén a la altura de vuestra generosidad y espero haber logrado intuir y relatar la esencia de la persona y el artista.

Gracias, profundamente gracias, por este extraordinario regalo.

Introducción

Es probable que, al empezar a leer este libro, ya esté sonando un disco de Antonio Vega. Dependerá de cada quien, si se trata del *Básico*, el *No me iré mañana*, el *Antes de haber nacido*, el *3000 noches* o una lista personalizada. Apetece ambientar el viaje y, en esta ocasión, la elección es tan obvia como obligada.

Es probable también que se desperecen los recuerdos y la nostalgia. Sonreír al recordar aquella vez que vimos tocar a Antonio Vega en Clamores, cuando escuchamos por primera vez «Chica de ayer» o descubrimos «El sitio de mi recreo»… Hay lugares comunes en cada generación y no es necesario haber pisado el Penta para sentir que estuvimos allí bailando y gastando las noches de los ochenta.

Descubrir y contar quién era Antonio Vega es la motivación y tarea de este viaje al pasado. Solo hay una norma: no llevar equipaje. No se admiten maletas ni ideas preconcebidas. Es preferible caminar con las alforjas vacías, libres de juicios y veredictos, listas para llenarlas de lo que sea que encontremos en el camino. Descubrir y contar quién era Antonio Vega será, con toda probabilidad, un quehacer apasionante y enrevesado. Habrá que unir las piezas del puzle de la personalidad de Vega a través de las miradas de las personas que le conocieron.

Limpiemos el espacio de prejuicios, dispongámonos a escuchar. Cedamos la palabra a los protagonistas y a los hechos. Podemos aplicar un razonamiento científico o podemos sencillamente dejarnos llevar o quizá, como hacía Antonio Vega, ambas cosas. ¿Cómo contar la vida de alguien que ya se ha ido? Desde dónde explicar arrebatos, decisiones o querencias ajenas cuando ni siquiera podemos explicarnos a nosotros mismos. ¿Cómo entender a alguien que ya no está? El personaje principal de este relato lo dibujarán aquellos que lo conocieron. Cada cual con su propia mirada, su experiencia y opinión particular.

Es probable que, al avanzar en la lectura de estas páginas, el paisaje se transforme poco a poco, la niebla se desvanezca y la imagen de Antonio Vega empiece a tomar forma: compositor, guitarrista, poseedor de un increíble magnetismo, encantador de serpientes, honestidad… Algunas palabras se repiten con notable frecuencia. La

personalidad de Antonio Vega, con todos los ángulos y aristas, se empieza a siluetear. Aun así, todavía se percibe borroso, habrá que seguir avanzando.

Una de esas aristas parece empeñada en desdibujar el conjunto. Antonio Vega arrastró una fama de poeta maldito, de artista siempre al borde del precipicio y sí, con una peculiar y peligrosa manera de vivir su vida, algo que para muchos resulta unas veces difícil y otras imposible de entender. Que quede dicho. De los matices y el relato de las circunstancias nos ocuparemos más adelante. Pongámoslo todo en su lugar y, con el ánimo más sosegado, podremos continuar el viaje y tratar de entender.

El tiempo dulcifica los recuerdos y propicia el perdón. Hay que perdonar y perdonarse para poder abrir el alma y recordar y contar al amigo. En estas páginas hay un poco de todo eso: reivindicación, perdón, amor, verdad, lealtad… Desconozco en base a qué criterios se debe valorar una vida: ¿por su obra?, ¿sus actos?, ¿sus palabras?, ¿los amigos que dejas…? Tampoco sé si todo eso importa. Quizá sea preferible exponer los hechos y esperar a sentir qué nos sucede cuando lleguemos al final de la historia de Antonio Vega.

Me viene a la cabeza «La última montaña». El lenguaje necesario para describir y explicar a Antonio Vega se parece al lenguaje de sus canciones. El artista se parece a su obra y se necesita la obra para explicar al artista.

> Camino sin ver el final
> y el paso que aún no he dado ya está atrás,
> ¿estoy llegando? ¿o he llegado ya?
>
> Como los ríos prometí
> el nunca retroceder,
> pero ellos caen, se dejan ir, yo
> mi peso he de vencer.
>
> Arena que cede al andar,
> paredes que se dejan abrazar,
> parece que la cumbre cerca está,
> algo más cerca que ayer.
>
> «La última montaña»,
> *No me iré mañana* (Polydor, 1991).

Que el viajero disfrute de la travesía. Nos volvemos a encontrar al final del camino.

PRIMERA ESTROFA

De sol, espiga y deseo

El corazón en las estrellas

En su nombre, Antonio Vega llevaba una estrella, en su interior muchas más. Sus estrellas le hablaban con el lenguaje de la música, le susurraban armonías y acordes desconocidos que solo unos pocos músicos eran capaces de descifrar. Se hacía indispensable preguntarle cómo había llegado hasta allí, y Antonio, generoso como sus estrellas, cogía la guitarra y, en una décima de segundo, convertía lo complejo en sencillo, la duda en certeza, la pregunta en respuesta. Luego te miraba y sonreía, con esa manera especial de sonreír con los ojos. Era una risa alegre y silenciosa, de esas que solo manejan unas pocas personas de espíritu honesto y desprendido, una risa en la que se adivina la infancia, la mirada del niño que descubre y se asombra con cada detalle, fascinante o terrible, minúsculo o abrumador, con que nos sorprende la vida.

Fue un músico de voz de terciopelo y un compositor de melodías sugerentes, evocadoras y seductoras. Igual que lo era él, igual que su esencia, indicios de un vasto universo interior. El artista se parecía a su obra y fue dejando pedazos de su corazón en cada riff, en cada verso. No nos encontraríamos escribiendo estas líneas de no ser así, no estaríamos tratando ahora de comprender al hombre y al creador. Desenredar emociones nunca fue tarea fácil, ni siquiera para Antonio Vega.

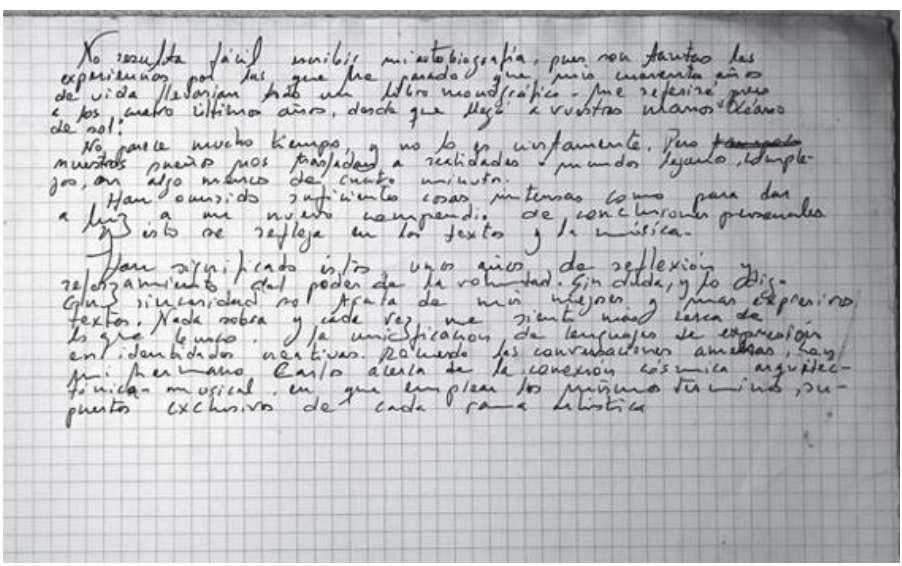
Antonio era un perfeccionista, un hombre de mente científica y racional: emborronaba libretas, tachaba adjetivos, y reescribía versos, incapaz de conformarse con un lenguaje superficial que no explicara con precisión y delicadeza el enrevesado mundo que vibraba en su interior. Grande, gigante, universo. Nunca pudo o nunca quiso, qué importa eso ya, echar raíces demasiado profundas, quizá porque temía que le impidieran volar, quizá porque intuía que le impedirían vivir,

quizá por eso, Antonio Vega, siempre tuvo el corazón en las estrellas.

Nacer con prisa

«Yo nací un 16 de diciembre, el de 1957 en particular, con mucha prisa, pues solo habían transcurrido siete meses y medio de embarazo materno. Dos hermanos esperaban por mí en los albores del uso de la razón y tres hermanas por llegar completarían la raza de los Vega…». Con estas palabras comenzó a escribir Antonio Vega lo que buscaba ser el relato de su vida, el resto de la narración se perdió para siempre en el incendio de su casa del barrio de Ríos Rosas.

Es fácil imaginar que Antonio se hubiera entretenido durante un buen puñado de páginas en relatarnos una infancia feliz en la casa familiar, junto a sus padres y sus cinco hermanos, primero en General Moscardó y más tarde en el acomodado barrio de La Piovera de Madrid.



Antonio, él mismo lo cuenta, llegó con prisa a este mundo, y a Mari Luz Tallés, su madre, se le quedó dentro la sensación de que ese hijo suyo precisaba cuidados extra, que venía con una cierta debilidad de nacimiento y necesitaba por tanto doble ración de amor maternal. Antonio Vega siempre fue de su madre, ella era su figura de referencia y los dos compartían rasgos, carácter y una especial y desbordada sensibilidad. Mari Luz no dudó en volcarse con el mediano de sus hijos y de alguna manera transmitió su sensación a los demás, en una familia numerosa como eran los Vega Tallés todos debían echar una

mano con la intendencia familiar, a todos los niveles, todos cuidaban de todos.

La intuición de una madre es poderosa, aunque nada en la infancia de Antonio Vega parecía darle la razón. Antonio, eso sí, fue un niño inquieto al que había que motivar y «alimentar» con estímulos constantes, y eso, de alguna manera, le convertía en un niño agotador, en el mejor sentido de la palabra. Es aventurado utilizar la palabra «normal» para definir a una persona, adulto o niño, la normalidad es un territorio extenso y subjetivo, así que sería más acertado escribir que Antonio no fue un niño corriente. Tuvo una infancia normal, común, feliz, aunque, demasiado a menudo, su cabeza le llevaba a lugares diferentes y más profundos que a cualquier otro niño de su edad. Antonio tuvo desde siempre una necesidad urgente por aprender, dominaba el razonamiento lógico, hacía preguntas y esperaba respuestas lo suficientemente satisfactorias, no se conformaba con evasivas o ambigüedades. Esa infrecuente necesidad de encontrar respuestas, unida a la tendencia del pequeño Antonio a evitar el conflicto, le hacía tener ciertas actitudes que preocuparon a Mari Luz, quien decidió llevar a su hijo al psicólogo para que le hicieran un estudio completo. Resultado: Antonio era un niño «normal», solo que, con una capacidad intelectual muy alta, su coeficiente era de 168, era un chaval superdotado. «Tengo una noticia buena y una mala —les dijo el psicólogo—. La buena es que tiene el mismo coeficiente intelectual que Einstein, la mala es que no os puedo dar la enhorabuena, estos niños suelen ser muy problemáticos».

En los años sesenta ni se hablaba ni se distinguía entre PAS (personas altamente sensibles), personas con altas capacidades y superdotación; como en tantas otras disciplinas, el cuidado o la simple atención a la salud emocional estaban todavía en pañales y se percibía más como ciencia ficción que como ciencia. Y sucede que las altas capacidades y la superdotación suelen ir unidas a una alta sensibilidad, entre cuyas características está una casi inevitable necesidad de rehuir el conflicto. «Antonio evitaba los conflictos y es que, además, le afectaban sobremanera. Siempre fue muy sensible, y cualquier disputa, cualquier cosa que se escapara, digamos, a su nivel de aceptación de la situación le generaba incomodidad, porque tenía una hipersensibilidad tremenda. Al final, las personas que tienen ese nivel de sensibilidad en el fondo están permanentemente alerta y pendientes de las reacciones de los demás, sobre todo si tienes esa capacidad intelectual que tenía Antonio. Acabas incluso montándote películas que no son reales: “Este me ha mirado mal”. Pues no, este no te ha mirado mal… Simplemente te ha mirado. Si vas más allá en el

análisis, te puedes acabar quedando con que te ha mirado mal y que te ha mirado mal por esto o por lo otro, con lo cual pues acabas creándote una película irreal» (Carlos Vega).

La vida en la pensión Tallés

Ricardo Vega, padre de Antonio, era un prestigioso médico traumatólogo de origen leonés. Mari Luz Tallés era la dueña y señora de su casa, una madre leona dedicada a cuidar del hogar familiar y educar a su numerosa prole. Lo de ser familia numerosa venía de lejos, pues los bisabuelos de los Vega eran veinticuatro hermanos y las ramas del árbol genealógico Vega Tallés eran frondosas y pobladas. Entre tíos, primos, primos segundos y amigos de la chiquillería, las celebraciones familiares nunca reunían a menos de veinte o treinta personas. Con seis hijos en casa siempre había un cumpleaños, un santo, una fiesta que celebrar, y en casa de los Vega se celebraba todo. Mari Luz nunca cocinaba solo para los ocho de casa, pues siempre había invitados espontáneos a la mesa, hasta el punto de que los amigos de los hermanos mayores, Ricardo, Carlos y Antonio, llamaban a la casa de los Vega la pensión Tallés.

En contra de la imagen que la mayoría de la gente se ha formado de Antonio Vega, nunca fue un niño tímido. Tenía lo que podríamos describir como una timidez relativa o selectiva, pero era sociable y disfrutaba haciendo el payaso en las reuniones familiares. Los Vega Tallés eran una familia, con esa connotación especial del término que se da en las familias numerosas, donde todos los miembros colaboran y nadie se escaquea a la hora de ayudar a poner o quitar la mesa, hacer la cama u ordenar su habitación, y si a alguien se le pasaba por la cabeza intentarlo, se llevaba una buena colleja de alguno de los hermanos. «Antonio no se hacía el despistado. Para él era como un juego, era parte de la fiesta. Aquí estamos todos juntos, ¿qué hay que hacer ahora? Pues lo hacemos. Y como no había opción de escaquearse, hacerlo con la mejor de las caras» (Carlos Vega).

Antonio era un niño rebelde, pero rebelde con causa, con sus razones. Tenía la necesidad de entender el mundo, todo lo que sucediera en el mundo, desde la física cuántica hasta por qué hay que ponerse crema solar. Cuando se rebelaba era porque estaba convencido de que tenía que hacerlo, de que no había que aceptar todo lo que le dijeran viniera de quien viniera… A no ser que le convencieran de lo contrario y en ese rifirrafe dialéctico había que exponer suficientes argumentos para persuadirlo; aun así, no resultaba pesado en la defensa de su criterio. Quería y necesitaba llegar al fondo

de las cosas, pero si esa defensa llevaba al conflicto, entonces paraba y se quedaba a solas con su razón.

Y luego estaba, por supuesto, el deporte, la necesidad de gastar toda esa energía, de moverse, de expresarse también físicamente. Antonio fue un niño activo, nervioso y un gran deportista. «Era un superdotado en los deportes. En lo que se metiera destacaba, porque era muy fibroso, muy nervioso en el sentido físico. Tenía una capacidad física tremenda. Yo creo que en parte por eso llegó hasta donde llegó, quiero decir, al final, su organismo por lo menos estaba preparado para el castigo. Antonio hizo judo, mucho kárate, alpinismo, atletismo… En realidad, para él, el deporte era también una necesidad» (Carlos Vega).

El pequeño Antonio acumulaba aficiones, saltaba de una a otra y las vivía con obsesiva intensidad, como si quisiera exprimir al máximo lo que fuera que emprendiera y, además, parecía resultarle sencillo. No necesitaba esforzarse por aprender tal o cual técnica, pero sí buscaba dominarlas, quizá para entenderlas a un nivel más intelectual, más racional, como si detrás de cada afición se escondiera la respuesta a una de las grandes preguntas o intuyera un significado oculto que necesitaba encontrar. Ya desde niño, en lo que se metía, se metía de lleno, de una forma obsesiva y pasional. Para lo bueno y para lo malo, no existía el término medio en Antonio Vega.

Cuenta su hermano Carlos, con una sonrisa en la mirada al recordar a su hermano, aquella vez que sorprendió a Antonio encaramado a lo alto del armario de la habitación que compartían, provisto con el equipo de escalada completo: crampones, piolets… Antonio dijo que estaba coronando una cima, Carlos sabía que solo estaba destrozando el armario. Antonio tenía doce o trece años, y esta vez le había dado por el alpinismo. Estaba fascinado por la escalada, la montaña, el camino… y si no podía salir a la sierra, no importaba, su casa estaba repleta de armarios. La pasión por la escalada, junto con la música y la guitarra, es una de las obsesiones que acompañaría a Antonio durante toda su vida de adulto. Para muestra, «La última montaña», uno de sus temas preferidos, un tema que nunca quiso dejar de tocar.

Espiar tras la puerta

En casa de los Vega Tallés, la música era casi un miembro más de la familia. Ricardo Vega padre había cantado ópera en sus años mozos, el tío Tino era barítono profesional, había una cultura y un interés musical evidente en todos los Vega Tallés. En cuanto a música clásica

iban servidos y fue el padre quien les descubrió a sus hijos la música moderna el día en que trajo a casa un disco de los Beatles.

Al notar el interés de sus hijos mayores por la música, Mari Luz contrató un profesor de guitarra para darles clase a Ricardo y a Carlos. Tenían diez y doce años, Antonio solo siete, sus manos eran demasiado pequeñas para coger el instrumento, tendría que esperar unos años hasta que llegara su turno. Sin embargo, a Antonio no le convencía mucho eso de tener paciencia y esperar. No era un argumento válido para él.

Las deseadas clases de guitarra se impartían en la sala de espera de la consulta médica del padre de los Vega. Había unas puertas correderas que daban a su despacho, vacío durante las clases, excepto por el pequeño Antonio que, escondido y en silencio, abría una rendija en la puerta y espiaba y escuchaba atentamente las explicaciones del profesor. Al acabar la clase, Antonio corría a su habitación, cogía una guitarra e intentaba reproducir de memoria la lección de ese día. Que sus hermanos mayores tuvieran permiso para explorar un mundo nuevo y fascinante al que a él se le negaba la entrada era algo inadmisible, casi una absurdidad, para la manera de ser de Antonio Vega.

Nunca llegó a recibir clases de música. Más allá de la típica asignatura, con un contenido muy elemental en el Liceo Francés, su único profesor de guitarra fue su hermano Carlos, quien, al ver el interés que mostraba Antonio por la música, se sentaba a su lado para enseñarle acordes, giros, solos y tratar de responder a las interminables preguntas de su hermano pequeño. «Antonio era sorprendente, por eso yo me animaba más a enseñarle todo lo que pudiera, porque realmente no solo era una esponja en cuanto al interés que tenía, es que tenía unas cualidades absolutamente excepcionales» (Carlos Vega).

Aquellas clases fueron la semilla de la mayor de las pasiones de Antonio Vega. A lo largo de su vida iría cambiando de intereses, de aficiones, pero la música, en el sentido más amplio del término, la ambición por componer y por dominar la guitarra parecía no tener fin, daba la sensación de que siempre existía la posibilidad de ir más allá, de seguir aprendiendo, un algo inagotable que no le cansaba y jamás le traicionó ni le decepcionó.

Antonio y Carlos compartían habitación e inquietudes y, con los años, entre los dos se fue forjando una complicidad especial en muchos sentidos. Como sucede a menudo, el pequeño Antonio, aunque de carácter independiente y libre, tenía siempre un ojo puesto en su hermano mayor, quien le iba enseñando y abriendo camino. A

los dos les dio por coleccionar discos, ahorrar la paga semanal y cuando el bolsillo estaba lo suficientemente lleno peregrinar hasta su tienda de discos habitual y comprar ese último vinilo de Larry Carlton o Jimmy Hendrix, o Crosby, Stills and Nash o Buffalo Springfield o Led Zeppelin… Antonio era muy ecléctico y abierto en sus gustos musicales, como era habitual en él, quería absorberlo todo, conocerlo todo, y cada vez que llegaban a casa con un nuevo LP, esa noche, los dos hermanos lo colocaban debajo de la almohada para no separarse de él ni un instante. Era un tesoro, uno más en su colección que iba creciendo poco a poco.

En Antonio se notaba una intención muy evidente en desarrollar la técnica de la guitarra; se fijaba sobremanera en músicos como Jimmy Page y su adorado Larry Carlton. Lo que empezó con clases de guitarra clásica robadas tras la puerta de un despacho fue creciendo y pasando a otro tipo de guitarras e instrumentos. Había tanta música por descubrir que parecía algo inabarcable. Para un carácter como el de Antonio, aquello era algo parecido a lo que habrían sentido los antiguos alquimistas al encontrar la piedra filosofal o el manantial de la vida eterna, no se podía pedir nada más.

Si la inquietud por las melodías y las composiciones comenzó con aquellas clases, la otra parte de la ecuación, las letras, la escritura, también tenía su hueco en la vida de Antonio, para quien el día parecía no tener suficientes horas en las que calmar sus ansias de aprender. Cuentan sus hermanos que, aunque de niño y adolescente era un buen lector, lo que de verdad le gustaba era escribir. Cuentos, relatos, frases, pensamientos… De hecho, ganó un concurso de relatos con dieciséis o diecisiete años. Antonio acumulaba libretas con dibujos, apuntes y reflexiones, y el único al que le estaba permitido gulusmear entre esas anotaciones era a su hermano Carlos. Al menos hasta que Teresa entró en su vida unos pocos años después.

Los hermanos Vega (y su vecino) montan un grupo y otro y otro

Dentro de casa, los hermanos Vega montaron un grupo: Ricardo al bajo y Antonio y Carlos voz y guitarra. El escenario era la casa familiar y los espectadores, la familia y los amigos, poco más. Fuera de casa, Ricardo y Carlos formaron otra banda junto con su vecino de urbanización, Emilio Aragón, que estaba estudiando piano y se salía con los teclados. Y resultó que esa otra banda necesitaba percusión y batería, ¿a quién se le podría dar bien? A Antonio, por supuesto, pues nada, hermanito, te ha tocado, ¿te vienes? Al pequeño de los chicos Vega le faltaba tiempo para decir que sí cuando se trataba de tocar un

instrumento, el que fuese; todos se le daban endemoniadamente bien.

Un tiempo después, Ricardo abandona «el grupo» para centrarse en sus estudios, y Carlos y Antonio montan un dúo acústico. Pasan horas sacando temas con la guitarra, haciendo versiones y empiezan a dar los primeros pasos en la composición creando sus propios temas. Su repertorio tenía mucho que ver con la música de la costa oeste americana y abundaban los temas de Loggins and Messina, uno de los grupos preferidos de los dos hermanos. Pronto empezaron a dar pequeños conciertos en colegios mayores armados con sus mandolinas, guitarras y haciendo primeras y segundas voces. «Antonio y yo hicimos, además, una grabación para una discográfica, no me acuerdo si era Sony, no estoy seguro. Fue a través de Emilio Aragón. Grabamos como cuatro o cinco temas y todos eran temas propios, no hicimos ninguna versión. Cuando decidimos montar el dúo acústico fue cuando los dos empezamos a grabar, a componer y a desarrollar un poco lo nuestro. Antonio tiene temas…, lo que pasa es que están perdidos en la historia. Antonio y yo tenemos temas anteriores a "Chica de ayer". Lo que más nos gustaba o nos emocionaba era crear y componer, más que tocar canciones de otros. Aquellos cuatro o cinco temas los compusimos juntos, pero están perdidos. Yo recuerdo un poquito de una de las canciones, nada más. Hace unos años intentamos localizar aquella grabación, pero no fue posible, el máster no apareció por ninguna parte» (Carlos Vega).

Aparte de la grabación, se ha perdido el nombre del grupo, quizá algún día, al saborear una magdalena, Carlos consiga recordarlo.

Música sí, pero todavía no

Antonio, igual que sus hermanos, estudió en el Liceo Francés, un colegio inusualmente abierto y liberal en aquella época. No solo no había uniformes, además, había amplia tolerancia con la forma de vestir de los estudiantes; Antonio podía ir vestido con un abrigo de piel a lo Jimmy Page, el pelo con greñas, y nadie se extrañaba. Esa permisividad abría la posibilidad de fijarse en ciertos personajes del arte, la cultura o la música, referentes a los que emular. El mundo de la música era asimismo especialmente atractivo pues proporcionaba una sensación de libertad y rebeldía, ayudaba a escapar del estándar del país de aquel entonces, triste y cerrado a la modernidad. Si encima tocabas en un grupo, y si además lo hacías bien… nada se te resistía. En casa de los Vega Tallés, el asunto de las vestimentas había que pelearlo. Las discusiones por la forma de vestir de los hijos han sido igual de escandalosas en todas las generaciones, y aunque los

hermanos mayores, sobre todo Carlos, abrieran camino, llegar a casa con determinados atuendos no era del agrado de los padres. Que levante la mano quien no haya discutido en más de una ocasión sobre el tema con sus padres y con sus hijos.

En el hogar de los Vega no se acababa de ver con buenos ojos esa querencia de Antonio por la música. Como afición, vale, aceptamos que te guste la música y que quieras tocar la guitarra, pero te pido que estudies una carrera. En aquel momento, Antonio tampoco tenía claro el hecho de dedicarse profesionalmente a la música, eran tantas sus obsesiones, sus aficiones, los temas por los que se interesaba, que tenía dónde elegir. La guitarra siempre estaba, era imprescindible, casi inevitable, pero si la tradición familiar dice que hay que estudiar una carrera, bueno, pues se estudia, qué más dará.

En aquellos años, los padres que se consideraban responsables propiciaban y casi obligaban a sus hijos a tener estudios universitarios; en muchas familias decir no a continuar los estudios se convertía en un drama familiar. Respondía a la necesidad, casi al complejo de los padres de dejar a sus hijos preparados y colocados para la vida. Antonio lo intentó… varias veces. Se matriculó en Arquitectura como su hermano Carlos y aguantó dos años, luego decidió estudiar Física, luego Aeronáutica y luego… luego nada. Antonio lo que siempre quiso fue crear y volar y comprender. Sus elecciones no dejaban de tener cierta lógica: Arquitectura como una carrera de creación, Física como carrera de comprensión, Aeronáutica porque necesito volar… Por el motivo que fuese, ninguno de esos estudios logró motivar a Antonio ni mantener su interés demasiado tiempo. Durante los dos años que estudió Arquitectura, acudía todos los días a la facultad con su guitarra colgada al hombro y la mayoría de las veces ni siquiera entraba a las clases, sino que se quedaba en algún lugar del recinto tocando y charlando con amigos y compañeros. Antonio Vega no fue un niño tímido, ni un adolescente introvertido, ni un joven apocado, más bien al contrario. «Es que, curiosamente, Antonio siempre se ha relacionado muy bien con la gente. Antonio era una persona inteligente y, por lo tanto, sabía relacionarse. Luego, ya más adelante, aprendió a manipular en el sentido de que ese mundo más oscuro en el que se metió te lleva un poco a la manipulación, pero en su caso se trataba fundamentalmente de que le dejaran tranquilo. Durante toda su vida adulta Antonio tuvo que aguantar que todo el mundo parecía creerse con derecho a opinar sobre lo que él tenía que hacer o dejar de hacer. Y aprendió a defenderse de todo eso. Pero, vamos, Antonio ha sido una persona muy sociable y le encantaba estar en fiestas, todo lo que fuera lío,

estar con gente» (Carlos Vega).

El fracasado periplo universitario de Antonio se cerró al tiempo que entraba en escena Nacha Pop. La aventura de la música y la casi inmediata posibilidad de firmar un contrato con una discográfica era más importante y atrayente para Antonio Vega que estudiar cualquier carrera. No suponía una elección difícil, no había nada que pensar. La guitarra superaba con creces a la tradición familiar.

Teresa, mi mujer, y Nacho Béjar, mi «hermano»

«No soy nada sin la gente que me rodea, sin mis amigos. La mejor manera de mirar hacia dentro es verme reflejado en ellos» (Antonio Vega).

A Antonio Vega nunca le faltaron amigos, compañeros y cómplices que dedicaron tiempo y energía a cuidarlo. Hombres y mujeres custodios de su talento y vigilantes de sus desmanes, para quienes su amor, cariño y admiración por Antonio sobrepasaba los momentos amargos que venían inevitablemente unidos al camino que él eligió transitar. Teresa Lloret, además de su primer gran amor, fue una de esas personas fundamentales en su vida.

Ambos eran vecinos allá en su barrio, en La Piovera, dos jovenzuelos que se conocían de vista, pero que no se prestaban demasiada atención. Antonio era unos años mayor que Teresa, y, a esas edades, unos pocos años parecen una distancia casi insalvable. Antonio iba a lo suyo y Teresa también, un «Hola, ¿qué tal?» de vez en cuando y poco más. Lo suyo no sería un amor a primera vista, pero sí un amor que duraría toda la vida.

La urbanización era pequeña y con el tiempo compartieron la misma pandilla de amigos, motos y escapadas al campo de olivos que era el parque Juan Carlos I, donde pasaban el rato en esas primeras versiones de lo que ahora se llama «botellones», y que en aquellos años no tenían la misma connotación negativa que en la actualidad. Por si Antonio no tenía bastante con Uhu Helicopter, Nacha Pop y el dúo acústico con su hermano Carlos, también la pandilla de amigos montó un grupo. «Montamos un grupo con la gente con la que salíamos. Nos metíamos en un garito y Antonio tocaba la batería, Juanón la guitarra, otro amigo el bajo y yo las teclas. Hasta que un día Marta, la hermanita de Antonio, me tiró una jarra de agua por las teclas y murieron las teclas y murió el grupo. Se llamaba, era muy divertido, teníamos unas mandarinas que se llamaban Rositas de Montaigne, bueno, pues, Los Rositas de Montaigne y tuvimos, pues, no sé… ¿cinco temas?» (Teresa Lloret).

A Teresa sus amigos la llamaban Teclix, por ese grupo, porque tocaba los teclados, de «teclas» y «Teresa», pues Teclix, que a veces los apodos son resultado más del afecto que de la originalidad. El cómo se liaron Teclix y Antonio lo cuenta Teresa en primera persona unas cuantas páginas más adelante, así que se lo dejaremos a ella.

La relación de Antonio y Teresa fue siempre peculiar para los estándares de cualquier época. Cuando empezaron su relación, Antonio ya andaba metido en el proyecto de Nacha Pop y empezaba a atisbar un futuro en la industria musical; Teresa estaba más centrada en iniciar una carrera artística que en la música. En su grupo de amigos estaba Cesepe y otros artistas gráficos, los comiqueros de entonces, por los que Antonio no sentía demasiadas simpatías. Quizá de haberse tratado de otro tipo de mujer, con otro carácter más dócil, Teresa se hubiera dejado absorber por Antonio, pero no era el caso. No fue fácil ni estar ni vivir con Antonio Vega. Ser independiente y fuerte era la única manera de estar con él. «Nos pasaba al principio de estar juntos que Antonio me dejaba por la noche en el portal de mi casa antes de volver a la suya. Pero entonces yo pensaba, ¿y por qué me tengo que quedar en casa? Y yo cogía mi coche y me iba al Rockola a seguir la noche y, de repente, dentro del Rockola: Antonio. Unas risas. Qué cabrón» (Teresa Lloret).

Las escapadas, el «ahí te quedas que yo me piro» por parte de ambos fue una constante en esos primeros años de estar juntos para Antonio y Teresa. «Estar juntos», porque la palabra «noviazgo» no se amolda a lo que eran los dos y nos llevaría a un territorio erróneo. Se dejaron y se reconciliaron unas cuantas veces y, por lo general, a lo grande, con cierto dramatismo. En una ocasión, Teresa llamó a Antonio para contarle que acababa de tener un accidente de coche y estaba ingresada en el hospital; Antonio aprovechó la llamada para cortar con su chica.

—Sí, vale, pero sabes qué te digo, que esto no funciona, vamos a dejarlo.

—Ah, ¿sí? Muy bonito, tío, muy bonito. Yo aquí tirada en el hospital y tú… Vale, vale…

Teresa no se quedó llorando en su habitación y, a la semana siguiente, se largó a pasar una temporada en Filipinas. A su regreso, Antonio la esperaba en el portal de su casa con la cabeza gacha, el flequillo cubriendo a medias la mirada y las manos en los bolsillos, como cuando la enamoró la primera vez. Teresa le ignoró y, sin cruzar palabra con él, montó en el coche del grupo de amigos que habían venido a buscarla y, no sin cierta pena, le dejó allí, en el portal, mientras le veía hacerse pequeño en el espejo retrovisor.

Antonio y Teresa parecía que se saltaban capítulos y perdían el hilo argumental de su historia de amor. De adorarse el uno al otro pasaban al hartazgo y la necesidad de poner tierra por medio para acto seguido reencontrarse y… casarse. En una de esas, cuando aún no vivían juntos y sus intereses artísticos los llevaban por derroteros diferentes, Teresa, harta de Antonio, le dijo que se iba una temporada a Seattle invitada por un amigo que le había pedido ayuda para montar un negocio. Al regresar, Antonio estaba saliendo con una chica y Teresa decidió pasar de todo y continuar con su vida y se matriculó en un curso en la Cámara de Comercio. Sin embargo, todos los días, al salir de las clases, Antonio la estaba esperando en la puerta, tan dispuesto a reconquistarla que hasta la llevó a la noria y los caballitos, una de las cosas que más odiaba.

—Que me dejes.

—Es que he pillado una casa y quiero que la veas, a ver si te gusta.

—Pasa de mí. Al que le tiene que gustar es a ti.

—Quiero que sea para los dos.

Y entre tiras y aflojas y caballitos y música de feria, Teresa cedió, volvieron a estar juntos y se fueron a vivir a esa casa que Antonio había pillado para los dos en Clara del Rey. «¿Y si nos casamos y nos montan la casa? En aquel momento vivíamos en un ático en Clara del Rey con una terraza enorme y nada más, ni un mueble, nada. Y en noviembre dijimos, ¿nos casamos? Y el 16 de diciembre, el cumpleaños de Antonio, lo hicimos. Elegimos su cumpleaños para que se acordara de la fecha. No hicimos invitaciones ni nada, avisamos a todo el mundo y nos casamos por lo civil. Cogimos todas las cosas que nos habían regalado, las cambiamos por un cheque y nos compramos un equipazo de música. Y, claro, cuando los amigos venían a vernos nos preguntaban: “Oye, ¿el reloj que os regalé?” “¿Y mi lo que fuera?”. Nosotros contestábamos: “¡Mira cómo suena!”» (Teresa Lloret).

Antonio y Teresa se entendían, a pesar de lo que pudiera parecer por su alborotada y convulsa relación, se conocían al detalle y se interpretaban el uno al otro. Los dos crecieron juntos, se hicieron adultos juntos y tomaron decisiones juntos, unas acertadas y otras insensatas e irracionales. Teresa recuerda con exactitud el día en que cambió todo. «Yo me enganché un poco antes. El 5 octubre del 78 me metí el primer chute. Yo estaba en el M&M, un sitio que había en Madrid, donde había conciertos, y yo no me perdía ni uno, había una fauna estupenda, y un día surgió. Yo entonces tenía diecisiete años. Luego, años más tarde, cuando ya estaba con Antonio, él me dijo que

lo había probado una vez, pero vaya, que no le molaba nada y no nos dejaba ni hablar del tema. Había un chico en la pandilla que sí que lo había probado como yo y un día nos propuso ir a comprar, recuerdo que Antonio se encaró con él: "Como vuelvas a hablar de eso os bajáis del coche". Fíjate. Y, bueno, pues, pues yo qué sé, un día nos fuimos cinco o seis colegas a pillar y Antonio, bueno, se enamoró» (Teresa Lloret).

Dónde, cómo, cuándo, con quién o por qué Antonio Vega se enganchó a la heroína no es asunto que pertenezca a las intenciones de estas páginas. Resulta utópico pretender discernir entre culpas, acusaciones, excusas y reproches de todos los señalados como causantes de la adicción de Antonio, incluido él mismo. El perdón del tiempo, de los años transcurridos, han suavizado en los protagonistas de esta historia el dolor y los malos momentos vividos con Antonio Vega por culpa de su adicción. Tratar de tirar de ese hilo buscando el responsable final, el causante del primer error de Antonio es inútil e innecesario y, probablemente, solo responde a la necesidad de entender por qué alguien eligió malgastar su talento y tratar de responder a la pregunta de cómo hubiera sido Antonio Vega sin las drogas. Si ni siquiera Antonio se hizo esa pregunta, si su familia y amigos han hecho las paces con esa pregunta que seguro les atormentó durante un tiempo y a la que ya no necesitan responder, no hay por qué seguir hurgando. Como suele comentar su hermano Carlos: «Antonio es quien es por su obra, no por su vida. Algunas veces me ha entrado algún amigo comentando "Joder, Antonio, qué putada y tal, lo que ha hecho con su vida". Y yo contesto: "Pues mira, lo que ha hecho con su vida es algo que tú no vas a hacer nunca, que es dejar un legado". Lo que ha hecho con su vida es lo que le ha dado la gana y lo que él ha decidido con todas sus consecuencias, quién soy yo para decir: "Te has equivocado". ¿No te hubieras equivocado si te hubieras metido a trabajar en una oficina bancaria? Yo qué sé. Las equivocaciones solo las conocemos los que las sufrimos o los que las disfrutamos» (Carlos Vega).

Inevitablemente, el hecho de compartir su adicción condicionaba el día a día de Antonio y Teresa, un día a día que nunca tuvo nada de normal ni de cotidiano. En su casa no sonaba el despertador a las siete de la mañana para ducharse, tomarse un café con leche y planear el día mientras se comentaban las noticias del periódico. No había horarios en la casa, mejor dicho, en las casas en las que fueron viviendo Teresa y Antonio. Las puertas estaban siempre abiertas para los amigos, que podían presentarse en cualquier momento y quedarse a pasar largas temporadas con ellos.

Nacho Béjar fue uno de esos amigos. Entró en la vida de Antonio para convertirse en su hermano, su mejor amigo, un cómplice y compinche de esos con los que Antonio Vega tuvo la suerte de cruzarse y compartir pedacitos de vida. Más tarde se convertiría en su guitarrista durante su etapa en solitario. «Antonio empezó su carrera en solitario. Ahí es cuando tiene una labor principal y a veces un poco olvidada Nacho Béjar. Él fue un apoyo absoluto y brutal para Antonio Vega, y en esa época de Antonio, que estaba físicamente regular y había que sacarle con grúa de los sitios y había que llevarle y empujarle, pues todo ese mérito, desde mi forma de ver, hay que dárselo a Nacho Béjar. No solo desde el punto de vista ya únicamente musical, sino que yo creo que se portó casi como si fuera su hermano, porque le trató y le aguantó como nadie le hubiera aguantado. Muchas veces se le olvida. Además, Nacho Béjar es un músico extraordinario, tiene canciones y discos editados que son una delicia, pero cuando estaba trabajando con Antonio se ponía a su servicio, y todo su potencial era para potenciar la figura de Antonio, y yo aquí quiero brindarle mi pequeño homenaje a Nacho Béjar» (Carlos Brooking).

A Nacho Béjar, Antonio y Teresa le llamaban «el Niño» o «el Largo». Era un muchacho de diecisiete años que se dejaba caer día sí y día también por el local de ensayo de Nacha Pop, fascinado por el encanto y talento de Antonio Vega. Un buen día, Antonio le invitó a ver el fútbol a su casa de Corazón de María, número 7. Nacho Béjar nunca fue futbolero, tampoco Antonio, pero en aquella ocasión jugaba España contra vete a saber quién y parecía obligatorio sentarse en el sofá, cervecita en mano, para ver el partido. Nacho Béjar apenas podía creer que su admirado Antonio le abriera las puertas de su casa para ver ese partido que le importaba más bien poco… Aquella tarde, Nacho Béjar conoció a Teresa, nadie vio el fútbol y los tres se hicieron inseparables. «Y a partir de allí se crea una… Yo creo que Antonio me acoge un poco como bajo su ala, como una especie de pupilo. Nos llevamos diez años. Yo debía de tener diecisiete o dieciocho y él veintisiete o veintiocho. Yo creo que él me veía muy desamparado, y supongo que de alguna forma reconocía que había un talento ahí, porque es verdad que yo hacía canciones y hacía cosas bonitas… y, a partir de ahí, bueno, él me acogió un poco así. Y entonces, pues, bueno, ahí yo me empotro absolutamente en la vida de Antonio y Teresa» (Nacho Béjar).

«Nacho es, sobre todo, sobre todo, un gran amigo. Es, digamos, uno de mis grandes amigos en la vida. Una persona con la que he disfrutado mucho, una persona con la que he compartido mucho, con la que me he peleado muchas veces y con la que me he reconciliado

tantas otras. Es una persona, bueno, pues, muy, muy cercana a mí, me conoce muy bien, muy bien. Conoce hasta los detalles más pequeños y significativos por otro lado de mi forma de ser, mis pequeñas manías, mis caprichos. En ese sentido, trabajo bien a su lado» (Antonio Vega).

En aquella casa nadie pronunció jamás frases como «Voy a ver el telediario y luego me echo una siesta» o «Me lavo los dientes, pijama y a dormir». Nadie le vio hacer a Antonio una rutina típica; al contrario, llevaban una vida bastante creativa (o estrambótica, u original…, algunos adjetivos cambian dependiendo del opinador), no tanto en el sentido de creación, de componer canciones, sino de pasarse horas leyendo un libro de teoría de la física o trasteando con los detalles de una canción.

En una ocasión, Nacho Béjar entró en casa de Antonio y este se lanzó sobre su amigo, feliz y sonriente, como un niño con zapatos nuevos; llevaba un libro en la mano.

—Mira, Nacho, tío, mira qué me he comprado. Joder, tío, es que no lo tenía desde hace años…

Era el libro de la asignatura de Física de COU. Diez o más años después, Antonio se había comprado el libro de texto, varios cuadernos y lápices y se enfrascó en su lectura, en estudiar, resolver los problemas y aprender las fórmulas. «Antonio tenía un afán increíble de conocimiento. El conocimiento, el saber, el no vivir en la vida fácil, en la primera capa de lo que ves que es la vida. Era un rasgar y mirar y mirar, y claro, todo esto produce, no sé si la palabra "tristeza" es la adecuada, pero sí mucha congoja o mucha sensación de vértigo» (Nacho Béjar).

Había espacio para el cachondeo y la alegría. En una ocasión, Antonio descubrió y se enamoró de un EP de George Michael y Aretha Franklin que le hizo escuchar a Teresa sin cesar, de la mañana a la noche. O aquella otra vez que Teresa le sorprendió delante del televisor viendo un VHS de Michael Jackson, mientras bailaba y trataba de imitar sus movimientos. Ella se partía de risa al verle tan patoso y enfrascado para seguidamente alucinar al comprobar que Antonio clavaba la manera de bailar de Jackson.

Algunos fines de semana cogían el coche y se escapaban a la playa o a Valencia. En el radiocasete del coche se compartía la música, a ratos Antonio, a ratos Teresa. Cuenta Teresa que a Antonio le costaba salir del tipo de música que le gustaba, ella le ponía a los Red Hot Chili Peppers o Rage Against the Machine.

—Joder, Antonio, ¡molan mucho!

—Sí, si gritar gritan de puta madre.

«Un día bajé a comprar algo en una panadería y le compré un

bollo con cuerpo de cigala que a mí me pareció precioso. Cuando se lo di en el coche con todo mi amor casi le da algo, "Tía, ¡qué horror!". Ahí me explicó que tenía una auténtica fobia a los bichos marinos, el marisco en general y que, cuando era pequeño, sus hermanos utilizaban una gamba o algo parecido cuando no había manera de sacarle de la cama. ¡Ah! Y no había manera de plancharle una camisa. Tenía que ponérselas arrugadas, aunque alguna de seda conseguía convencerle y colársela. Lo suyo con la ropa era mucho, pero acabé comprendiendo que él era así. Cuando podía le elegía yo la ropa, pero otras veces, como en la portada de *Océano de sol*, no había nada que hacer» (Teresa Lloret).

Hubo también momentos para el romanticismo y la complicidad. Antonio gustaba de dejarle notas a Teresa por toda la casa, papeles en los que escribía palabras, frases y poemas solo para ella. En el lugar más inesperado podía aparecer una nota con un «Te echo de menos».

Antonio y Teresa vivían al día, sin pensar en mañana y sin acumular muebles ni recuerdos. Antonio nunca fue de los que amontonaban objetos o recopilan pertenencias, no era de me compro un sofá, una cama, una librería, un no sé qué… Vivieron siempre en casas alquiladas y se mudaron muchas veces. En el ánimo de los dos sobrevolaba de vez en cuando la idea de desintoxicarse y salir de ese mundo suyo y, muchas veces, esos cambios de casa disfrazaban la necesidad de alejarse, de salir huyendo y buscar una solución definitiva a su problema. Huir de toda la parte tóxica y recomenzar, empezar de cero. Algunas noches, se abrazaban y hablaban de la situación en la que se encontraban y lloraban y buscaban consuelo en la idea, en la certeza, de que siempre iban a estar ahí el uno para el otro. Cuando se sentían especialmente vulnerables, Antonio y Teresa, con su ya inseparable Nacho Béjar, se escapaban a la sierra de Toledo a observar, con el telescopio que le regaló Teresa a Antonio, el cielo nocturno que tanto le fascinaba a él, y en la contemplación de todo ese infinito conseguían olvidarse del aquí y el ahora. Y entonces Antonio les explicaba que Alfa Centauri es el sistema estelar más cercano al sol y está formado por tres estrellas y que en el último episodio de la serie de Carl Sagan hablaron del universo cuatridimensional que era una pasada por tal o cual cosa. Y cuando Teresa, bromeando, se preguntaba en voz alta qué temperatura haría en Urano, Antonio contestaba sin inmutarse que -360º F.

La personalidad de Antonio Vega nunca fue una línea recta; tal vez una vida más organizada o disciplinada o rutinaria le hubiera ayudado, pero, de nuevo, elucubrar sobre posibilidades que no se colapsaron no es otra cosa que un ejercicio de ciencia ficción.

Con el tiempo, el carácter y las costumbres de Antonio se fueron haciendo cada vez más difíciles de sobrellevar. Sus espantadas y desapariciones eran bien conocidas por todos los que trabajaban con él. En las últimas fases de su relación, era Teresa quien se ocupaba y preocupaba por que Antonio cumpliera con todos sus compromisos laborales. Ella era la persona a la que llamar cuando había que tratar con el Antonio enrevesado, aquel con el que muchos no se atrevían a enfrentarse o no sabían manejar. Teresa sabía cómo encararse y tirar de él.

Desengancharse de todo y de todos

Dieciocho años de relación dan para muchas vivencias y muchos intentos de desengancharse de la heroína. Ambos, Teresa y Antonio, lo intentaron en diferentes momentos, juntos y por separado, apoyados en mayor o menor medida por la familia y los amigos. Cuando Teresa sintió que de seguir con aquella vida iban a acabar muy mal, que aquello solo podía terminar con la muerte —«Si sigo así me muero»—, se tomó en serio todo el proceso de desintoxicación y logró salir de ahí. Su siguiente paso debía ser «desengancharse» de Antonio, alejarse físicamente de él, pues sentía que, de continuar a su lado, sus esfuerzos servirían de poco. Nunca se les acabó el amor, nunca hubo un desenamoramiento, ni reproches, luchas ni peleas. Para ella, sencillamente, se trató de una cuestión de supervivencia, puso, literalmente, tierra por medio y se fue a vivir al norte.

Acabó el matrimonio, pero no el amor y la complicidad que les unía. Antonio y Teresa no dejaron nunca de ser amigos, se comprendían a niveles tan profundos, habían compartido tantas cosas que el olvido entre ellos era algo imposible, casi inconcebible.

Sobre el asunto de desengancharse de las drogas, Antonio tenía otra percepción. En cierto sentido, estaba convencido de su «inmortalidad», con muchas comillas. Su fortaleza tras años de practicar deporte le ayudaba a superar los estragos físicos que provocaba la droga. En un principio accedió a dejarse ayudar y afirmaba que sí, que quería dejarlo, aunque casi nadie, y mucho menos él mismo, se creyó nunca esas palabras. «Se dejó ayudar en algún momento, sí. Al principio de su inmersión, sí se dejó ayudar, pero siempre llegó un momento en el que salía huyendo. Yo me tiré dos años de mi vida siendo su sombra. Ese fue un poco el acuerdo al que llegamos… No sé hasta qué punto eso fue para él una ayuda o fue una especie como de parón en su proceso. Yo creo que, en el fondo, Antonio era una persona que podía permitirse vivir como él quería,

sin destrozos aparentes, y digo aparentes porque la droga destroza a tu entorno familiar, pero, bueno, que no tenía necesidad de buscar dinero para pagarse sus cosas y, en el fondo, él vivía como quería vivir. El hecho de dejarse ayudar era más una estrategia, un mensaje que lanzar a su familia: "Estad tranquilos, que me voy a poner en manos de…", casi para apaciguar un poco el sufrimiento. Porque Antonio sufría mucho haciendo sufrir. Lo de mi madre pues a él le hacía mucho daño; saber que mi madre sufriera, para él era muy dramático. Yo creo que jugaba a dejarse ayudar para apaciguar un poco todo ese sufrimiento» (Carlos Vega).

Antonio Vega no ocultó nunca su adicción a las drogas. Ni a su familia, ni a sus amigos, ni a los periodistas en cada una de las entrevistas en las que le preguntaban por el tema una vez y otra también. No era habitual, ni entonces ni ahora, que un personaje público admitiera el pecado mortal de estar enganchado a drogas tan oscuras como la heroína y que, además, hablará del tema con franqueza y honestidad, sin más eufemismos y evasivas que los necesarios para soslayar preguntas que sobrepasaran el límite de lo privado y se adentraran en el terreno del morbo. A Antonio le acompañó toda su vida esa falsa etiqueta de chico triste y solitario, un caminante al borde del precipicio, frágil y delicado, un hombre tiranizado por su adicción. Carnaza para algunos, motivo de honda preocupación para otros, que fue agrandándose con los años, a medida que su deterioro físico se hacía más evidente. Antonio Vega fue sincero siempre, incluso en sus medias verdades, como cuentan los primeros versos de «Esperando nada»: «Voy a revelar una historia que es a veces mentira y otras no es verdad».

«Yo nunca bebía alcohol, no fumaba, en fin. El caso es que conocí a una serie de gente en unas circunstancias determinadas, pues, bueno, pues, entré en contacto con la heroína. Era algo que te situaba un poco por encima del resto de los mortales. Era algo privilegiado si quieres, ¿no? Entonces no teníamos o no tenía ningún ejemplo de lo que podías llegar a vivir por eso. Cuando, al cabo de un año quizá, una cosa así, uno decide que ese día te quedas en casa porque estás… no te apetece salir, simplemente no te apetece ver a nadie ese día, pues de pronto te das cuenta de que estás empezando con el malo, malo, malo, malo, y que no sabes lo que te pasa, pero que algo te está pasando, que te estás poniendo a parir, ¿no? Y, efectivamente, lo que ocurre es que te estás comiendo un mono, entonces te das cuenta de que estás enganchado y que la única manera de quitarte ese problema de encima es consumiendo. Tienes la libertad totalmente coartada y que no tienes muchas salidas en ese sentido excepto la de considerar

tu problema un problema médico, ¿sabes? Y como tal tratarlo y llevarlo adelante con todas sus consecuencias.

»Entro en un sinfín de pasos adelante y pasos atrás, adelante y atrás y en un momento dado ingresé en un centro y tal, seguí un tratamiento de metadona durante tiempo y todo el rollo, y, bueno, eso es algo que ahora, gracias a Dios, miro como un capítulo en mi vida, ¿no? Y se abrió y se cerró. Gracias al cielo, no arrastro ninguna secuela y que me condene a día de hoy. No quiero tentar al diablo dos veces» (Antonio Vega, *A medio camino*, Dexiderius producciones, S.L., 2004).

Y Antonio se hartó. Se hartó de tener que dar explicaciones, de justificarse continuamente, de escuchar sermones y consejos bienintencionados. Tomó una decisión consciente, eligió continuar con una determinada manera de vivir y nadie tenía derecho a chistarle ni a organizarle la existencia. Antonio Vega era un hombre libre, ejerció su libertad con valentía, para bien y para mal, y en esa decisión de vivir su libertad fue tan extremo como en tantas otras parcelas de su vida. Se sentía libre de tal manera que estaba dispuesto a asumir las consecuencias de sus decisiones, hizo exactamente lo que quería en cada momento. Dentro de su forma de entender la vida estaba el «Yo lo veo así y lo voy a hacer así», y eso es un acto de libertad, cuando no importan las consecuencias, ni el qué dirán, ni las creencias, ni las opiniones ajenas… todas esas consideraciones no entraban en el paradigma de Antonio Vega. Escogió llevar una determinada vida y esa vida la llevó con total libertad. «Es difícil de explicar. Para el noventa y nueve por ciento de la gente, Antonio tenía un problema muy gordo, que casi está por encima de su grandeza como músico. Y, entonces, quiero afirmar que Antonio era un tío muy libre, pues imagínate qué mensaje parece que estés transmitiendo, cuando lo que esa gente piensa es lo de la esclavitud de la droga, que te lleva a la anulación de la libertad. Pero es que no es así, quiero decir, en su caso no era así. Si él estaba metido en la droga es porque había decidido estar. Y con todas las consecuencias. Él sabía cuáles eran las consecuencias. Lo que pasa es que alguna vez tenía que decir lo contrario, pero insisto una vez más, por no hacer daño a los que todavía pensábamos que había una posibilidad de que él quisiera salir, pero, vamos, yo llegué finalmente al convencimiento de que Antonio estaba donde quería estar y no quería salir de donde estaba. En el fondo, era su sitio natural, entonces quién soy yo para decir “Te estás equivocando” cuando es un tío que está haciendo lo que está haciendo y que crea música y sensaciones y su música ayuda a mucha gente, bueno pues yo lanzo todo esto, pero yo quiero vivir como quiero vivir.

No conozco a nadie más libre en su vida que Antonio. Él era único. Su caso es único, no es trasladable, tenía su forma de sobrevivir y de transmitir» (Carlos Vega).

Explica la psicología que en todo proceso de duelo hay cinco etapas: negación, ira, negociación, depresión y aceptación. Asumir con sosiego y plena conciencia la decisión que tomó Antonio se parecía mucho a un duelo. Había que pasarlo. Y como en cualquier duelo, algunas personas no lograron recorrer todas las etapas. Unas veces porque les iba la vida en ello, otras porque resultaba demasiado doloroso, otras, sencillamente, no podían soportarlo. No fue fácil para la familia y los amigos de Antonio comprender su decisión. Parecía algo tan fuera de todo sentido que se hacía difícil consentir, aceptar y, en consecuencia, seguir acompañándolo en ese camino con el que no podían estar de acuerdo. El impulso de luchar y proteger a las personas a las que amas es inevitable, casi un acto visceral, una lucha con una intensidad que aumenta de manera proporcional al amor que se profesa por la persona, y Antonio estuvo siempre rodeado por personas que le amaron con devoción. «Yo, una de las cosas que he aprendido de Antonio y que valoro mucho es ese ser consecuente. Él quizá abrió caminos dolorosos o caminos duros, pero siempre fue consecuente. Nunca lloró, nunca te lloraba "Joder, tío, menuda mierda". No. Antonio sufría, porque yo sé que sufría, pero siempre fue consciente de lo que hacía. Él decía: yo soy así y así voy a ser, y dejadme en paz. A mí eso me sorprendió. No lo entendí, en aquel momento no lo entendí, pero luego con los años me dije: "Hostias, macho, con dos cojones". Para mi gusto es un camino equivocado, qué pena que no hubieras decidido poner todo eso en el otro lado, pero el tío… y es me da igual lo que digan, lo que digáis… y, además, hubo un momento que el tío reivindicó su derecho a consumir donde le diera la gana. A mí me lo dijo un día: "Tío, te voy a decir una cosa. No pienso esconderme ni una vez más. Ya estoy harto, tío. Es que es absurdo. Tú sabes que estoy en el baño, sabes lo que está pasando, ¿por qué no puedo estar aquí? Se acabó. No voy a…» (Nacho Béjar).

Ese sentimiento de hartazgo y hasta desprecio por todos los que le aconsejaban cuál era el mejor modo de vivir su vida acompañó a Antonio Vega hasta al final. En la canción «Un día y otro», del álbum *3000 noches con Marga* (EMI, 2005), Antonio dejó escrito, con versos claros, sin metáforas ni figuras retóricas, lo que opinaba de aquellos que continuamente le pedían que dejara las drogas y madurara.

> Hoy me han dicho dos o tres lo que tengo que hacer,
> por lo menos otros dos lo que he de deshacer,
> una voz serena que me dice «cuídate»

y «qué mal te veo, estás mucho peor que ayer».
Un día y otro
la misma charla otra vez.
Esta gente no tiene nada mejor que hacer
que pensar en lo que tengo o dejo de tener.
La transparencia, la paciencia, el sueño y el dolor
hacen amigos como los que tengo, uno o dos.

«Un día y otro», *3000 noches con Marga*.

Todas las primeras veces

A estas alturas, con los años pasados, echar la vista atrás y escribir que Antonio Vega tenía «algo» es tan obvio y simple como afirmar que después del día llega la noche. Y, sin embargo, lo tenía, y conviene escribirlo y conviene recordarlo tantas veces como sea necesario para evitar la injusticia de fijarnos tan solo en la parte más sombría de su vida. Antonio fascinaba desde el primer momento en que lo descubrías, ya fuera sobre un escenario o fuera de él. La magia de las primeras veces funcionaba con Antonio Vega; era tan desmesurado su encanto que te cautivaba y te dejaba queriendo saber más de él, pues todos tus instintos te gritaban que valía la pena conocerlo, que allí había «algo» especial. Describir ese algo es tarea un poco más complicada, o en todo caso, muy personal.

Antonio Vega y Nacho García Vega

Nacho García Vega (Madrid, 1961). Cantante, guitarrista y compositor. Fundador de Nacha Pop, 1978-1988.
«A Antonio siempre le he llamado Toñín porque nuestras familias son de la zona de León y el diminutivo Toñín, Nachín, es la forma más cariñosa y natural de familia. En mi casa le llamábamos el primo Antonio y ya luego, cuando empezamos a tocar juntos, entonces era Toñín. Y él me llamaba Nachíííínnn, alargando, a la leonesa.

Los dos tenemos muchos hermanos y eso tiene mucho que ver con nuestros inicios. Los primeros que tocaron la guitarra y cantaron y estaban locos por la música pop, country, jazz, americana eran nuestros hermanos mayores. Esa afición de mis hermanos para mí fue un regalo y a Antonio le sucedió lo mismo, y cuando nos juntamos, pues, imagínate, ese entusiasmo se multiplicó por mil.

Recuerdo cuando empezó a tocar con nosotros. A Antonio le encantaba llegar al sitio donde ensayábamos y ver que teníamos lo que él siempre había soñado: amplificadores y guitarras preparadas

para tocar. Todo muy precario, muy básico, pero nos juntábamos dos o tres veces a la semana y eso era la leche en aquel momento. Teníamos un lugar donde expresarnos. Y se prendió la mecha, surgió la magia. Nos enamoramos: yo de lo que hacía Antonio y Antonio de lo que hacía yo.

Enseguida noté que tenía un gusto especial para hacer cosas que no eran obvias a nivel compositivo. Su forma de tocar la guitarra tenía mucho que ver con lo que a él y a nosotros nos gustaba en ese momento, pero mezclado con otras cosas, y esa fusión yo creo que es el sello inconfundible de Antonio Vega. Para mí era un guitarrista extraordinario, excepcional. Me gustaba más cómo tocaba la guitarra que cómo cantaba. Su voz era especial, por supuesto, pero yo, que también soy guitarrista, admiraba especialmente su manera de tocar. Yo creo que fue de las primeras cosas que me engancharon de él como artista global».

Antonio Vega y Carlos Brooking

Carlos Brooking (Madrid, 1961). Músico, compositor. Bajista de Nacha Pop 1978-1988.

«Tenía algo, absolutamente. Yo creo que Antonio era un ser magnético. Y no solo para mí, era un ser magnético para todo el mundo. Desde muy joven era una persona que transmitía algo particular, algo especial, por su personalidad, por su forma de mirarte, por su forma de hablar… Era de esas personas que, al conocerlas, enseguida te decías a ti mismo: estoy delante de alguien especial. Antonio, además, te hacía sentir muy bien, es decir, era una persona muy educada, que se interesaba por tus cosas y te preguntaba… Aunque fuera superior en cosas como, yo qué sé, que tocara mejor que tú o lo que fuera, jamás hacía uso de esas virtudes para dejarte en una situación inferior, todo lo contrario. Antonio era una persona colaborativa, con un sentido del humor ingenioso y, sobre todo, magnético, tremendamente magnético. Era una persona con la que te gustaba estar y a gente de muy diversa condición la presencia de Antonio le gustaba, te gustaba, era una persona con la que te gustaba estar, en general. Todo eso sin conocerle demasiado, y cuando no conoces a una persona, pero hay algo que te atrae por lo que sea, pues ya entran ganas de aprender más de él, pasar más tiempo con él… La primera vez que le vi en aquel concierto en el Liceo yo no sabía que iba a pasar tanto tiempo con él en el futuro, a lo largo del tiempo tuve la suerte de conocerle mejor».

Nacho Béjar (Madrid, 1966). Compositor, cantante y guitarrista. Acompañó a Antonio Vega entre 1991 y 2002.

«Un día fui con mi novia al Taste, un bar de copas que estaba en la calle Lagasca, en Madrid. En aquel entonces, (yo tenía diecisiete años y un grupo de amigos con el que tocaba de vez en cuando), el camarero me conocía y, nada más entrar, me dice: "Mira quiénes están ahí". Era muy pronto, como las cinco o las seis de la tarde, me imagino que a lo mejor se habían ido a comer a algún sitio y luego la sobremesa al bar. Acababan de abrir y el local estaba vacío. Y estaban allí: Nacho García Vega, Antonio… Y el camarero que me insiste: "Mira quiénes están ahí. Son los Nacha…". Te estoy hablando de los años ochenta, no había ni móviles, ni internet, ni cadenas de televisión…, conocías la música de tus grupos por la radio, por comprarte los discos o los casetes, pero nada más. No había la sobreinformación de ahora, todo era mucho más escaso y rudimentario. Y respiré y reuní el valor para acercarme a la mesa y empecé a hablar con Antonio.

—Tío, qué tal, me flipan tus canciones, porque tal, porque no sé qué. Y, joder, tal tema y tal otro… y que yo tengo un grupo y me gustaría enseñarte unas cosas que he hecho, tengo una maqueta y tal… Y flipo contigo y sobre todo en el tema tal…

Y, de pronto, me mira y me dice:

—Me parece muy bien, pero mira: yo soy Nacho. Antonio es ese.

Nacho García Vega me lo soltó como ya un poco harto de ese sambenito de decir: ya está el típico pesado que… Porque el que molaba era Antonio, ¿sabes? A nada que tuvieras un poquito de sensibilidad, el que tenía la voz bonita… Nacho siempre ha sido mucho más Rolling Stone, un tío más roquero, más duro… Y el otro, en cambio, era el sensible… y, claro, debía de estar hasta el moño de que todos le entraran con ese rollo…

Suena raro, pero es que yo no sabía quién era quién. El grupo se llamaba Nacha Pop, a ti te molaban unas determinadas canciones, pues el que las canta tiene que ser Nacho, seguro. Y es su grupo, seguro.

Total, que ya me puse a hablar con Antonio, y descubrí a un hombre tímido, muy tímido.

—Joder, tío, muchas gracias, y tal. Tío, pues guay. Me alegro un montón de ser un referente, tal no sé qué…

Supertímido.

—Me encantaría llevarte una maqueta y que la escucharas y me dijeras…

Y Antonio, sin cortarse, lo que da muestra de la naturalidad y la sencillez que él tenía en ese sentido, me contesta:

—Pues, tío, pásate por el local un día. Te pasas por el local y me la traes.

Yo solo podía pensar: "Antonio Vega me ha dicho que me pase por el local".

—Pero, pero… es que no sé dónde lo tenéis y…

—Estamos allí, en General Perón, número tal, no sé qué…

Al cabo de unos días me planté en la dirección que me dio y, claro, los locales, bueno, pues no era un sitio que pusiera "locales de ensayo", era una puerta de un garaje en la que no ponía nada de nada y por ahí estuve deambulando… no tenía ni idea… Hasta que vi a un tipo que entraba con una guitarra y pensé, ah, pues debe ser aquí. Y efectivamente, entré y allí había treinta o cuarenta locales. Allí ensayaban Nacha Pop, Objetivo Birmania… un buen número de grupos de esa época.

En el local número 13: Nacha Pop. Ahí estaban todos, excepto Antonio. Habían pasado, yo qué sé, ocho o diez días, no recuerdo, el caso es que había pasado tiempo y, claro, al verme se extrañan:

—¿Qué haces aquí? ¿Quién eres?

—Soy Nacho, que el otro día estuve hablando con Antonio, venía a traerle una…

—Ah, pues igual viene ahora, espérate a ver si viene, pero, vamos, que no sabemos si vendrá…

Creo recordar que ese día Antonio no fue al local y volví al día siguiente y al otro, y en cuanto podía me pasaba por allí, a ver si le pillaba ensayando. Fueron unas cuantas veces, lo que dio pie a que cuando yo llegaba para esperarle, me decían: "Siéntate ahí", y ellos tocaban y ensayaban, y, claro, yo flipaba: estoy en el local de ensayo de esta peña, viendo cómo tocan, cómo suenan… Estaba Ñete, Carlos Brooking y Nacho García Vega… Así hasta que por fin apareció Antonio, que no sé si fueron muchos o pocos días después, entonces le di la famosa cinta y luego empezó el rosario de "Bueno, pues, tío, yo la oigo y ya te digo algo y tal". Era una época en la que no había móviles con lo cual no es una cosa de yo te doy un toque o te pongo un wasap. La única forma que tenías de tener un *feedback* era volver y esperar…

—No, tío, es que no la he podido oír, no sé qué…

—Bueno, no pasa nada, tío, pues vuelvo mañana.

Y yo iba y volvía y me chupaba los ensayos. Y estaba feliz.

—Pues nada, mañana vengo otra vez.

Con los años he llegado a la conclusión de que jamás escuchó la

cinta, jamás. Yo creo que la perdió porque no tenía sentido, ¿sabes? "Joder, macho, voy a ponerme el tema de este puto chaval para poder decirle algo". Pero no.

—Joder, Nacho, tío. No he podido. No te lo vas a creer no he podido oírla. Es que joder, estoy superliado porque estamos con unas canciones nuevas…

Yo creo que jamás la escuchó.

Al final un día me dijo, "Sí, tío, está de puta madre". Al final me lo dijo, pero yo creo que no la escuchó jamás».

Antonio Vega y Basilio Martí

Basilio Martí (Vigo, 1966). Músico, compositor y productor. Teclista de la formación en solitario con Antonio Vega durante más de veinte años.

«En aquella época yo trabajaba como periodista en el *ABC* y, además, me gustaba tocar, me gustaba la música. Yo conocía a Nacho Béjar, que era muy amigo de Antonio, estaba siempre a su lado, pendiente de él, era una gran influencia para Antonio. El caso es que me compré una moto de carreras y Nacho me propuso subir a casa de Antonio a enseñársela y ahí es cuando le conocí. A mí no me interesaba especialmente su música, pero, bueno, subimos a verle. Él estaba en pleno proceso de composición de *No me iré mañana* y fue la primera vez que le vi, así, cara a cara. Recuerdo que llevaba un albornoz azul y un zumo de naranja porque estaba en un período de desintoxicación. A Antonio le encantaban las motos y estuvimos viendo la moto y hablando… él estaba con Teresa todavía. Nos contó que estaba componiendo temas, y charlando, charlando, cogió la guitarra y tocó "Tesoros" para nosotros. Y, joder, ahí se me cayó el alma. Joder, qué pedazo de artista… qué tío más… qué brutalidad… Y, además, tocarte esa canción tan cerca. Yo no conocía el carisma personal de Antonio, que era una barbaridad. Cuando estabas cerca de él, era un tío que irradiaba una fuerza y una personalidad demoledora, lo dice todo el mundo. Verle así tan cerca y tocando ese pedazo de canción, pues a mí me atravesó. Empecé a tener mucho más interés por él y por su música.

Pasaron unos meses, Antonio grabó el disco con Carlos Narea, yo no le volví a ver. Pero cuando presentó el disco en el Penta, hizo una especie de reunión con los músicos que habían grabado con él, y Nacho y yo fuimos. Allí estaba su mánager Manolo Sánchez, Pepelu, que luego estuvo décadas con nosotros trabajando de *road manager*, y Antonio en el centro de un corro. Estaban poniendo el disco y yo volví a flipar. Sonaba "Esperando nada", que era el primer single, y

entonces me acerqué a Antonio.

—Joder, tío, la verdad es que es una pasada el tema. Me encanta —le dije.

—Oye, creo que no tiene teclista, por si quieres… —comentó Nacho Béjar.

—¡En serio! ¿Antonio quieres hacerme una prueba y tal…?

—No, no, no. Me apetece que toques conmigo. Bienvenido. Tómale los datos y el teléfono a este chico y llámale para la gira de *No me iré mañana*.

Me quedé boquiabierto. En aquel momento todavía vivía con mis padres y cuando, esa noche, regresé a casa, estaba flipando en mi habitación, pensando "¿Qué ha pasado? He conocido, otra vez, a Antonio Vega y… ¿me ha metido en la banda? No, no puede s e r ".

A la mañana siguiente me llamaron de la oficina de Antonio. Los ensayos empezaban ya.

Era verdad. Me despedí del *ABC* y así entré en la banda de Antonio. Era verdad. Y allí empezó nuestra relación. Estuvimos juntos veinte años».

Antonio y Teresa

Teresa Lloret (Madrid, 1961). Artista gráfica, pareja de Antonio Vega durante dieciocho años.

«Antonio y yo nos conocíamos del vecindario. Era una urbanización pequeña y yo hacía años que vivía ahí. Había mucho campo e iban construyendo casas y cada vez que venía un nuevo vecino, bueno, pues nos conocíamos todos. Y eso pasó también con él. Yo a Antonio le conocía de toda la vida, de siempre, y cuando coincidíamos en algún sitio pues nos parábamos a charlar un rato, pero la verdad es que ni fu ni fa. Antonio me sacaba cuatro años, recuerdo que siempre le veía con su guitarra, su moto, su chica, yendo de acá para allá, al Liceo Francés cruzando un campo. Y de vez en cuando nos juntábamos todos en el motel Osuna, que era el único sitio que había en la urbanización donde poder quedar y allí charlábamos y hablábamos de música y tal. Hasta que llegó un momento en que nos hicimos una cuadrilla, una pandilla de amigos que íbamos juntos a todas partes y subíamos a lo que ahora es el parque Juan Carlos I, lo que es ahora la M40, solo que en esa época eran olivos y nada más. Allá que nos íbamos todos con las motos. Era un amigo y nada más.

Cuando ya acabó el Liceo Francés y empezó a estudiar no sé si Arquitectura, o piloto… el caso es que ya estaba con Nacha Pop, y Antonio y todos los amigos subíamos con las guitarras y nos tocaba

temas de Nacha, y sí, me gustaba cómo cantaba, me gustaba. Y un día nos liamos. Y al día siguiente le tenía en casa. Venía a buscarme con su pelo despeinado y su forma de mirar y recuerdo que mi madre me decía: "Ay, ese chico, cómo te quiere". A mi madre le encantaba…, que era muy bueno, me decía. Y yo contestaba, sí, mamá, pero es que es un poco pesado. Yo no quería novio, ni pareja, ni nada, no estaba ahí en ese momento, pero Antonio siguió y siguió… Hasta que lo consiguió. Él era así. Dieciocho años estuvimos juntos.

Las primeras imágenes que recuerdo de Antonio tocando son en casa de sus padres, con sus hermanos, interpretando temas de Loggins and Messina, la canción "Country Road" de John Denver, temas de Lynyrd Skynyrd, de Yes, de Tin Lizzy… De Phil Lynott, el cantante y bajista de Tin Lizzy, decía que tenía la voz más sexy que había escuchado jamás.

Recuerdo especialmente el "Mood for a Day" de Yes. A mí me encantaba esa canción y Antonio la sacó con la guitarra, un tema complicadito y le costó bastante, pero a base de escucharlo y escucharlo, lo sacó nota a nota. A mí me fascinaba cómo lo tocaba y se lo pedía un día sí y otro también. Era algo muy nuestro, muy íntimo, personal».

SEGUNDA ESTROFA

De nieve, huracán y abismos

He montado un grupo, ¿te apuntas?

La palabra era antigua, pero durante aquellos años, a finales de la década de los setenta, adquirió un nuevo significado, un nuevo tono. Eran tiempos de libertad, por fin, libertad, con mayúsculas. Y mientras los adultos aprendían a vivir con esa sensación recién estrenada, los adolescentes, ajenos a lo histórico de todo lo sucedido en esa última época, abrazaban esa nueva realidad de manera natural y espontánea.

Los adultos hablaban, discutían y estrenaban democracia. Los jóvenes simplemente vivían y esa nueva manera de exprimir la vida se traducía en una frase: «He montado un grupo. ¿Te apuntas?». De repente, todo era posible, incluso la música.

En el Liceo Francés de Madrid, Nacho García Vega y Carlos Brooking, amigos desde que el primer día de clase los sentaron juntos en el jardín de infancia, han hecho los deberes y ya tienen un grupo: Uhu Helicopter. Junto con sus también compañeros de colegio Jaime Conde y Ahmed Belghiti, se reúnen todos los fines de semana en la enorme casa de Ahmed para escuchar música y, sobre todo, para tocar, tocar y tocar. Todos estudian música, además de algún instrumento, y no hay nada en ese mundo, que apenas empiezan a descubrir, que les apasione más. Enseguida se atreven con versiones de temas conocidos y actúan en las fiestas del colegio o en cumpleaños de amigos. Llegan incluso a dar algunos conciertos en centros culturales, donde se suben por primera vez a un escenario, dos metros por encima del escaso público, a defender sus canciones con la ilusión y valentía de chavales de diecisiete años, pero también con una casi natural e incipiente profesionalidad. Aparte de divertida, la música era un asunto muy serio para aquel grupo de amigos que no tardarían mucho en cambiar el nombre de su banda y convertirse en Nacha Pop. «Uhu es también una especie de guiño a Jefferson Starship, un grupo

que nos gustaba mucho en aquella época. Jefferson era una marca de pegamento y Jefferson Starship es una especie de metáfora sobre colocarse con el pegamento…, esnifabas pegamento y entonces volabas. Aquí no había pegamento Jefferson, pero teníamos el Uhu y, como broma, nos pusimos Uhu Helicopter» (Carlos Brooking).

Nacho García Vega, Carlos Brooking, Jaime Conde y Ahmed Belghiti no eran los únicos apasionados de la música en el Liceo Francés. Antonio Vega es otro de esos adolescentes que se encierran en su habitación a practicar con la guitarra. Aunque Nacho García Vega y Antonio son primos, su relación no va más allá de encuentros familiares esporádicos, son primos y ya está, nada más. Antonio es dos años mayor y, a esas edades, eso significa todo un mundo de distancia, casi otro planeta, tanto en gustos musicales como en inquietudes, amigos o intereses. Pero se acerca el final de curso y el Liceo Francés organiza cada año una fiesta que incluye un concierto de música rock en el que tocan los alumnos, en grupo o en solitario. El auditorio es grande, con capacidad para doscientas cincuenta o trescientas personas, todos amigos y familiares, y hay mucho talento encima del escenario, talento que suele pasar desapercibido a padres y profesores, que escuchan a sus retoños y pupilos con orgullo, sí, pero sin darle más importancia a esa afición musical juvenil y esperemos que pasajera. Lo importante, ya sabemos, son las notas y los estudios.

Del mismo modo que en el universo, de vez en cuando colisionan dos estrellas, o se encuentran en el mismo espacio-tiempo las partículas imprescindibles, sean las que sean, para crear la vida, en esa fiesta de fin de curso, Nacho García Vega y Carlos Brooking vieron por primera vez sobre el escenario a Antonio Vega. La memoria es caprichosa, pero, según recuerdan, en el repertorio de Antonio aquella noche sonó un tema de los Beatles, el «Locomotive Breath» de Jethro Tull y es probable que alguna que otra versión más. Y aquella tarde, Antonio dejó de ser el primo de Nacho para transformarse en algo parecido a un hermano mayor, alguien en quien fijarse, un tipo que tocaba increíble y que se movía por el mundo de una manera especial, personal y única.

—Nosotros tocamos en casa de Ahmed. Nos reunimos para tocar todos los fines de semana. Vente un finde a tocar con nosotros y tal…

Lo que el universo ha unido que no lo separe el hombre. Al menos de momento.

Nacha Pop y los Demás

Antonio se hizo asiduo a esos fines de semana de música y ensayos

con Uhu Helicopter. No era un miembro formal del grupo, pero había encontrado un lugar y unos colegas con los que soltar sus ganas de tocar y hacer música. Para una personalidad como la de Antonio Vega, tener un refugio, un lugar seguro donde poder expresarse y hacer lo que más le apasionaba, sin límites, sin frenos, era algo muy parecido a ser libre. Sin embargo, la vida no se vive en línea recta y Antonio tuvo que marcharse para cumplir con la patria y hacer el servicio militar, que por aquel entonces suponía regalar por la cara casi dos años de tu vida al Estado. A pesar de todo, no fue una mala época para Antonio Vega, la mili le sentó bien, aceptó con inesperada facilidad la disciplina militar y, cuando regresaba a casa de permiso, en el garaje de Ahmed le esperaban sus colegas, y Antonio se desfogaba y tocaba durante horas, como si no hubiera un mañana, como si no importara nada más. Aprovechaba hasta el último minuto para desquitarse y sacarse de encima sus ganas de música. «Lo de ir a la mili… Bueno, yo creo que no se lo tomó mal y, de hecho, ni lo pasó mal. Era el carácter de Antonio: ¿es inevitable hacer el servicio militar?, pues vamos a hacerlo… Y si lo hacemos, lo hacemos bien. Además, como a él le gustaba mucho todo el tema físico, el deporte… Le gustaba mucho también tirar al blanco, desde pequeñito en todas las ferias había que gastarse un dineral en las casetas de tiro al blanco. La verdad es que tenía mucha puntería y creo que le dieron una medalla al mérito por ser el mejor tirador del regimiento. Pero, vamos, que para él era un juego. Antonio, en realidad, era antimilitarista total, pero, bueno, había que hacer la mili, pues, como no hay más remedio, vamos a hacerla e intentaremos no pasarlo mal. Aquí ya la rebeldía no tendría ningún sentido» (Carlos Vega).

Al poco surge un nuevo contratiempo, la familia de Ahmed se muda a Francia y el grupo se queda sin bajista y sin un lugar para ensayar, sin una guarida donde reunirse y mantener vivo el grupo. Los pocos conciertos que consiguen no les dan para alquilar un sitio fijo, así que se buscan la vida de local en local, básicamente trasteros y garajes de colegas. Están acostumbrados a juntarse todos los fines de semana, a aprovechar cualquier rato libre para preparar sus canciones y saben que el hecho de no disponer de un espacio donde ensayar podría hacer que sus planes de dedicarse y triunfar en la música se esfumen con rapidez. No basta con tener un grupo, hay que alimentarlo, componer, crear un repertorio amplio de canciones y ensayar hasta que se rompan las cuerdas de la guitarra, te sangren los dedos o te falle la voz. Y, además, hay que divertirse haciéndolo. No hay más secreto.

La pasión por la música, una juventud rabiosa, un deseo e ilusión

incontrolable les empuja y anima. Todo vale con tal de seguir, de no perderse entre estudios, rutinas y el futuro planificado y resguardado que los padres desean para sus hijos. Llegan a alquilar el sótano de una tienda de música para poder tocar con los amplificadores que no tenían en casa, donde debían conformarse con guitarras españolas o acústicas, y eso no es lo mismo, no si quieres convertirte en una banda de rock and roll.

Cuando Antonio termina el servicio militar consiguen reunir algo de dinero, y entre los cuatro —Nacho García Vega, Carlos Brooking, Jaime Conde y Antonio Vega— alquilan un local más o menos estable en el que cerrarle la puerta al mundo y apostarlo todo a su nueva formación. Acaba de nacer Nacha Pop y los Demás. «A partir de ahí empezó Nacha Pop. Al principio nos llamábamos Nacha Pop y los Demás. Estábamos muy influenciados por la nueva ola británica y en la nueva ola británica muchos nombres de grupo eran: un nombre *"and"* lo que sea. Elvis Costello and the Attractions, Graham Parker and Te Rumor, nos gustaba mucho Graham Parker. Y nosotros Nacha Pop y los Demás, como para seguir la corriente de lo que se llevaba entonces. Luego, ya enseguida se quitó ese apéndice y se quedó Nacha Pop» (Carlos Brooking).

No son los únicos en ese peregrinar en busca de asilo musical en el Madrid de finales de los setenta. La ciudad ardía con una juventud inquieta, con ganas de comerse la vida a bocados, eran tiempos donde todo era posible, o, mejor dicho, nada parecía imposible. En lugares tan improbables como el centro cultural de Mantuano, los recién nacidos Nacha Pop comparten espacio con Alaska y Tos. Vosotros los lunes, nosotros los martes. Dejamos los instrumentos y atentos que el otro día me robaron una guitarra. Más adelante compartirán local con Kaka de Luxe, Glutamato, Los Secretos, Objetivo Birmania, Olé Olé… Eran lugares pequeños, garajes reconvertidos en locales de ensayo, hormigón con tabiques, nada más. Garitos sin ventilación en los que todo el mundo fumaba y la única manera de respirar aire limpio era abrir la puerta y salir un rato a la calle. En aquellos tiempos era el paraíso. Hoy resultarían claustrofóbicos y casi intolerables. Al mismo tiempo que brotaban de la nada bandas de colegas con ansias de música, surgieron también una retahíla de locales donde se desbordaba el talento. Había tres locales míticos: Arturo Soria, Perón y Tablada. Y una distinción no escrita: Tablada para los más canallas como Gabinete Caligari o La Frontera y Perón para los más poperos como Los Secretos o Nacha Pop. Lo que yo te digo, el paraíso.

«Un día, estábamos dando vueltas por ahí Jaime, Carlos, Antonio y yo, y acabamos en los túneles del metro de la plaza de Colón, que

son muy largos. Serían las diez de la noche, y todos íbamos ataviados con nuestras pintas de rockeros. Decidimos hacer una pintada, y pusimos "Nacha Pop y los Demás". "Nacha" en alusión a mí, y "Los Demás" en alusión a los otros. El mote se le ocurrió a Jaime, no como nombre para el grupo, sino como una broma pesada a mi costa. Me empezó a llamar "Nacha Pop", y a reírse de mí, al ver cómo me mosqueaba yo y cómo les gustó a todos. Unos años después, en el 82 o el 83, hicieron una reforma en Colón, quitaron las capas de carteles y se volvió a ver la pintada» (Nacho García Vega).

Escucha este tema, te va a encantar

Nacha Pop es la combinación de cuatro músicos cada uno con su propio carácter y personalidad. La diferencia de edad, las típicas influencias musicales de los hermanos mayores, sus distintas sensibilidades, etc., conformaban el personal universo musical del que bebía cada uno de ellos y que resultó ser una mezcla potente, intensa y creativa. «Lo que nos unió y lo que hizo que nos dedicáramos a esto de la música tiene mucho que ver con mi forma de ser sumada a la de Antonio y viceversa. Y, por supuesto, con la colaboración de alguien tan potente como Carlos Brooking. Yo siempre he sido una persona bastante exhibicionista. Desde pequeño, en el colegio, hacía teatro, me apuntaba a cualquier cosa en la que yo fuera el rey del mambo. Tengo ese gen del show muy desarrollado, y Antonio era ya desde el primer momento una persona muy introvertida, pero con una sensibilidad y una poesía desbordante. Había química. Esas dos maneras de ser no suelen ir en una misma persona, pero entre dos personas sí se puede producir esa magia» (Nacho García Vega).

Nacho era extrovertido, explosivo e inquieto, de ese tipo de personas que, a las primeras de cambio, cogen un micrófono en un bar para dar el cante y quedarse con la peña. Antonio, mucho más introvertido y tímido que Nacho, era más de irse al metro o a la playa a tocar la guitarra. Y en medio de los dos, el imprescindible Carlos Brooking aportaba el equilibrio, el balance entre los dos primos, el perfecto catalizador para las propuestas de Antonio y Nacho. La relación de todos los miembros del grupo era y continuó siendo intocable, basada en el cariño, la admiración y el respeto y, no menos importante, aderezada con grandes dosis de buen humor.

Antonio Vega, unos años mayor que el resto, procedía de un mundo donde se escuchaba rock progresivo, compuesto a base de desarrollos largos y más complejos que los que vinieron luego. Un estilo con largas improvisaciones de distintos instrumentos y

diferentes tipos de dinámica a lo largo de la estructura de la canción. Antonio era un hombre inquieto y curioso y se enganchaba a todo tipo de música; pasada la época del rock progresivo, se apasionó enseguida por la nueva ola británica, sin dejar de lado a grupos como Led Zeppelin, Rolling Stones o Deep Purple.

Nacho García Vega y Carlos Brooking eran muy fans de Neil Young y de un tipo de música de medios tiempos, un poco country rock, o James Taylor o rock californiano, y en el imaginario común brillaban nombres como Graham Parker, Squeeze o Prefab Sprout.

La música es indefinible. No puedes explicar por qué te gusta esa canción o ese grupo, simplemente te gusta. Te provoca una reacción en el cuerpo, en la mente o en el alma, vete a saber, y uno se siente bien escuchando determinado tema o te da energía o te provoca tristeza, nostalgia… La música no deja de ser un asunto visceral. Te gusta. Te dejas llevar, y ya está. «Todo el movimiento de nueva ola británica que nacía en aquella época a principios de los ochenta nos apasionaba a los tres. Nos gustaba mucho sobre todo el concepto, es decir, después de las largas estructuras de rock progresivo o las canciones de siete minutos del hard rock o del heavy metal, de repente venía Elvis Costello y te plantaba una canción de dos minutos y medio con dos versos y dos estribillos, sin puntero y sin solo en el medio. Eso nos encantó. El concepto. El decir, bueno, escupe eso que llevas dentro con una letra que tiene algo que contar, un mensaje, una declaración o algo, y no te hace falta tirarte con la guitarra diez minutos haciendo un solo de virtuoso para presentar tu canción. Eso nos gustó, y vimos que era un denominador común en la música que se estaba haciendo, y un poco seguimos ese camino. Las canciones iniciales de Nacha Pop se encuadran ahí, en un pop rock bastante directo, con una estructura relativamente sencilla y cuidando, eso sí, el arreglo y el trabajo que hace cada instrumento. Eso era lo que yo creo que definía un poco el Nacha de las primeras épocas, donde había un trabajo de arreglo de guitarra bastante elaborado para lo que se veía por regla general» (Carlos Brooking).

A nivel musical, la vida para Nacha Pop era un aprendizaje continuo. Abundaban las emisoras de radio y era fácil estar al día de toda la música que se estaba haciendo en ese momento. Les gustaba experimentar e incorporar a sus composiciones las novedades que escuchaban de sus músicos y bandas preferidos. Si toda la sociedad estaba cambiando, la música no iba a ser menos. Las canciones ya no duraban siete minutos, sino tres, el protagonista ya no era el músico virtuoso que se permitía el lujo de tocar un solo de cinco minutos, ahora la protagonista era la canción. Blondie aparecía en escena y te

enseñaba unos riffs de guitarra pegadizos, impresionantes; a continuación, escuchabas a Squeeze con temas llenos de contrastes. Aquí estábamos acostumbrados a otra cosa. Baladas tristes, con temas tristes y mensajes de desamor o desencuentro; si el tema es rápido, el mensaje es alegre y optimista o de protesta… y de pronto aparecía un grupo como Squeeze que le daba la vuelta a ese concepto y proponía una letra triste, pero con un tiempo rápido, y eso impactaba, no se había hecho antes. Todos esos elementos eran los que se incorporaron a la música de esos años y en particular a la música que hacía Nacha Pop, que absorbían como esponjas cada novedad, cada nueva propuesta que le daba la vuelta a lo establecido.

Un día cualquiera no sabes qué hora es

Algunas canciones nacen discretas, sin hacer ruido. Grandes composiciones que parecen necesitar tiempo para abrirse camino y encontrar su sitio, para hacerse notar y que el mundo se fije en ellas. A veces se necesitan años, y entonces sucede que un buen día, sin saber por qué, se transforman en algo enorme, algo que trasciende, que nos acompaña, se cuela entre generaciones y entra a formar parte de ese puñado de temas que conforman la *play list* de nuestra vida. Y en ese instante, la canción sonríe, agradecida y radiante, y despliega su tímido encanto para envolvernos en sensaciones y devolvernos recuerdos olvidados.

Cuentan que Antonio Vega escribió «Chica de ayer» en 1977 mientras estaba haciendo la mili en Valencia. Alguna vez él mismo comentó que se trataba de la primera canción que había escrito. No está mal para ser la primera. «En una ocasión tuve un desafine con un mando y yo pensaba que me iba al calabozo, pero prefirió mandarme a tomar viento fresco (…). Estaba con un cabreo acojonante, así que cogí la guitarra y me fui con ella en dirección a la Malvarrosa. Me dio por coger un lápiz y un papel e imaginar una letra y ponerle una música sencilla. Cuando volví por la noche, caminando por la avenida del puerto, estaba muy emocionado con la canción; fue la primera que escribí» (Antonio Vega).

Esa primera versión de «Chica de ayer» que Antonio se trajo de Valencia era, en palabras de Nacho García Vega, una suite musical, una composición que pasaba por momentos muy diferentes, que parecían de distintas canciones y, además, con una duración excesiva. Tenía poco que ver con el estilo que pretendían que tuviera Nacha Pop, no era un tema que se pudiera radiar, que se pudiera tocar en directo y dejara espacio para otros temas. «Cuando Antonio nos

enseñó la canción nos gustó a todos, pero ese estilo no entraba en mis planes como concepto de grupo, yo tenía clara la dirección artística, lo que quería que fuera Nacha Pop, y le dije que la canción podría estar muy bien si la modificábamos, porque tal cual estaba en aquel momento era un poco incomprensible. Me gustaba la canción, pero no me gustaba el concepto de la canción. Empezamos a trabajarla los tres, yo aporté, aportó Carlos y Antonio terminó de darle forma, era su canción, la iba a firmar él y tenía la última palabra. "Chica de ayer" se convirtió en una canción muy popera, muy radiable… En fin, qué voy a decir de "Chica de Ayer"» (Nacho García Vega).

Un arpegio de guitarra da paso a una introducción de guitarra y esa introducción de guitarra da paso a la voz de Antonio. Maravillosa sencillez para contar una historia de amor juvenil. Antonio Vega nunca explicó quién era esa misteriosa chica que inspiró sus versos, si es que había alguien, pues él siempre negó que la canción hablara de una persona en concreto. No todas las canciones deben ser autobiográficas. Pero los fans necesitamos historias y siempre deseamos que fuera real, y al mismo tiempo que dejara libre la posibilidad de que una noche, un día cualquiera fuéramos nosotros esa chica de ayer. La magia de la evocación, el misterio, es más poderosa que la realidad.

Años después de la muerte de Antonio Vega, durante la grabación del documental *Tu voz entre otras mil* de Paloma Concejero, Jaime Conde, primer baterista de Nacha Pop, creyó reconocer a la chica de ayer de la canción en una foto del grupo en el local de ensayo. Aquella chica se llamaba Maite Echanojauregui, una muchacha de Bilbao con la que Antonio mantuvo una breve relación. Maite murió de infarto en el verano de 2015 a los cincuenta y cuatro años. Nunca contó su historia y jamás sabremos los detalles de su romance adolescente, lo suficientemente intenso y profundo como para inspirar una de las grandes canciones de la música española. Antonio nunca dijo que esa canción era ella, y ella, aunque lo intuía, calló. Nos dejó espacio a todos para seguir disfrutando del misterio de la chica de ayer. «No había realmente ninguna chica de ayer como persona, como figura, digamos, que pudiera definirse o llamarse la chica de ayer. Es una relación ficticia que es fruto de la imaginación totalmente» (Antonio Vega).

Al Penta a escuchar

El barrio de Malasaña era el gran reino de la movida madrileña y el Pentagrama uno de sus templos. En la confluencia de las calles de la

Palma y la Corredera Baja de San Pablo, el Penta abrió la persiana por primera vez en 1976, cargado con un arsenal de discos de grupos extranjeros desconocidos en España y dispuestos a pinchar esa nueva música que se empezaba a escuchar en el Madrid de la época, donde todo pretendía ser moderno y contracultural.

Las noches madrileñas de los ochenta pedían diversión, música, baile, rebeldía y garitos donde se pudiera hablar y hacer de todo. La juventud se hizo fuerte en aquellas calles que el franquismo les había vetado. Los tiempos estaban cambiando, y hasta el alcalde de entonces, Enrique Tierno Galván, el viejo profesor, animaba a los jóvenes: «¡Rockeros, el que no esté colocado, que se coloque… y al loro!». Un lema impensable hoy en día, a menos que se quiera acabar en un juzgado.

Con el Penta apareció un nuevo concepto de ocio, fue el primer local al que se puede considerar como bar de copas, una mezcla de ese bar tradicional donde podías ir a tomar unas cañas o ver el fútbol y las discotecas, las *boîtes* de aquel entonces, en las que te «encerrabas» a bailar. El Penta se convirtió en un lugar donde se podía echar unos bailes, tomar unas copas y, si te hartabas, podías salir a seguir la noche en otros bares y, luego, regresar al Penta. Algo que hoy en día es habitual pero que en aquellos años resultó ser toda una novedad.

Entre la clientela del Penta estaba lo más granado de la nueva ola madrileña. Los músicos que tocaban en la cercana sala El Sol, al terminar la actuación se acercaban por el Penta a seguir la noche. Locutores de la vecina Radio Tres como Jesús Ordovás, Rafael Abitbol o Gonzalo Garrido eran habituales en el local y no pocos grupos llevaban sus maquetas grabadas en casetes intentando probar suerte y que al día siguiente sonaran en antena de la que se percibía como radio «oficial» de la movida.

Antonio Vega era uno más entre todos aquellos jóvenes que peregrinaban al Penta, ese santuario donde los músicos compartían maquetas, copas, versos y acordes. Las paredes, por aquel entonces pintadas de azul, se empezaban a llenar de pósters, carteles, fanzines y su ya clásico mural pintado por Teresa Lloret, pareja de Antonio Vega.

Y entonces, una canción, lo cambió todo. «Luego por la noche, al Penta a escuchar canciones que consiguen que te pueda amar». Aún hoy, cada noche, antes de echar la persiana, en el Penta suena «Chica de ayer», y el espíritu de Antonio Vega renace, enorme, inolvidable, porque solo el olvido se lleva a los héroes.

Tengo una cita con el rock and roll

En aquella primera formación de Nacha Pop, se daba la particularidad de que había tres guitarristas: Nacho, Carlos y Antonio. No había un bajista oficial. Las canciones se ensayaban con la guitarra y, durante los conciertos, cuando se hacía necesario el instrumento, los tres músicos se intercambiaban el bajo. Si era Nacho quien había montado la canción, Antonio o Carlos cambiaban de instrumento, y al revés. Resultaba algo caótico, pero esa era la manera de funcionar en aquellos años espontáneos e imberbes musicalmente hablando. De esta circunstancia da fe una foto del grupo en uno de los primeros conciertos de la mítica sala El Sol, icono de la movida madrileña, donde aparece un joven Antonio Vega a los mandos del bajo, defendiendo un rock and roll con su habitual soltura. Cuentan que Antonio disfrutaba con el bajo, que esos cambios de instrumento le resultaban refrescantes y divertidos; al fin y al cabo, todo era música, se trataba de tocar y él había empezado dándole a la batería.

En el circuito habitual de conciertos de Nacha Pop y la mayor parte de las bandas de la época, todo era improvisación. Eran muy pocos lo que habían hecho «eso» antes, y «eso» significa lo que sea: diseñar los carteles, contratar, organizar, publicitar, sonorizar, tocar… Se improvisaba, y ya está. Hasta el punto de que, en cierta ocasión, los componentes de Nacha leyeron, divertidos, un artículo de un periodista musical en el que se reseñaba un concierto de Nacha… un concierto en el que nunca actuaron. El grupo se había caído a última hora de la programación, algo frecuente en aquel negocio recién estrenado, y el periodista, que evidentemente tampoco acudió al concierto, redactó una crónica bienintencionada, neutra, ni muy bien ni muy mal de un concierto que nunca tuvo lugar.

La no-profesionalidad tenía su encanto. La espontaneidad y naturalidad de unos chavales de diecisiete años compensaba la falta de organización. Lo que querían era colgarse la guitarra y tocar, todo lo demás daba un poco, o un mucho, igual. Acudían al recinto, el que fuese: una fiesta privada, una discoteca o una sala de conciertos, con los pocos medios de los que disponían, sus guitarras, un par de amplificadores y confiaban en que alguien de por allí supiera algo de cables y conexiones para poder montar una sonorización mínimamente decente y poco más. Nada que ver con la industria discográfica actual. Aún estábamos en la prehistoria de la música y se aprendía a golpe de guitarra, a base de prueba y error, y eso, que nadie lo dude, tiene su encanto.

La parte más frustrante, menos fascinante, era la falta de planificación. Tampoco existía la figura del mánager y, si Nacha Pop hubiese tenido mánager en aquella época, probablemente no habría

ganado dinero ni para comprar el pan. Se funcionaba a base de amistades, conocidos y contactos: «Fulanito conoce a Menganito que va a organizar un concierto en el que a lo mejor os puedo intentar colar» o «Les he hablado de vosotros a los de la sala tal y puede que os llamen para organizar algo». Eran recintos pequeños, en los que cada grupo montaba su tinglado y sabía tocar con lo que tenía. Caótico y encantador. En un mundo sin móviles, sin internet, sin *marketing* ni promoción, la sala se llenaba a base de amigos y el bendito boca a boca que, afortunadamente, nunca dejará de funcionar. Si compartías escenario, te asegurabas un mínimo de público: mis amigos y tus amigos. Ya era algo.

La travesía era difícil, pero sobre todo irregular e inestable. Podías tener un bolo dos fines de semana seguidos y luego no te comías una rosca en tres o cuatro meses. La inseguridad, sin embargo, quedaba compensada por las ganas y la ilusión. Los chicos de Nacha tenían la oportunidad de tocar delante de públicos variados, ponerse a prueba como músicos y como banda y, no menos importante, poner a prueba sus canciones. Todo eso ya tenía suficiente fuerza y motivación. Nada estaba medido, sopesado ni planificado, pero qué diablos, estamos hablando de rock and roll.

Queremos que grabéis una maqueta

Los sellos discográficos permanecían atentos a todo ese nuevo movimiento que latía en las noches de Madrid. Había dos maneras de entrar en una discográfica: una, llamar a la puerta y llevarles una maqueta «Mira, esto es lo que hacemos, a ver si te puede interesar…», y dos, que fuera la propia discográfica quien te descubriera al verte tocar en un concierto. Nada nuevo por lo menos hasta la llegada de internet, YouTube y demás redes sociales. La singularidad de aquel momento era que las discográficas estaban desconcertadas ante aquel barullo de grupos y sonidos. La industria a la espera, en posición de salida, pero sin atreverse a dar el primer paso, o en este caso el primer contrato, por si se trataba de una moda pasajera que caería por su propio peso. Mejor no arriesgar la pasta con estos niñatos preuniversitarios, pero, por otro lado, tampoco querían quedarse sin su trozo del pastel en el caso de que todo estallara. Los tiempos estaban cambiando y una nueva manera de vivir la juventud, la modernidad, se abría paso a ritmo de rock and roll. Y estalló, ya lo creo que estalló. De repente, en cuanto un ejecutivo levantó el dedo para firmar el primer contrato, todas las otras discográficas se lanzaron como lobos hambrientos sobre las indefensas ovejas. De

golpe todas querían contratar a esos grupos que estaban haciendo conciertuchos de local en local. Empezaba el festín. «No sé cómo llegué, creo que por un amigo. Nos pidieron a cinco o seis chavales que si les podíamos dar nuestra opinión de los singles internacionales de Polydor, para ver si merecía la pena sacarlos en España. Fue muy cachondo. Dimos el visto bueno para que se editaran cosas de Te Cure, Siouxsie & the Banshees, Sham 69…» (Nacho García Vega).

En aquel año, un joven Carlos Narea era el director artístico en Polydor, a las órdenes de Saúl Tagarro, quien tenía un grupo de chavales que se pasaban de vez en cuando por la discográfica y lo asesoraban y comentaban toda la movida *new age* que estaba rompiendo en Gran Bretaña, con infinidad de nuevos grupos que aquellos muchachos de dieciséis y diecisiete años conocían y adoraban. Entre aquel grupo de imberbes estaban Nacho García Vega y su hermano José Ramón. Las reuniones tenían lugar en la llamada sala de escucha, donde literalmente se sentaban a escuchar. Quiso el azar que, en una de aquellas ocasiones, Narea entró en la sala con una maqueta que les había encargado a Los Zombies y, discretamente, intentando no molestar, se sentó junto a la casetera para copiar y escuchar con el volumen al mínimo aquella cinta. Aquel muchacho, no mucho mayor que él, llamó la atención de Nacho García Vega quien se acercó a escuchar qué se cocinaba en aquel rincón de la sala de escucha.

—Son Los Zombies —afirmó Nacho.

—Sí.

—Nosotros también tenemos un grupo. La gente dice que somos la competencia de Los Zombies.

—¿Ah, sí? —A Narea le hizo gracia el comentario de aquel chaval —. Pues haz una maqueta para nosotros.

—¿Perdona?

—Una maqueta. Tres temas, cuatro. A ver qué tal sonáis…

Y la hicieron.

Grabar una maqueta para una discográfica significaba entrar en un estudio profesional, grabar un puñado de temas con calidad profesional, medios profesionales, ingenieros de sonido profesionales. ¿No querías profesionalidad? Pues ten cuidado con lo que deseas, porque se puede convertir en realidad.

En los antiguos estudios de Polydor, cerca de la avenida de América, Narea les consiguió hora en el estudio de la compañía y allí grabaron «Chica de ayer», «Sol del Caribe», «No te quiero, nena» y «Gasóleo meo». El contrato con Polydor estaba ya prácticamente encima de la mesa, listo para firmar, cuando, debido a esa loca

competición entre discográficas, apenas unas semanas después de grabar su primera maqueta, Nacho García Vega recibió una llamada de José Luis Gil, presidente de Hispavox con otra propuesta:

—Hola, soy José Luis Gil…

—Perdona, ¿quién?

—José Luis Gil, de Hispavox, queremos que grabéis una maqueta y…

—No, ya, oye, perdona, es que vamos a hacer un EP con Polydor…

—Queremos grabar un LP con vosotros. Veniros y grabamos una maqueta.

—…

—¿Y bien?

—De acuerdo.

Y allá que fueron, al fin y al cabo, un LP es mucho más que un EP. Aquí y en Plutón. «Cuando Carlos Narea nos iba a hacer la oferta de Polydor, nos llamaron unos directivos de Hispavox, José Luis Gil y Miguel Blasco, que estaban muy interesados, y digamos que le dimos esquinazo a Polydor. Una de las cosas que nos convenció es que en Hispavox nos dijeron que ese contrato, que nos daba mucho miedo firmarlo, era papel mojado: en el momento en que quisiéramos dejar de estar en Hispavox, eso no serviría de nada» (Nacho García Vega).

José Luis Gil les dio su palabra de que, en el momento que quisieran su carta de libertad, el contrato que firmaban no supondría ningún obstáculo. En las negociaciones con Polydor el grupo había tenido la sensación de que corrían el peligro de convertirse en una más de las muchas bandas de la discográfica, unos segundones a los que nadie prestara demasiada atención. La llamada de Gil el día antes de firmar el contrato y el hecho de que el presidente de la compañía les diera su palabra calmó la inquietud del grupo y les acabó de convencer. Los chicos de Nacha dejaron a Polydor compuesta y sin novio esperando con los papeles encima de la mesa.

Años más tarde, cuando Nacha Pop, descontentos por la manera en la que habían ido las cosas con la discográfica, quiso romper su contrato con Hispavox, José Luis Gil mantuvo su palabra. A pesar de que ya no era presidente de la compañía, fue su intervención la que anuló el contrato y dejó libre a Nacha Pop para firmar, esta vez sí, con Polydor.

La firma con Hispavox tuvo que retrasarse unos meses por motivos muy prosaicos. Nacho García Vega y Carlos Brooking tenían diecisiete años, eran menores de edad y, por tanto, no podían firmar ningún documento legal. Pedir permiso a tus padres para dedicarte al

rock and roll tiene muy poco de rock and roll. Entre llamar a sus progenitores, que vete a saber tú si hubieran accedido aunque fuera a regañadientes, o esperar un tiempo, decidieron esperar. Al día siguiente del cumpleaños de Nacho, el más joven del grupo, Nacho, Antonio, Carlos y Jaime firmaron su primer contrato en los despachos de la plana mayor de Hispavox rodeados de ejecutivos que habían cambiado la chaqueta y la corbata por modernas camisetas para salir en la foto. Como niños de colegio que van al despacho del director, a los cuatro amigos todo les hacía gracia y las bromas entre ellos, las miradas de reojo y los comentarios sarcásticos se mezclaban con la ilusión de firmar su primer contrato. Tiembla Madrid, esta noche la petamos en el Penta o en la Vía Láctea o en el Marquee o en todos.

Nacha Pop entraba en la industria discográfica, empezaban su carrera profesional arropados por la que se supone que era una de las grandes casas de discos del momento. Unos chavales de dieciocho años recién cumplidos, que apenas sabían de qué iba la vida, y mucho menos el negocio de la música, tenían vía libre, medios y recursos para grabar su primer disco. Estaban en esa nube de sueños cumplidos que, si tienes suerte, aparece unas pocas veces en la vida. Hasta entonces eran solo cuatro colegas que se juntaban por el placer de tocar, a partir de ese momento la cosa se ponía seria, si es difícil entrar, mantenerse mucho más, quedaba mucho por aprender y no todo iba a ser de color rosa.

Teloneros de Siouxsie & The Banshees...

Poco antes de su escapada a Hispavox, mientras estaban grabando la maqueta en Polydor, Saúl Tagarro buscaba el grupo adecuado para telonear a Siouxsie & Te Banshees, una de esas bandas emergentes en la escena del postpunk británico que iban a tocar en el teatro Barceló de Madrid el 23 de abril de 1979. Los Siouxsie habían triunfado con el tema «Hong Kong Garden», una canción pegadiza que sonaba con machacona insistencia en todas las radios musicales. La banda traía una propuesta muy vanguardista, moderna, con una puesta en escena muy especial y, aunque los estilos de Siouxsie y Nacha poco tenían que ver, algo debió intuir Carlos Narea, quien le sugirió a su jefe que contratara a Nacha Pop para tocar con los ingleses. Dicho y hecho. «Como director de la compañía me fui por la tarde a la prueba de sonido y ahí es donde tengo la primera imagen de Antonio, en el escenario. Lo recuerdo bien, fue una imagen que luego se repitió diez mil veces que era Antonio encorvado, tocando los pedales de la guitarra, ajustando cosas. Y ahí lo conocí. Luego no ficharon conmigo,

me los levantaron literalmente la gente de Hispavox, que eran más hábiles y listos y con más experiencia. Pero sí quedó ahí como una relación personal, nos caíamos bien, entonces cada vez que nos encontrábamos por ahí nos parábamos y nos reíamos y conversábamos un rato» (Carlos Narea).

Aquel concierto supuso un éxito para Nacha Pop y un descubrimiento para el grupo en cuanto a la manera de entender la sonorización y organización de conciertos. No era solo tocar, se trataba de espectáculo y, de nuevo, de profesionalidad. Hasta esa noche, los miembros de Nacha eran chavales que hacían conciertos como fuera, daba igual; sin embargo, desde esa noche, los miembros de Nacha eran músicos que tocarían con el listón colocado en cierto punto por debajo del cual ya no se hacía nada más.

El público madrileño coreó el gran hit «Hong Kong Garden»… y poco más. El resto del repertorio de los Siouxsie era demasiado innovador, vanguardista y de difícil comprensión para parte del público presente. La gente salió con una sensación de no haber entendido, de no estar muy conforme con la propuesta de los ingleses y, no obstante, las canciones de Nacha, más digeribles y cañeras, habían encantado al personal. En los días siguientes, los medios hablaban del concierto elogiando a los madrileños; prensa, radios locales, las FMs se fijaron, quizá por primera vez, en aquel nuevo grupo que le había plantado cara con soltura a las estrellas inglesas. Fue un punto de inflexión para Nacha Pop, que se vieron de repente protagonistas en un escaparate mucho menos minoritario del que estaban acostumbrados y, además, salían muy bien parados. «Creo que mucha gente no sabía muy bien lo que iba a ver, y a las tres canciones de Siouxsie, empezaron a pedir que volviéramos a salir nosotros» (Nacho García Vega).

Esa noche, escondida entre el público, disfrazada con peluca y gafas de sol, la madre de Antonio Vega se había acercado al teatro Barceló para saber de qué iba esa afición a la música que obsesionaba de tal manera a su hijo y, según ella misma confesó, salió horrorizada por las pintas de la concurrencia y el ambiente de la noche madrileña. Faltaba poco para estrenar la década de los ochenta, un nuevo tiempo en el que todos, padres e hijos, ciudadanos, industria y sociedad en general aprendimos a base de prueba y error cómo utilizar eso de la libertad. Y unos saldrían mejor parados que otros. Desde el punto de vista de una madre, parece lógico que no las tuviera todas consigo.

… y de Ramones

El concierto de Siouxsie & the Banshees en el teatro Barceló congregó a unos cientos de personas, nada mal como bautismo de fuego para los novatos Nacha Pop, pero el 26 de septiembre de 1986 el envite era mayor: telonear a los Ramones en la plaza de toros de Vista Alegre, con más de trece mil entradas vendidas, más todas las que se debieron de falsificar, al módico precio de trescientas cincuenta pesetas. Lo más granado del punkerío de Madrid y alrededores se agolpaba intentando entrar en la plaza y colocarse en primera fila para saltar al ritmo de los himnos de la ya mítica banda. Aunque primero había que «aguantar» a los teloneros: «Nada, tío; es un grupo madrileño de esos, y de los malos. Yo no los he oído, pero son todos unos plastas», es solo un ejemplo de las declaraciones que recoge el periodista José Manuel Costa en su reseña del concierto dos días después en *El País*.

En ese ambiente, Nacha Pop encara el concierto con más miedo que vergüenza. Carlos Brooking recuerda el momento con una sonrisa y un brillo de nostalgia en la mirada: «Ramones era un grupo comercial, pero de tinte punk, allí iban a ir todos los punks de Madrid con sus cazadoras y pocas ganas de que les hiciesen bromas. Nosotros teníamos cierto temor… es decir, bueno, vamos a tocar qué sé yo un "Chica de ayer" y nos van a comer vivos, porque aquí no han venido estos chicos (el público) a escuchar según qué cosas… Quieren escuchar a Ramones y esos tipos se ponen a ciento veinte por hora desde el minuto uno y durante todo el concierto no bajan el listón de velocidad. Sin embargo, nos aceptaron bien, nos aceptó bien el público, les gustó, salimos bien parados, muy contentos. Yo creo que en parte fue porque nuestra propuesta era absolutamente, cómo diría, honesta o natural. Esto es lo que hacemos y allá vosotros. Lo hicimos lo mejor que pudimos y también tuvimos buena crítica de aquel concierto, buenas sensaciones…».

No solo salieron bien parados, en aquel concierto aprendieron la diferencia entre tocar para cincuenta o cien personas, a las que puedes verles las caras porque están delante de ti y puedes interactuar con ellas, crear una complicidad. En recintos más grandes, la cosa cambia. Los focos se interponen entre el escenario y el público y solo ves al respetable cuando acaba la canción. Las reglas son otras. Algo que puede parecer obvio supuso una novedad para Nacha Pop y tomarían buena nota de todo.

De músico a músico

En el *backstage* de la plaza de toros de Vista Alegre los camerinos estaban separados. No hubo un encuentro Ramones – Nacha Pop y

tampoco Antonio Vega expresó querencia o un especial interés por conocer a los americanos. Tal vez los fans de primera fila fantaseamos con un encuentro casual o pactado entre los dos grupos y una explosiva conversación, incluso un intercambio de acordes y algo parecido a una amistad. No era el caso. El fenómeno fan entre músicos no encajaba con la personalidad de Antonio. La relación que Vega tenía con cualquier persona se tratase de una primera figura musical o un desconocido músico de barrio era, en primer lugar y por encima de todo, una relación de colegas. Tú eres mi colega músico, tanto me da si has vendido millones de discos o no te comes un colín, somos iguales.

De haberse producido el encuentro, con los Ramones o con quien fuese, Antonio Vega no se hubiera dejado impresionar por ellos. Primero, y que nadie se ofenda, porque las composiciones de los Ramones eran muy sencillas y, siempre desde un punto de vista musical, probablemente no tenían nada que enseñarle a un compositor como Vega. Asunto distinto es la propuesta, la fuerza, la presencia en escena de una banda como Ramones, que impresiona y no deja indiferente a nadie.

A Antonio Vega el respeto por el trabajo y talento ajeno le venía de serie, era un tipo honesto que daba por hecho que iba a encontrar su misma honestidad en los demás. Su manera de relacionarse era natural y espontánea, tímida al principio, y abierta y sincera después, cuando tras una conversación se derribaban los primeros muros protectores. «Con Antonio llegó un momento que nadie le tosía… ni él tenía por qué toser a nadie. Él respetaba todas las opciones, era un tipo tremendamente respetuoso con todo el mundo, pero eso sí, nadie le tosía, nadie le tenía que decir a él por qué hacía una canción así o asá… Porque soy yo y soy dueño de cómo hago la canción. Y ya está, punto. Y toco así porque toco así, punto» (Carlos Brooking).

La presencia y prestancia de Antonio Vega son indiscutibles, y cuando Antonio habla, los demás escuchan. Desprendía un magnetismo especial que te atrapaba sin necesidad de intercambiar palabra alguna, y esa atracción, que podía resultar desconcertante, se volvía inevitable en cuanto Antonio alzaba la cabeza y te arropaba con esa forma especial de mirar. Una mirada con la que parecía decirte: te veo, te escucho, sé quién eres. Con el tiempo, la experiencia, y la vida vivida se iría haciendo respetar aún más, como músico y, sobre todo, como compositor de letras y melodías. Se ganó un respeto que no siempre supo aprovechar ni utilizar con sabiduría, cierto, pero a Antonio Vega había que reconocerle su honestidad, su sinceridad tan profunda y brutal. Nunca fue un vende humos, ni un mindundi con

suerte venido a más, y él lo sabía, era consciente de sí mismo y no hubiera consentido jamás que alguien se colocara en una posición superior, igual que él tampoco se colocaba en lo más alto del pódium. Y, probablemente, de haber tenido en un pedestal a alguien, sería a tipos como Carl Sagan o Einstein. De esos sí que había mucho que aprender.

La vida en Hispavox no es como me la contaron

El cambio de compañía discográfica supuso la marcha de Jaime Conde. Para él, Nacha Pop era poco más que un divertimento y el grupo necesitaba un batería más experimentado que aportara contundencia y mayor compromiso con el proyecto. El elegido fue Antonio Martín Caruana, al que todos conocían como Ñete, un amigo de Antonio Vega, unos años mayor que ellos y que se integró a la perfección en la manera de hacer y el carácter de la banda.

Los chicos de Nacha Pop estaban preparados para encarar una nueva etapa como músicos y como grupo, aunque en los planes de Hispavox no estaba el ponerles una alfombra roja a esos novatos y mucho menos dotar a su proyecto de los necesarios medios económicos y de promoción. La gente de Hispavox aún funcionaba a la antigua, no acababan de fiarse de esa nueva hornada de grupos madrileños que desentonaban en su catálogo de músicos melódicos y azucarados con los que de verdad hacían dinero. Nacha Pop y el resto de los grupos de la movida no eran más que una posibilidad lejana de éxito, no estaba claro que esa moda hubiera llegado para quedarse y no pensaban arriesgar ni un céntimo en ellos. Para empezar, la compañía nunca les asignó un estudio de grabación, funcionaban a base de huecos, cuando los grandes artistas de Hispavox como Bertín Osborne, Raffaella Carrà o José Luis Perales dejaban libre el estudio, solo entonces Nacha Pop tenía luz verde para grabar. No tardaron en darse cuenta de que eran poco más que el último mono. «Nos daban unas horas para grabar en el estudio por la noche, y luego, de repente, no podíamos ir en tres días. A veces nos tocaban tres horas de grabación, al día siguiente tenías cinco… Grabar en esas condiciones es muy incómodo porque te enfrías. Cuando entras en una sesión de grabación lo suyo es empezar y tener una rutina hasta que acabas, porque siempre estás en caliente, siempre tienes las cosas recientes, no te enfrías. Yo lo recuerdo así, con acelerones y frenazos y ahora se puede, y ahora no se puede…» (Carlos Brooking).

Nacha Pop contestó al ninguneo de Hispavox con la rebeldía y el descaro propios de los dieciocho años. Novatos, sí, pero a

profesionalidad e ilusión no les ganaba nadie. Defenderían sus canciones y tomarían decisiones con esa valentía y honestidad de quien está en el negocio no por dinero, o no solo por dinero, sino por vocación. Una de las maneras que tenían las discográficas de promocionar a sus artistas era pincharlos en los 40 Principales; en esa emisora se emitía cada cierto tiempo un jingle con fragmentos de canciones conocidas, pero con la letra original adaptada. Cuando a Nacha les propusieron realizar un jingle con «Chica de ayer», la banda al unísono se negó en redondo, aquello era poco menos que un ultraje a la canción, una traición. No iban a pasar por ese aro. El presidente de Hispavox estaba absolutamente confundido, ¿acaso esos niñatos no quieren ganar dinero? ¡Los 40 Principales! Pues no. Nacha Pop eran jóvenes rebeldes incorruptibles.

Con esa misma rebeldía atacaron las intermitentes sesiones de grabación. Visto lo visto no estaban dispuestos a obedecer las órdenes de la compañía, temían que quisieran edulcorar sus canciones para adecuarlas al mercado más tradicional, manido y lucrativo. Ante la sorpresa de los miembros de la banda, el productor asignado por Hispavox para dirigir el primer disco de Nacha Pop fue Teddy Bautista. «Cuando nos propusieron a Teddy Bautista nos sonó extraño, le teníamos por un músico de rollo sinfónico, que había hecho *Jesucristo Superstar*, pero ya en el primer encuentro vimos que era un tipo adorable y encantador, que supo tocarnos la fibra sensible diciéndonos que era amigo de Nick Lowe y que conocía a gente que nos gustaba» (Nacho García Vega).

Teddy Bautista fue un gran productor para la banda. Enseguida sintonizaron y surgió una admiración y un respeto mutuos que, sin duda, benefició al resultado final del disco. Bautista era un grande de la música y un pianista fantástico, y en el trabajo con Nacha Pop nunca los consideró unos mocosos malcriados, sino que encaró el encargo con profesionalidad respetando en todo momento la idea original de la banda, la frescura y espontaneidad que aportaban. Nunca pretendió llevarse a Nacha Pop a su terreno, sino que se amoldó a su estilo, a su manera de hacer música, aportando ideas originales e interesantes sin obligar ni forzar sus composiciones. «Antonio tenía un timbre de voz único, *husky* [ronco], y afinaba bien. Como guitarrista había digerido las frases y giros del pop británico con gusto y estilo. Nacho era el más listo de todos, conocedor de las nuevas tendencias y líder natural del grupo, además de ideólogo. Cantaba bien con un tono nasal muy moderno y componía con sentido de la estructura pop. Carlos era un buen bajista consistente y cuando Ñete entró conseguimos un empaste sólido de la sección rítmica,

gracias sobre todo a la experiencia de este con grupos anteriores. En síntesis, había talento con el que trabajar y crear algo nuevo y original» (Teddy Bautista).

De las doce canciones del disco *Nacha Pop* (Hispavox, 1980), siete son de Antonio Vega, tres de Nacho García Vega y dos firmadas por ambos. Aunque los temas tenían un autor, un creador original, se trataba en el local de ensayo de una manera grupal. Ya fuera Nacho o Antonio el que traía una idea o una composición para desarrollar, no por ello era el que mandaba en la canción. El tema se colocaba encima de la mesa y se trabajaba entre todos. A veces llegaba ya muy elaborado y otras veces no era una canción completa, sino tan solo una idea de un estribillo o de un riff, un detalle que se crecía con el trabajo en común. «Se ponía la canción encima de la mesa y todo el mundo se metía con todo el mundo, es decir, yo podía decirle a Antonio: "Por qué no dejas de hacer eso, que es un aburrimiento, y haces esta otra cosa, que es más divertida o efectiva o me gusta más". Antonio podía meterse con la batería porque el concepto rítmico no le gustaba y quería cambiarlo. Todo el mundo era dueño, digamos, de la globalidad de la canción. No era que, mira, yo la he compuesto, la voy a tocar así y tú tienes que dar ahí esta nota o esta otra; no, era un trabajo muy de grupo en el que todo el mundo participaba, todo el mundo ponía, decía lo que le gustaba y no le gustaba y el resultado era algo con el que todo el mundo estaba de acuerdo» (Carlos Brooking).

El resultado era que los cuatro integrantes defendían cada canción a capa y espada y se acrecentaba el sentimiento de grupo, de pertenencia, junto con una apertura y tolerancia hacia el trabajo de cada uno.

Con la entrada en escena de Teddy Bautista apareció también una nueva mirada, una revisión de los temas que Nacha Pop traía en la mochila listos para convertirse en su primer álbum de estudio. Entre ese puñado de canciones había una que destacaba sobre las demás, una composición sencilla e íntima que rompía el pop guitarrero que marcaba el estilo del disco. Nadie se opuso a que «Chica de ayer» entrara en el álbum, todos estaban de acuerdo en que se trataba de una gran canción y, aunque no tenía mucho que ver con la manera semipunk de componer del grupo, eran lo suficientemente inquietos para abrir el espectro y ampliar sus horizontes musicales. Fue Teddy Bautista quien, tras escuchar la canción, sugirió incorporar un piano al tema. «Antonio me cantó en un descanso de los ensayos "Chica de ayer", solo con voz y guitarra, y se me pusieron los pelos de punta: la frase "demasiado tarde para comprender" resumía una amargura

infinita, pero íntima al mismo tiempo, que me resultó inspiradora. Esa noche en mi casa reproduje la canción en el piano y parecía un tema de Carole King o James Taylor. Se lo propuse a los chicos y les gustó la idea del piano, porque lo probamos y los acordes en corcheas añaden a la canción un aire hipnótico» (Teddy Bautista).

Salvo la presencia y el buen trabajo de Teddy Bautista, los problemas y la falta de entendimiento con Hispavox continuaron. El disco estaba listo; sin embargo, la discográfica decidió esperar unos meses más para lanzarlo al mercado. Se les habían adelantado Radio Futura y su LP *Música moderna* (Hispavox, 1980) y tocaba aguantarse las ganas y esperar turno. Y no solo eso, a la hora de fabricar físicamente el disco, en el proceso mediante el cual se trasladan las ondas sonoras de las cintas magnéticas a los surcos del vinilo, Hispavox determinó rebajar y quitar agudos y graves, con lo que el sonido de la banda se desvirtuaba de manera notable. La discográfica pretendía proteger las carísimas agujas con las que se hacían los acetatos y, al parecer, quitar agudos y graves era la única manera. Hubo peleas y discusiones entre la banda, Teddy Bautista, que ya había sufrido ese castigo anteriormente, y la discográfica. Se decidió repetir acetatos hasta lograr un acuerdo razonable entre los deseos del grupo y su productor y la realidad de la discográfica. A pesar de todo, nadie quedó conforme con las correcciones y por esa razón en la contraportada de *Nacha Pop* se lee: «Este disco debe ser reproducido a niveles perjudiciales para el oído». «Había canciones que en el disco sonaban más poperas que en el local o en directo, donde las guitarras sonaban con más mala hostia» (Ñete).

Con el disco ya en el mercado, Hispavox apenas invirtió en la promoción ni en la distribución y resultaba difícil encontrar el LP en las tiendas. *Nacha Pop* vendió alrededor de veinte mil copias. No era un fracaso, pero tampoco el éxito que se esperaba de esa nueva ola emergente que era la movida madrileña. El resultado de la apuesta resultó claramente insuficiente para las cuentas de la compañía discográfica.

Nacha Pop grabará otro disco más, esta vez autoproducido, con Hispavox: *Buena disposición* (1982), que también pasó desapercibido por la ya evidente falta de compromiso de la discográfica. A partir de ahí, Nacha saltó al sello independiente DRO donde grabaría *Más números, otras letras* (1983) y el EP *Una décima de segundo* (1984) para acabar su carrera en Polydor con tres LP más: *Dibujos animados* (1985), *El momento* (1985) y el directo *Nacha Pop 1980-1988* (1988).

Tengo un compromiso con la música

Todos los miembros del grupo firmaron un compromiso invisible con la música. En aquel momento, Antonio Vega estudiaba Arquitectura, Aeronáutica, Físicas… Saltaba de carrera en carrera buscando su lugar en el mundo. Le atraían las ciencias, el espacio, la física cuántica, pero parecía que la universidad no era su sitio. No colmaba sus expectativas, sus ansias de conocimiento y su obsesiva necesidad de volcarse en todo lo que emprendía. Al margen de la música parecía no encontrar o no tener claro cuál era la profesión o la pasión que le encendiera, que le motivara lo suficiente, y en los estándares de Antonio Vega esa pasión debía ser inmensa, enorme para cumplir lo que él le pedía y lo que estaba dispuesto a entregar a cambio. Tenía claro que le gustaba la música, y cuando tuvo entre sus manos un contrato discográfico en el que le ofrecían un estudio profesional, grabar un disco, etc., se le abrió un nuevo camino y era un camino que le apasionaba y en el que se iba a meter de cabeza. Como siempre hacía, a su manera, Antonio se tiraba de cabeza a la piscina en todas sus aficiones. De repente, se le abrió una posibilidad de futuro haciendo algo que le apasionaba y no dudó en dejar a un lado todo lo que pudiera interferir en su nueva obsesión. Había firmado un contrato invisible con la música.

Antonio Vega se manejó muy bien con el compromiso y la regularidad que exigía la discográfica. Estaba ilusionado como el que más por el proyecto y, además, había una buena colección de canciones suyas que iban a figurar en el disco, era el primer interesado en defender sus composiciones. Al contrario que sus colegas Nacho o Carlos, abandonó los estudios, tenía más claro que los demás que eso podía ser una salida profesional de la cual vivir. En esa época no había ninguna pega con Antonio en cuanto a puntualidad y comportamiento, apareció en escena un Antonio sorprendentemente profesional para ser su primera experiencia en la grabación en un estudio. Aprendía muy rápido cómo tenía que tocar la guitarra, cómo tenía que colocarse delante del micrófono, cómo tenía que modular la voz… Desde el primer disco ya empezó a comportarse como un cantante profesional.

El verano es un escenario

En sus diez años de vida en la carretera, Nacha Pop consiguió un éxito prudente. Nunca fueron un grupo minoritario, aunque tampoco unos superventas. Aprendieron el oficio, se profesionalizaron y en los dos últimos años de su carrera lograron cierto éxito comercial y se podría decir que empezaron a ganar dinero.

En la agenda de Nacha Pop, como la de muchos otros grupos de la época, se compaginaban semanas de intenso trabajo con otras épocas de sequía. Con cada disco, con cada nuevo lanzamiento cumplían las consabidas entrevistas en los principales medios nacionales y locales que les tenían ocupados unas cuantas semanas y, por supuesto, en verano tocaba salir de gira. Alrededor de treinta o treinta y cinco conciertos, en lugares pequeños, fiestas de pueblo y festivales donde compartían cartel con otras bandas. El resto del año, nada. Meses sin actuaciones ni promociones que los chicos de Nacha compensaban haciendo lo que más les apasionaba: tocar. Se reunían cada tarde, sin perdonar ni una, en el local de General Perón donde se dedicaban casi obsesivamente a tocar, ya fuera para montar nuevas canciones, ensayar el repertorio de los conciertos o divertirse un rato probando versiones de temas clásicos por puro placer. «Nos encantaba ensayar. Eso sí tenía de bueno el grupo. No nos juntábamos para preparar un concierto, nos juntábamos todos los días, pero lo que es todos los días para tocar. Nos gustaba, cuando llegaba un concierto estábamos rodadísimos porque habíamos tocado la canción mil veces y teníamos una compenetración y un sincronismo fuera de toda duda» (Carlos Brooking).

Esa pasión por ensayar y tocar no solo les dio seguridad y confianza en el escenario, también hizo que, en el círculo de músicos, adquirieran la fama de ser el único grupo que «tocaba bien porque sabían afinar los instrumentos». Durante un concierto, lo habitual es tener que afinar las guitarras al cabo de tres o cuatro canciones. El calor de los focos, el movimiento, el simple uso hace que sea necesario repasar el instrumento y no muchos grupos lo hacían. Nacha Pop sí se preocupaba por afinar las guitarras mientras estaban en el escenario. Estaban rodados de tocar juntos cada día un montón de horas, su sincronía era total, todas las inflexiones que había que hacer para apoyar la voz, para consolidar la dinámica de la canción, lo tenían interiorizado de sus horas en el local de estudio, les resultaba muy sencillo sacar adelante las canciones y, además, tenían espacio de sobra para mantener las guitarras afinadas y «tocar bien».

Y en aquellos años de explosión de conciertos aún inexpertos, disfrutar y tocar bien en el escenario no era tarea fácil. Un técnico se encargaba de manejar la mesa de sonido dispuesta entre el público, él era el que se ocupaba de que el sonido llegara a la concurrencia con la calidad adecuada, pero ese sonido no es el que escuchan los músicos. Se necesita otro técnico o equipo de técnicos especializados en sonido de escenario que realicen las mezclas y hagan que los músicos escuchen lo que están tocando. «Todo eso, al principio, era bastante

caótico también, es decir, a cualquiera le hacían hacer el sonido de escenario y muchas veces ese sonido no estaba logrado. No te escuchabas bien, era incómodo y tocar en esas condiciones es muy incómodo porque no estás oyendo lo que cantan, no estás oyendo la batería o la guitarra, en fin, estás tocando casi de memoria. Estoy tocando porque sé que viene ahora esto, pero no hay esa fluidez que ocurre cuando te enganchas al ritmo y empiezas a disfrutar la canción, y no es solo tocar la canción, sino disfrutar con ella. En muchas ocasiones, eso no ocurría, creo que alcanzamos un nivel de profesionalidad, aunque eso no se notaba de cara a la gente, y, bueno, mantenías el tipo para salvar las canciones, pero cuando ocurría que sí que te oías bien en el escenario y se lograban unas condiciones mínimas de comodidad, para tocar con comodidad, pues entonces nos lo pasábamos muy bien, muy, muy bien» (Carlos Brooking).

Lápices de colores

Después de quince o veinte conciertos seguidos ya no sabes en qué pueblo o ciudad te toca dormir esa noche. El calor aprieta y la ligera brisa que viene del mar apenas consigue refrescar el ambiente y dar espacio para respirar. La noche se les ha dado bien: «Vístete», «Sol del Caribe», «Lucha de gigantes», «Chica de ayer»… A pesar del sonido y el consabido retraso que parece inevitable en los bolos de verano, los chicos de Nacha están contentos. No terminan de acostumbrarse a que el público cante sus temas y grite sus nombres con tanta euforia, y casi mejor no acostumbrarse, mejor disfrutar del subidón que te da el escenario. Tocar en directo no se parece a tocar en el estudio. Ha ido bien, salvo un par de acordes que han entrado tarde, y tal vez «Chica de ayer» que ha sonado muy rápido, los chicos de Nacha están contentos y analizan el concierto con unas cuantas cañas encima de la mesa.

Como suele ser su costumbre, Nacho y Ñete, los más juerguistas, quieren continuar la fiesta en los bares locales. Antonio y Carlos prefieren una retirada discreta a la habitación que, como siempre, les toca compartir. Cada mochuelo a su olivo y cada cual con sus querencias, nos vemos mañana en el autobús, que se os dé bien la noche, hasta mañana.

El cuerpo no da para continuar la juerga, pero sí para una buena conversación antes de apagar las luces, y Antonio ataca con su habitual pasión uno cualquiera de sus muchos temas preferidos: la última estrella que los científicos han descubierto, la posibilidad de vida extraterrestre, las diferentes teorías sobre el origen del universo,

el teorema de Fermat, que fíjate lo planteó en el siglo XVII y nadie ha descifrado todavía, o la cantidad de modelos de tuercas y tornillos que puedes encontrar en las ferreterías, uno de los lugares que fascinaban a Antonio Vega. La conversación se alarga hasta que los dos caen rendidos por el sueño y el cansancio. Antonio es un tipo de poco dormir y cuando Carlos se levanta a la mañana siguiente no se extraña al comprobar que su colega ya no está en su cama.

—¡Mira, Carlos! ¡Mira lo que he comprado! ¡Mira!

Antonio entra como un tornado en la habitación, atropellado y feliz con una sonrisa de oreja a oreja y un brillo en la mirada que Carlos Brooking conoce muy bien.

—¡Tío, mira lo que he comprado! —repite mientras extiende sobre la cama el contenido de una bolsa de plástico.

Cuadernos de papel blanco, una caja de rotuladores con veinticuatro colores, bolígrafos de punta fina de colores, ceras, más libretas…

—¿Has visto qué pasada? —pregunta sin apartar la vista de sus nuevos juguetes.

—Joder, impresionante, Antonio —contesta Carlos, medio en broma y medio en serio, divertido al ver a su colega emocionado como un niño el día de Reyes.

Y Antonio Vega se olvida del mundo mientras juega con sus rotuladores. Elige un color para empezar a escribir la letra de una nueva canción, otro color para el estribillo, otro para las anotaciones…

—No ha quedado bien, lo rompo y vuelvo a empezar. Baja tú, yo me quedo un rato y voy.

—Antonio, tío…

—¿Eh? Sí, ¿qué?

Cuando Antonio entra en su mundo íntimo, propio, personal resulta difícil sacarlo de allí. En ese lugar Antonio Vega es feliz, con esa manera suya infantil y casi ingenua de ser feliz. En ese espacio-tiempo, en esa realidad que no se corresponde con la realidad terrenal, Antonio se olvida de que está de gira en una ciudad perdida de España y se expande en su pequeño universo, sin reglas ni normas y es allí donde, por fin, puede ser él mismo. Sin peajes, sin preguntas ni explicaciones. Allí se construye un mundo interno a su medida.

Eso significaban para Antonio Vega sus lápices de colores, sus tuercas y tornillos: escribir, construir, crear algo más grande. De la nada, de cero, a algo más grande.

Este es un frío país

Aunque en aquellos tiempos en España se empezaban a grabar discos con aceptable profesionalidad, el país aún estaba tecnológicamente muy alejado de la calidad que ofrecían los estudios de otros lugares como Alemania o Reino Unido. Cuando los chicos de Nacha Pop encararon la grabación de *El momento*, el productor elegido, Carlos Narea, tenía claro que había que ingeniárselas para estrujar el presupuesto y darse un garbeo por Europa en busca de los mejores estudios de grabación donde rematar un álbum que incluía canciones tan inmensas como «Lucha de gigantes» o «Desordenada habitación». Temas que son un regalo y una responsabilidad para cualquier buen productor, joyas a las que hay que tratar con especial mimo y dedicación y, sobre todo, disfrutarlas.

Tras grabar en Madrid, Bruselas y Bochum (Alemania), Carlos Narea preparó el viaje a Londres con toda la banda para mezclar allí el álbum. El estudio estaba contratado y el apartamento donde iban a vivir esos diez o quince días alquilado, pero no todas las canciones estaban terminadas. Los temas del álbum estaban avanzados, la música grabada, pero a Antonio se le habían atravesado algunas letras. No pasa nada, que no cunda el pánico, todos estaban acostumbrados a las tardanzas de Antonio. Algo surgirá, saben que desplegará esa manera tan personal suya de mirar el mundo, afinará los sentidos y sus lápices de colores y, aunque sea en el último momento, los sorprenderá una vez más con versos inesperados. «Yo siempre les decía, no solo a Antonio, les decía a todos, que es muy difícil producir una canción sin saber de qué está hablando… Sí, tenemos la música, pero yo no sé si va a decir estoy muy triste o muy contento. De eso dependen también los arreglos. "Sí, sí, sí, claro", me decía, y luego Antonio escribía cosas maravillosas. Tardaba, pero escribía cosas increíbles» (Carlos Narea).

Hacía frío en Londres. Más de lo habitual. Una inusual ola de frío con temperaturas de veinte grados bajo cero sorprendió a los chicos de Nacha y a su productor. Allí, en el gélido Londres, Antonio escribió los versos de «Persiguiendo sombras».

> (…) Es tal el hielo que hay aquí
> este es un frío país
> y ni los pies ni las manos puedo sentir.
> (…)
> Interpretar a los demás viéndolos gesticular
> y con los hombros contestar…

A Carlos Narea le gustaba tener a sus músicos concentrados en el trabajo. A estas alturas de su carrera, los chicos de Nacha Pop ya habían perdido el miedo de los novatos a meterse en un estudio de

grabación, aun así, estaban en Londres, una ciudad cosmopolita, con un idioma distinto y un modo de hacer que se suponía más profesional que la todavía pueblerina España. Un estudio de grabación no es un local de ensayo donde echas unas risas con los colegas entre canción y canción. Un estudio profesional es un lugar que impone en el que hay tecnología puntera, mesas de grabación y donde se escucha absolutamente todo con reveladora claridad, incluidos los errores. El nivel de exigencia pasa a ser muy alto, los músicos están bajo los focos y cada minuto se paga a precio de oro. Una de las tareas del productor es intentar que los músicos que entran en el estudio por primera vez no noten el salto de local de ensayo a estudio profesional y se sientan lo más cómodos posible.

Para lograr ese acomodo y generar sensación de equipo y compañerismo, nada mejor que convivir las veinticuatro horas del día. Carlos Narea alquiló un piso de cuatro habitaciones en una buena zona de Londres, cerca del estudio. El productor y sus músicos desayunan, comen, cenan y, sobre todo, hablan y comentan cada canción del álbum. Las charlas en el sofá del salón guitarra en mano o improvisando percusiones encima de la mesa propician que el trabajo se arme con fluidez y coherencia. Crear un ambiente de ilusión por el trabajo, de hacer las cosas con profesionalidad no está reñido con la risa y los buenos momentos. Y, de paso, se evitan las espantadas y los despistes nocturnos. Algunos viajes son, sin duda, el principio de una hermosa amistad. «Una mañana entré en la cocina y alguien había dejado en la encimera un cuchillo sucio de mermelada, con la mermelada seca y el cuchillo medio pegado y entonces les riño: "Oye, por favor, si vamos a usar el cubierto, échenlo en el lavavajillas, lávenlo, no lo dejen aquí, que se pega…". Un comentario así como muy doméstico, y vino Nacho y me contestó: "¿También nos vas a producir nuestras vidas?". Nos reíamos mucho en los viajes y ahí empezó una relación ya más personal. No solo de productor y artista, sino de amistad» (Carlos Narea).

Diez años pasan volando

Y después de una aventura de diez años llegó la hora de bajar la persiana. No hay un único motivo para explicar el final de Nacha Pop, nunca hay una sola razón para justificar una ruptura. Unas veces las cosas suceden porque sí y otras veces el simple paso del tiempo hace más visibles e insostenibles las diferencias de carácter, personalidad y ambiciones de los miembros de un grupo.

Al final de su carrera, Nacha Pop empezó a tener cierto éxito

comercial y la discográfica era más exigente con ellos en cuanto a sus compromisos extra musicales: viajes, entrevistas, televisiones… La agenda se volvió mucho más estricta, resultaba inevitable tener un calendario y cumplir con las fechas. A ninguno de los integrantes de Nacha les gustaba especialmente ese trabajo, pero venía con la profesión y no quedaba más remedio que poner buena cara y hacerlo lo mejor posible. Había que ser muy disciplinado y esa disciplina se les hacía a todos muy cuesta arriba porque Antonio Vega por aquel entonces estaba ya enganchado a la droga y el grupo pasó por momentos muy amargos. Sus retrasos, sus ausencias, alguna que otra cancelación de algún evento empezaban a pasar factura. Llegó un momento en que pasó a ser un lastre importante para la continuidad del grupo.

Antonio antes que músico e integrante de Nacha era el primo de Nacho y un buen amigo, un compañero en ese viaje ilusionante que fue Nacha Pop, y verle en esos momentos era duro para todos. No se trataba de exigirle cumplir contratos y obligaciones, era una cuestión de salud, de preocupación por el amigo al que ves con desasosiego cómo se pierde en su huida a través de terrenos embarrados. Alrededor de Antonio, familia y amigos, todos eran conscientes y sabedores de sus circunstancias y nunca le faltaron apoyos para ingresar en centros de desintoxicación, de los que salía recuperado y a los que volvía a entrar tras las continuas recaídas. Igual que se metía de cabeza en todas las cosas que le apasionaban, también se metía de cabeza en esta. Antonio no era un tipo que supiera de fronteras y de límites, para lo bueno y para lo malo.

En los inicios, su adicción no afectaba demasiado a la marcha del grupo; Antonio se buscaba las maneras de no interferir con los ensayos, las grabaciones y actuaciones. Cuando había que estar, estaba, al cien por cien y dando lo mejor de su talento. Con el tiempo cada vez fue más problemático cumplir con lo que el grupo necesitaba para seguir funcionando en el negocio de la música. Cada día resultaba más difícil, hasta que llegó un momento que tuvieron que encarar, una vez más, una conversación complicada y desagradable: Nacha Pop no puede seguir en estas condiciones, tenemos que apostar por el grupo, es inviable que sigamos así, porque… Antonio era un hombre inteligente, se daba perfecta cuenta de su situación y cómo afectaba al grupo, y a pesar de intentar salir en numerosas ocasiones de ese mundo que se había creado, resultó imposible para todos continuar como Nacha Pop. No fue un decisión fácil. Después de diez años, cuando empezaban a ganarse la vida, a recoger cierto éxito después de tanto trabajo duro, dar por terminado el proyecto de

adolescencia resultó frustrante para todos.

Por otro lado, tanto Antonio como Nacho llevaban diez años componiendo. Habían crecido como compositores en diferentes direcciones, cada uno tenía sus propias ideas y querencias y tanto a uno como a otro les estaban tirando los tejos para grabar discos en solitario. Y eso resultaba tentador. Cuando te proponen un proyecto en el que tú tendrás la batuta, el poder de decisión de llevar tu creatividad hacia donde quieres, eres el dueño del producto desde su concepción hasta que se plasme en disco y eso siempre es atrayente artísticamente. Los dos primos, Nacho y Antonio, sentían que había llegado el momento de desarrollarse como músicos individualmente, de independizarse, abrir un paréntesis en la convivencia creativa que dejara margen para otros proyectos más personales.

Puertas abiertas

La decisión estaba tomada, Nacha Pop desaparecería temporalmente como grupo. Se abría un paréntesis que podría durar un año o diez o veinte, quién sabe, lo único cierto es que para los integrantes de Nacha no se trataba de un adiós definitivo. La idea era volver a reunirse en algún momento más propicio. Ese deseo estuvo siempre encima de la mesa, las puertas seguirían siempre abiertas para Nacha Pop. «Nuestra relación era exquisita. Antonio y yo nunca discutimos, nunca nos gritamos. Discutir sí un poco, alguna vez, no muchas, pero gritarnos jamás, y eso que puede parecer una tontería encuadra nuestra relación en un ámbito de respeto. Un respeto por el otro que era intocable, sabíamos que, por muy mal o muy bien que fueran las cosas entre nosotros, lo que era intocable era aquello que nació cuando éramos unos niños y que supimos gestionar muy bien cuando empezamos a trabajar juntos» (Nacho García Vega).

Se cerraba una etapa y ese «hasta luego» debía materializarse en algo grande. A lo largo de diez años, los chicos de Nacha se habían negado en redondo a que Hispavox y Polydor, las compañías discográficas con las que habían trabajado, publicasen recopilatorios de la banda. Sin embargo, en aquella ocasión se merecían algo especial, algo diferente, un trabajo que los resumiera y explicara como banda y que ejemplificara ese «no final», esa pausa que todos esperaban que fuera temporal en la trayectoria de Nacha Pop. De esa idea nace el *Nacha Pop 80-88* un doble álbum grabado en directo que recoge la despedida del grupo en la sala Jácara de Madrid el 19 y 20 de octubre de 1988. La canción que abre el disco es «Puertas abiertas», sin duda, toda una declaración de intenciones.

Grabar un doble álbum requiere dedicar tiempo a la preproducción, ensayar los conciertos, tocar, mezclar y remasterizar. La última canción del concierto, el último bis sería la despedida de su público, pero los chicos de Nacha aún tenían cuatro meses por delante, incluidos viajes a Londres y Colonia, para la postproducción del disco. Durante ese tiempo, el sentido del humor, la ironía y el cariño que siempre caracterizaron a Nacha Pop seguían presentes. Al ver la complicidad que había sobre el escenario en aquellos dos conciertos y en los meses posteriores de trabajo, costaba creer que se tratara de una ruptura y no de una reunión de viejos amigos que se reencuentran después de mucho tiempo.

Es innegable que había cierta tristeza, a todos les hubiera gustado aplazar la despedida unos años más. Nacho García Vega y Carlos Brooking no podían dejar de sentir cierta sensación de fracaso por no haber logrado un poco más de tiempo. Como grupo, Nacha Pop se encontraba en un momento dulce, acababan de volver de tocar en México y, de seguir juntos, todo parecía indicar que por fin encontrarían ese éxito, o al menos reconocimiento, al que todo músico aspira. Una justa recompensa después de años de esfuerzo. Sin embargo, la decisión estaba tomada y si habían decidido cerrar ese período vital, qué menos que hacerlo con una sonrisa y manteniendo la ilusión por los futuros proyectos. Eso sí, siempre con un ojo puesto en la posibilidad de volver a reunirse como Nacha Pop.

Nacho García Vega y Carlos Brooking probaron suerte con Rico, formación con la que grabaron tres discos a cada cual comercialmente peor que el anterior; más tarde Nacho encararía un proyecto en solitario que tampoco cuajó. No eran proyectos exentos de buena música, buenos elementos y buenas ideas, pero para continuar en el mundo de la música no basta solo con ser bueno, también tienes que tener un mínimo de éxito comercial.

Antonio Vega, por su parte, abordó igualmente una carrera en solitario hasta su muerte en 2009 con cincuenta y un años a causa de una neumonía. «Antonio y yo seguimos colaborando. Otra muestra más de hasta qué punto nuestra relación era buena. Era un poco la continuación de esa despedida sin decirnos adiós: oye, en lo próximo que hagáis vosotros, yo quiero estar y, en lo próximo que hagas tú, yo quiero estar. En el primer disco de Antonio yo grabé los coros de la canción “Síguelo”. Hubo una anécdota de la que yo no me enteré hasta años más tarde; resulta que en los créditos del disco habían quitado mi nombre. Paco Martín había dicho que yo no podía aparecer…, vete a saber, se habría enfadado con alguien y decidió quitar mi nombre. Y Antonio también toca la guitarra en el tema “Una

hora” de Rico, que es una canción preciosa que me encanta y en la que hay un solo fantástico de Antonio» (Nacho García Vega).

TERCERA ESTROFA

Silencio, brisa y cordura

Volar solo

Tras la separación de Nacha Pop, Antonio Vega tenía la promesa de Polydor para iniciar su carrera en solitario. Llevaba en la maleta la maqueta del *No me iré mañana*, y él y Teresa, su mujer, se presentaban día sí, día también en las oficinas de la discográfica para que los ejecutivos la escucharan, dieran el visto bueno y empezar a grabar. Sin embargo, la respuesta de Polydor era difusa y ambigua: «Ahora no os pueden atender. Volved mañana», «Sí, claro, esperad aquí. Lo siento, ahora no es buen momento»… Después de semanas y meses de visitas infructuosas y de no entender a qué venían tantas excusas y desaires, Polydor lanza el primer disco de Rico y se hace evidente la jugada: preferían probar suerte con Rico, comprobar cómo funcionaba para no «pringarse» con Antonio Vega en el caso de que la nueva banda de Nacho García Vega triunfara en el mercado. Antonio se sintió decepcionado y en un arrebato de rabia desaparece de casa una mañana, sin decir nada a nadie, en contra de la opinión de Teresa, para firmar un contrato con la desaparecida Pasion Records, la discográfica del polémico empresario musical y productor Paco Martín.

El acuerdo con Pasion Records supuso una entrada de dinero en la siempre maltrecha cuenta bancaria de Antonio Vega, aunque su relación con Martín fue compleja y controvertida, y, desde el primer momento, se acusaron mutuamente de traiciones, deslealtades, sablazos e incumplimientos de contrato. Pasion Records se arruinó, según cuenta Paco Martín en una entrevista en *El País* en junio de 2020, «por los problemas de artistas que tenían adicciones muy caras y no podíamos mantenerlas», y en 1993 Polydor absorbe la compañía con todos sus artistas y el propio Paco Martín entra en plantilla.

Antes de echar el cierre definitivo a Pasion Records, Paco Martín,

tal vez por rencor o venganza o simplemente por tratar de recuperar el dinero invertido, lanzó *El sitio de mi recreo* (Pasión Cía., 1992), un álbum recopilatorio con temas compuestos por Antonio más algunas maquetas entre las que se incluía una versión del clásico «Ansiedad». Antonio Vega nunca aprobó que esas canciones y maquetas se publicaran, como tampoco autorizó la portada del disco, cuya fealdad es indiscutible y uno tiene la tentación de considerarla como un acto de venganza en sí mismo.

Un año después, Paco Martín convence a artistas consagrados para grabar *Ese chico triste y solitario* (Pasión Cía., 1993), un controvertido disco homenaje a Antonio Vega. Bandas como Cómplices, Gabinete Caligari, Tam Tam Go, Ketama o Rosendo vuelcan su talento para versionar temas de Antonio. Y, de nuevo, cosas de la industria y sus contratos discográficos, Antonio Vega no sabía nada de ese disco, se tropezó con él en la estantería de unos grandes almacenes. Primera noticia y cabreo mayúsculo, pues, además, como averiguó más tarde, los artistas y amigos implicados en el disco no cobraron por su trabajo.

Paco Martín y ese disco son los «culpables» de la etiqueta de chico triste y solitario que persiguió a Antonio Vega durante toda su vida. Unos adjetivos que en absoluto describen al músico, pero que calaron en el imaginario popular, pues encajaban con el físico delgado, demasiadas veces demacrado y la mirada huidiza de Antonio. Lo que era timidez e introversión se transformó en tristeza, soledad y le dio esa aura de músico maldito siempre al borde de una muerte prematura. Ya no nos sorprende que, cuando un gran artista muere joven, hay quien busque sacar provecho económico de su muerte; sin embargo, en el caso de Antonio Vega, ese homenaje, interesado o no, llegó con dieciséis años de adelanto. «Creo que estoy bastante lejos de esa idea. Sé que no soy un perdedor en la vida, en absoluto y más bien estoy más cerca de ser un ganador. Tampoco te creas que tengo muy claro a qué se refiere el "malditismo". Siempre fui tímido, pero más que tímido lo que he sido siempre es introvertido. Moviéndome siempre en circuitos más, digamos, íntimos que sociales» (Antonio Vega).

El buen productor

La tarea del buen productor requiere, me atrevería a decir que, sobre todo, imaginación. Es un trabajo peculiar para el que no necesitas ser ingeniero de sonido, ni arreglista, ni casi músico, ni letrista y, pese a ello, su trabajo influye en las decisiones que afectarán a todas esas

partes. Se trata de dirigir el proceso desde la idea hasta el resultado final, hasta que el vinilo, casete o CD está grabado.

Lo primero es elegir el repertorio, el puñado de canciones que conformarán el disco, por supuesto teniendo siempre en mente la visión de conjunto. El buen productor debe imaginar cómo sonará la canción antes de tenerla. Es habitual empezar a trabajar solo con guitarra y voz, pero en la imaginación del buen productor empiezan a brotar los arreglos que podría llevar, cómo podría sonar para pasar de buena a excepcional. Se debe cuestionar cada canción, determinar si algo falta o sobra, si es demasiado larga, si la letra es rara, si algo no cuadra… A veces sucede que el artista trae en su maleta quince o veinte canciones para un disco de diez temas y hay que seleccionar y ayudar a decidir. El buen productor opina y razona cuáles deberían ser las elegidas y puede ocurrir que pretenda descabalgar del disco justo una pieza que resulta indispensable para el artista por alguna razón personal. Hay que negociar, con sutileza y sinceridad, sin herir los frágiles egos de algunos artistas y atendiendo a sus clásicas inseguridades. El buen productor trabaja a favor del músico pues es su disco y será él quien tenga que defender sus composiciones. Y se negocia, se habla, se comparte y se vuelve a negociar.

En el estudio, el buen productor dirige cada una de las interpretaciones que hay dentro de la interpretación general de una canción: batería, bajista, guitarra, cantante, coros, ingeniero de sonido… todos siguen sus indicaciones, es él quien va marcando cómo y por dónde tiene que sonar cada tema y el álbum en su conjunto. Los músicos, evidentemente, opinan y lanzan sugerencias, y el buen productor procura que nadie deje de sentirse importante y de aportar lo que pueda. Ninguna idea debe ser rechazada de plano. Dentro del estudio hay un trabajo psicológico que va casi por encima del técnico y musical. El rol del buen productor es procurar que todo el mundo dé lo mejor de sí mismo y surja sintonía entre el equipo para que todo funcione, pues con tensiones o malos rollos, los procesos creativos no funcionan, la creatividad se esfuma.

Cada instrumento que participa en la canción se graba por separado en las llamadas pistas, lo que significa que cada canal, cada instrumento, lo puedes manipular individualmente en términos de sonido, darle más agudos, más graves, etc., según convenga y no hay necesidad de grabar todos los instrumentos a la vez. El multipistas y los sistemas modernos permiten dedicarle tiempo a cada instrumento y almacenar infinitas sesiones de cada uno de los instrumentos y voces. El sistema digital no es destructivo, en el canal de la voz, por ejemplo, se puede grabar una sesión y luego otra y otra. Se va

almacenando cada toma o sesión y con todas ellas se armará la versión definitiva de la canción. Algo así como un puzle que el buen productor completa a partir del estribillo que el artista cantó en la toma uno, el verso de la toma nueve, la respiración que suena en la toma trece… En la época en la que Antonio Vega grabó *No me iré mañana* no existía este sistema. Se hacían una, dos, tal vez tres tomas de la voz, y si el buen productor quería hacer otra toma implicaba que debía borrar una de las anteriores, se tenía que grabar encima. Había que tomar decisiones constantemente, arriesgarse y apostar a que el artista cantaría o tocaría mejor en la siguiente toma, sabedor de que, si lo hacía peor, se perdería todo lo que ya tenía. En aquel momento, las cintas magnetofónicas llevaban un máximo de veinticuatro canales, y veinticuatro canales se acababan muy pronto. La batería ocupaba diez o doce, con un canal para el bombo, la caja, los platos… Una guitarra ocupaba uno o dos si la grababas en estéreo, el piano dos… Además, el proceso habitual era grabar primero los instrumentos y dejar la voz para el final, con lo cual quedaba muy poco espacio para recrearse grabando las voces. Conclusión: veinticuatro canales se quedaban cortos, apenas quedaban dos o tres pistas para grabar dos voces dos veces… no más.

Una vez que el buen productor tiene grabado todo lo que necesita para la canción: la batería, el bajo, la guitarra, los teclados, los coros, las cuerdas, los violines… todo lo que vaya a incorporar, llega el proceso de mezclas o, lo que es lo mismo, poner todo el material en orden: allí la batería, la guitarra que salga por otro lado, la cuerda atrás, la voz aquí para que se entienda, los coros… Todas las piezas del puzle que el buen productor tiene en treinta o cuarenta pistas se reducen a dos y se copia en un estéreo que es lo que más tarde escucharán los músicos.

Una vez montadas y bendecidas las mezclas, el buen productor atacará el proceso de masterización. Hay que tener en cuenta que el proceso de mezclas puede durar días o semanas y sucede que no escuchamos exactamente igual todos los días sea por presión atmosférica, por el propio oído, por lo que sea, y se producen variaciones. Comparando una canción con otra, el buen productor descubre que algún tema suena más agudo que otro o tal vez tiene menos nivel de sonido. La masterización consiste en colocar todas las canciones juntas, en el orden en el que aparecerán en el disco e igualarlas, para que cuando se escuche el álbum no haya que subir o bajar el volumen en cada canción. Hay que evitar que dé la sensación de que ha entrado una canción de otro disco; se busca que haya, más o menos, homogeneidad. El trabajo de masterización lo realizan

ingenieros especializados que deben respetar la coloratura, el tono, el carácter general del disco que decidió en su día el productor. En esta etapa la tentación a evitar es que el ingeniero de masterización tergiverse el concepto general del disco y lo haga sonar como si hubiese sido él el encargado de realizar la producción. En este proceso, el buen productor tiene, por así decirlo, la última palabra, la decisión final. Si al recibir el trabajo terminado, considera que no suena bien, que resulta muy duro o muy agudo o muy grave, lo devuelve y pide que lo vuelvan a masterizar. En el trabajo del buen productor no existe el bien y el mal, ni existe lo correcto o lo incorrecto, es una cuestión de gustos.

«Durante el proceso de mezclas algunos músicos están presentes y otros no. Hay de todo. Hay algunos muy pesados que están encima todo el rato y que tienes que decirles: "Sal un ratito y cuando haya terminado vuelves". Porque estás probando cosas continuamente. A veces, cuando estás trabajando en una mezcla, de repente pues subes un poco más un instrumento, por ejemplo, una guitarra, para oírlo más, para retocar un poco la ecualización y lo subes un poquito para separarlo y comprobarlo. Muchas veces tienes al artista sentado y te dice: "La guitarra esa está un poco alta, ¿no?", y le explicas: "La he subido, no va a ir así, la he subido, no va a ser así luego". Y entonces les dices: "Mira, tómate un café y te aviso en un rato y vienes a escucharlo". Hay algunos así, que están encima, y hay otros que ni aparecen por el estudio y que vienen a escucharlo nada más al final y te dan su opinión: "Me gusta. Eso me suena un poco raro…", que tú también eso lo necesitas y lo deseas porque es su disco. El disco es de ellos y los que van a defender ese disco toda la vida son ellos y será su disco. Es el último disco de Nacha Pop, no es la última producción de tal… Al final, aunque se supone que la última palabra es la tuya, tú te reservas el derecho a intentar que el artista esté todo lo cómodo posible y, si no le gusta mucho cómo suena alguna cosa, intentar mejorarlo o cambiarlo, si él no se gusta cómo suena su voz o una frase cómo la cantó, la intentas buscar en otro sitio» (Carlos Narea).

No me iré mañana

«Antonio, voy a hacer tu disco, aunque sea sin ti». El productor Carlos Narea pronunció esta frase en más de una ocasión durante la grabación del *No me iré mañana*, el primer disco en solitario de Antonio Vega.

Carlos Narea había colaborado con Nacha Pop produciendo los dos últimos álbumes del grupo y cuando Antonio comenzó su carrera

en solitario en Pasion Records, le llamó para que fuera él quien produjera el excepcional primer disco que le definiría como compositor, letrista y músico.

—Joder, Carlos, perdona, tío. Es que se me ha roto el coche y resulta que me ha dejado tirado y… —explicaba Vega, mostrando sus manos llenas de grasa.

—Que sí, Antoñito, que sí, anda, venga, tira… No pasa nada —contestaba Narea, consciente de que todo era una excusa, una mentira infantil, como de un niño pillado con la cara manchada de chocolate y que niega haberse zampado la tableta entera.

—Tío, perdona, de verdad…

—No pasa nada. Ya estás aquí. Vamos a trabajar —sonríe el productor, a quien las excusas de Antonio le resultan entrañables. Antonio Vega era un tipo serio trabajando, era su primer trabajo en solitario y se jugaba mucho. Estaba totalmente enfrascado e ilusionado con aquel álbum, y el único problema serio al que tenía que enfrentarse Narea era el consabido escapismo de Antonio, que, en ocasiones, podía resultar desesperante. Además, supervisando todo el proceso estaba Paco Martín, jefazo de la discográfica, preocupado por su inversión y ya escarmentado por las históricas espantadas de Vega. Uno de esos días, Martín acudió al estudio a vigilar el desarrollo de la grabación y, cómo no, a echarle un ojo a Antonio. Allí encontró solo a Carlos Narea que aprovechaba las ausencias de Vega para preparar las percusiones que iba a incluir en el disco. De vuelta al despacho, enfadado y avinagrado, se tropezó con Nacho García Vega: «Si es que voy al estudio y tu primo no aparece y me encuentro al Narea tocando la pandereta».

La desconfianza sobre la capacidad de Antonio Vega para cumplir con los horarios y obligaciones estaba siempre presente, sobrevolando y oscureciendo cada día de grabación. Y, sin embargo, Antonio siempre cumplía, rozando el límite de lo razonable, apurando en ocasiones hasta el último segundo, terminando una letra encerrado en el lavabo o sentado en un altavoz, pero siempre cumplía. Desapariciones aparte, Antonio se metió de lleno en la grabación de su disco. Teresa, su mujer, no se separaba de él ni un instante y procuraba que cumpliera las órdenes del productor y acudiera puntual, en la medida de lo posible, a las sesiones de grabación. Antonio se lo tomó en serio, se jugaba mucho. «No le recuerdo como un tipo exigente, de hecho, yo era más exigente que él. Y ahí me echó muchas veces una mano Teresa. Recuerdo, por ejemplo, que había canciones que le decía: “Antoñito, esa estrofa la podías cantar mejor, podía estar un poquito más lo que sea”. Y recuerdo a Antonio

contestando "¿Tú crees? No sé. Yo la veo bien". Y Teresa le empujaba un poco: "Antonio, si te está diciendo que cantes una vez más, canta una vez más, no te cuesta nada". Era exigente y no lo era. En términos generales, sí se exigía, pero no era un tiquismiquis por decirlo de alguna manera. Como tampoco era una persona particularmente insegura» (Carlos Narea).

Más que la perfección técnica, Antonio Vega buscaba sensaciones, que el tema fluyera, que transmitiera buen rollo, que tuviera vida. Se permitía un fallo si así conseguía darle calidez y cercanía a su composición. Bienvenidos los fallos. Por encima de todo, una canción debe transmitir, la perfección puede resultar fría y hay que estar atentos a qué es lo que nos conmueve, lo que nos pellizca, independientemente de esa perfección técnica. El buen productor aprende a reconocer que sí, que quizá aquella parte quedó algo desafinada, pero tiene «un no sé qué» increíble que le aporta una riqueza emocional que no conseguiría si hubiera quedado perfecta. Antonio Vega y Carlos Narea se entendían y no hubo entre ellos discusiones o desencuentros más allá del «Antoñito, venga, va, repite esto», y Teresa, compinche de los dos, azuzaba a Antonio, y fin de la historia.

La creación de un disco no comienza en el estudio de grabación. Allí dentro el tiempo es dinero, y antes de abrir la persiana y hacer que el contador se ponga en marcha, conviene ensayar los temas que conformarán el disco y rodar a los músicos elegidos para grabarlo. Para los ensayos previos, Carlos Narea (productor), Nigel Walker (ingeniero de sonido), Eric Franklin (batería), Billy Villegas (bajo), Manolo Rodríguez (guitarra) y Antonio Vega se reunieron en las salas de ensayo de General Perón, un lugar habitual para muchos de los grupos de la época. En este caso, además, hubo sesiones previas en casa de Carlos Narea con Manolo Rodríguez y Antonio Vega, con el objetivo de enseñarle al guitarrista las canciones del álbum. Estas sesiones se publicaron años más tarde, en la edición especial del veinticinco aniversario del *No me iré mañana* y de las que damos cumplida cuenta unas páginas más adelante.

Cuando todos los músicos se han empapado del espíritu de las canciones, entonces se deja atrás el divertimento e improvisaciones del local de ensayo y el asunto se pone más serio. En el centro de Madrid, en el barrio de La Latina, los ya desaparecidos estudios Cinearte acogieron al equipo que habían formado Antonio Vega y Carlos Narea. Tenían por delante un mes de intenso trabajo, de diez de la mañana a siete de la tarde, y, si fuera necesario, se prolongarían hasta la madrugada. En Cinearte también se doblaban películas, en su

sala grande ensayaba la Orquesta Sinfónica de Madrid y, de vez en cuando, en la pausa entre canción y canción, Antonio se cruzaba por el pasillo con artistas como Camarón de la Isla y Paco de Lucía.

El proceso empezaba grabando una toma de la base de la canción con los instrumentos principales: bajo, batería y guitarra. El objetivo era recoger el espíritu de la canción y utilizar esa toma básica como referencia para grabar el resto de los instrumentos. La voz se canta sin ningún tipo de rigor, solo para controlar en qué momento de la canción estás. Sobre este borrador se irá construyendo, instrumento a instrumento la grabación definitiva, las múltiples tomas que se irán armando en el proceso de mezclas. «Era un trabajo que iba haciendo, aunque no estuviera Antonio. Si estaba él, pues estupendo, y, si no, yo podía ir avanzando. El disco lo empecé a producir yo solo. Pasábamos mucho rato en el estudio Nigel, el ingeniero de sonido, y yo, tanto que Nigel acabó echándome una mano en una serie de cosas que fuimos haciendo entre los dos y, al final, le propuse aparecer como coproductor del disco conmigo. No solo hizo su trabajo como ingeniero, sino que se implicó en la parte creativa y de arreglos y decidí que debíamos firmar el disco los dos» (Carlos Narea).

Mientras estaban ensayando en General Perón, Carlos Narea recibió la llamada de Andrés Calamaro, quien acababa de aterrizar en España y aún no había montado Los Rodríguez. Narea y Calamaro se habían conocido unos años antes en Argentina y su llamada coincidió en el momento que el productor estaba buscando un teclista para *No me iré mañana*. «Pensé que Andrés podría hacer una tentativa y lo invité a venir a la sala de ensayos; le dije: "Vente mañana, que estamos ensayando con Antonio y escuchas los temas". Andrés apareció con un teclado, pero venía, no sé…, cometió un error que fue que se puso directamente a tocar. Antes de escuchar las percusiones, empezó a tocar las canciones y a tocar encima, sin saber por dónde iba. Y a Antonio le puso esto un poco nervioso. Cuando hicimos una pausa para café, se me acercó Antonio y me dijo: "Dile que se vaya". Luego invitamos a Andrés otro día, cuando ya estábamos grabando, pero Antonio me volvió a pedir: "Dile que se vaya, que me estoy poniendo nervioso". Y entonces, pues nada, le dije a Andrés que no tocara más y que ya le avisaría. Al final, no grabamos con él, no por nada, sino porque llamé a un teclista con el que trabajaba mucho, Mike Herting» (Carlos Narea).

En estos tiempos de música *on line* y a la carta parece haberse diluido la importancia del orden de las canciones en un álbum, ya no existen la cara A y cara B y, sin embargo, el orden importa. Por regla general, es el productor quien propone una estructura determinada,

una curva musical con la que degustar el menú de las canciones. No conviene empezar la comida por el postre, hay que saborear cada plato, separar los temas similares, dotar al álbum de un sentido, darle una historia, aplicar un criterio argumental y musical.

Tampoco hay normas para bautizar un disco; el título suele aparecer durante el proceso de grabación, cuando una canción, por el motivo que sea, racional o visceral, sobresale entre las demás. Es conveniente dejar fluir las canciones, que vayan creciendo, se hagan adultas y tengan vida propia. Habrá una que susurrará (o gritará) su nombre. El *No me iré mañana* podría haber tenido muchos otros nombres, es un disco repleto de canciones con versos al alcance de muy pocos: «Tesoros», «Háblame a los ojos», «Esperando nada»… Podríamos enumerar todos los temas y todos funcionarían perfectamente como título del álbum. No obstante, de entre todas las canciones, Antonio eligió «No me iré mañana». En un momento en el que no pocos le daban por muerto, ese chico triste y solitario echó mano de la ironía y el sentido del humor para contestar a ritmo de canción que no, que no se iba a morir, es más, que no tenía pensado morirse, al menos «No sin antes algo más que ver, no sin nadie más que conocer. Caminos hacia el frío, calor futuro, mirar este mundo en paz y nunca de reojo más».

Un escenario perpetuo

«Hay ciertos momentos antes y después de subir al escenario. Hay un momento especial que dura un minuto o dos que es intenso y que, de alguna manera, no sé por qué es un momento que se queda grabado. Como si entraras en un paréntesis que se abre y se cierra en el cual estás como más sensibilizado. El momento antes de subir al escenario estamos todos con la intensidad de que en treinta segundos vas a estar ahí arriba y vas a tener delante todo aquello y cuando terminas el concierto lo has dado todo, estás vaciado por dentro de alguna manera, y cuando bajas, la sensación es muy placentera, como si estuvieras flotando. Entonces, en ese punto se dan… llegas a conclusiones muy bonitas, ¿no? De tu vida, de tu historia y de tu entorno» (Antonio Vega).

Antonio Vega encontraba en el escenario un paréntesis a la vida. Mientras se mudaba de una casa a otra, unas veces por decisión propia, otras obligado por las circunstancias, en el escenario parecía encontrar un respiro, un momento detenido en el tiempo y una pausa en la vida que había elegido vivir. En cada mudanza, en cada huida, Antonio dejaba atrás papeles, fotos, muebles, recuerdos… pero en el

escenario seguía teniendo sus canciones. Llevaba dentro melodía y letra, y eso no se puede abandonar entre cuatro paredes. Uno no puede escapar de quien es ni de aquello que le apasiona.

Durante toda su carrera en solitario, Antonio Vega no dejó de tocar una, dos y hasta tres veces por semana. Tan solo hubo breves interrupciones de esa gira constante en la que convirtió su vida para grabar un nuevo disco o intentar una vez más una desintoxicación que siempre resultó infructuosa. Él necesitaba el escenario como vía de escape, pero también era una manera de ingresar dinero, para él especialmente urgente e imprescindible. Puede que esa necesidad le hiciera adorar y odiar el escenario según el día, la noche o la luna. Y puede que por eso nos regalara conciertos memorables y otros que solo pueden calificarse como pequeños desastres. De Antonio se decía que era como el torero Curro Romero, capaz de tardes de gloria y tardes de olvido, y para gozar de las tardes de gloria había que ir a la plaza y en esas ocasiones era tan grande la faena del maestro que se paraban los relojes, contenías el aliento y le perdonabas todo. El público fiel de Antonio Vega llenaba las salas noche tras noche, concierto tras concierto, y si Antonio fallaba, no pasaba nada, volvían la noche siguiente. Los más leales sabían que en una de esas sucedería la magia, se alinearían las estrellas, y Antonio Vega el grande, el inmenso, el que sabía cantar como nadie sus emociones, dudas y vivencias brillaría en el escenario, con la mirada baja de siempre, resguardado bajo su flequillo, tímido, discreto y parco en palabras, y sin embargo enorme.

Antonio disfrutaba tocando en las salas de un tamaño mediano. Clamores en Madrid o Bikini o Luz de Gas en Barcelona eran su territorio, su coto de caza, allí encontraba la atmósfera perfecta para sus composiciones. En aquellos locales se generaba, casi desde los primeros compases de la primera canción, una intimidad y complicidad entre el artista y su público cercanas a la reverencia. Como dos viejos amigos que se admiran, se respetan y se cuentan el uno al otro sin palabras.

En el escenario, Antonio se parapetaba detrás de su guitarra. Ese fue siempre su sueño: tocar la guitarra. Deseaba no tener que sentir la presión del cantante solista, le incomodaba cantar, a él, el hombre de la voz única, extraordinaria, le incomodaba cantar y, en sus conciertos, buscaba la complicidad de los músicos de la banda para abrir el espacio adecuado donde colocar un solo de guitarra en el que refugiarse y expandirse a la vez. En el carácter poliédrico de Antonio Vega convivían sin conflicto ni dramatismo la pasión y el desasosiego, el placer y la incomodidad, el respeto y el desaire. Es lo que tienen los

tipos honestos, que no niegan sus contradicciones.

En 2007, Basilio Martí, el teclista y colega de Antonio Vega durante sus veinte años de carrera en solitario, inicia un proyecto personal: Yuri Gagarin Trío, una banda de jazz en la que desarrollar su faceta de compositor y pianista. Cuando Antonio se enteró, llamó a su amigo para pedirle un favor:

—Basilio, ¿puedo ser el guitarrista de tu grupo?

—¿De mi grupo? ¿Tú, Antonio?

—Yo lo que quiero es estar ahí, en la parte de atrás, con mis cables, mis enchufes, mis pedales y que nadie me mire… que nadie me mire y hacer mis solos, ¿sabes?

—Joder, Antonio, es un honor. Claro que sí. Gracias, tío, es una pasada.

«En la formación original éramos Anye Bao a la batería, Billy Villegas al bajo, Antonio a la guitarra y yo. Él era un invitado de lujo, quería tocar la guitarra, no quería ponerse delante, decía que él era un guitarrista a mi servicio. Tocábamos tres o cuatro temas suyos en formación jazzística. Era una manera de apoyar mi proyecto: ir en furgoneta, quedarnos en una pensión, montarnos nuestro equipo… Repartíamos la pasta entre todos. Pero el tío tuvo más que un detalle conmigo, me apoyó de forma impresionante. Siendo una banda nueva, instrumental, los circuitos eran muy difíciles, pero Antonio nos abrió los circuitos del pop. Llenábamos gracias a él, por supuesto» (Basilio Martí).

Como guitarrista «mercenario», Antonio se desprendía de la agobiante responsabilidad de liderar y llenar el escenario. Sentía la libertad del segundo de a bordo, aquel que solo obedece órdenes y no tiene que enfrentarse a la obligación de satisfacer las expectativas del público, tan solo las propias. Libertad, creativa y profunda libertad.

En la vida de Antonio se acumulaban los conciertos: con banda completa, en formato acústico a dúo con Basilio Martí, tocando con Yuri Gagarin Trío, la presentación del libro de algún autor en la que cantaba el tema de tal poeta… No hubo nunca una gira con el nombre de un disco en concreto, era un continuo de conciertos arriba y abajo que le hacían mantenerse cuerdo y activo. Como todo lo que le apasionó a lo largo de su vida, Antonio se volcó en sus actuaciones sin filtro ni moderación… y sin necesidad de ensayar, no hacía falta.

El repertorio de composiciones de Antonio era considerable y se iba incrementando con cada nuevo álbum. Los músicos de su banda habitual —Anye Bao, Billy Villegas, Nacho Béjar— conocían de sobra las canciones, sentían por Antonio Vega una especial admiración y amistad más allá de la habitual o lógica en cualquier músico

«asalariado» y no les costaba apenas esfuerzo aprenderse un buen montón de temas a los que consideraban pequeñas obras maestras. Antonio Vega tenía todas las letras en su cabeza, no necesitaba papeles, ni chuletas, ni teleprompters. Su memoria fotográfica le permitía rescatar de un rincón recóndito de su mente cualquier tema inusual, cualquier rareza con la que sorprender al público y, en ocasiones, también a los músicos de su banda. «El "Romance de Curro", yo creo que lo tocamos una vez o dos en directo. Y Antonio se sabía toda la letra. Que es una pasada eso. No conozco a nadie que se la sepa, ni Serrat, pero él se la sabía, y un día dijo: "¿Oye, la tocamos? En un teatro en Madrid". "¿En serio, tío?". "Sí, sí, vamos a tocarla". Y la tocamos. El único que no falló fue él» (Basilio Martí).

Tan solo hubo dos o tres ocasiones en las que Antonio Vega convocó a sus músicos para ensayar el repertorio. Para la primera gira de su extraordinario primer disco en solitario, *No me iré mañana*, reunió a los músicos en los estudios y locales de ensayo de la Nave, ya desaparecidos. Durante dos meses convivieron y vivieron en primera persona lo que significaba trabajar con Antonio, para lo bueno y para lo malo. Durante ese tiempo entraron y salieron profesionales que no se adaptaban a las costumbres de Antonio y hubo enfados, abrazos, aplausos y reproches. Costó arrancar, pero lo consiguieron, y los músicos que sobrevivieron a ese primer ensayo permanecerían al lado de Vega prácticamente el resto de su carrera en solitario.

Años más tarde se anunció un nuevo concierto de Antonio Vega para el 5 de julio de 2001 en el Círculo de Bellas Artes de Madrid. Se trataba de un concierto acústico y la banda que le iba a acompañar en el escenario sería distinta de la habitual; aquí sí que había que ensayar, no quedaba otra. Se reunieron en casa de Antonio los habituales Anye Bao, Basilio Martí y Billy Villegas, a quienes se sumaron Carlos Raya a la guitarra acústica y Maite Pizarro a los coros. Los ensayos duraron dos o tres días, había que sincronizar a la banda y facilitar la incorporación de las nuevas voces, hasta ahí todo normal…, salvo que Antonio Vega no estaba ensayando con ellos. Desde su habitación en la planta superior del chalé, Antonio escuchaba la evolución de las canciones y, de tanto en tanto, asomaba la cabeza para dar instrucciones del tipo: «Tocadla otra vez, que el estribillo no acaba de cuadrar». Estaba atento a todo lo que sucedía en el piso de abajo, estaba para escuchar, decidir y dirigir a los chicos, solo que él no necesitaba ensayar, lo traía de serie.

El *Básico* (Hispavox, 2002) iba a ser solo un concierto más, no estaba planeado que se convirtiera en álbum. Se trataba de grabar el concierto para emitirlo en televisión, nada más, sin ninguna otra

pretensión. No se hicieron los preparativos necesarios para grabar un disco en directo, no se instalaron aparatos profesionales, ni grabadores, ni mesas, tan solo había una mesita de dieciséis canales, muy doméstica, para hacer sonar mínimamente bien la Sala de Columnas del Círculo de Bellas Artes. Sin embargo, esa noche fue una de esas noches de magia y duende que suceden de vez en cuando. Un Antonio Vega inspirado, en sintonía con ese universo suyo particular y único, nos regaló una actuación emotiva hasta las lágrimas, profunda y sincera, donde su voz acaricia, conmueve y estremece. A pesar de la poca calidad del sonido, de la pésima grabación, era inevitable, casi obligatorio que esa joya se transformara en disco.

En ese concierto, apenas unos minutos antes de salir al escenario, alguien de la organización le comunicó a Antonio que debía añadir algún tema más, que el repertorio previsto se quedaba corto para la emisión en televisión.

—Oye, ¿tú te sabes «Una décima de segundo»? —preguntó Antonio a su teclista Basilio Martí.

—Pues no lo sé… Yo creo que sí, pero…

—Pues vamos a tener que tocarla. Y además tienes que cambiar de tono y…

Una jugarreta para el teclista, y un regalo para todos nosotros. Y sí, Basilio clavó la canción.

Nadie, ni la organización, ni el público, ni los músicos, nadie era capaz de predecir cómo sería la siguiente actuación. A veces fallaba algún aspecto técnico o no funcionaba algún instrumento, y a Antonio le cambiaba el humor; otras, llegaba ya cruzado o con la cabeza en otra parte, y otras, simplemente, no aparecía. Una de esas noches, en la sala Clamores, se acercaba peligrosamente la hora de empezar el concierto y no había ni rastro de Antonio Vega, nadie sabía dónde estaba ni qué le podía haber pasado. La sala llena, todo el mundo en silencio esperando verlo aparecer, cruzando miradas de espanto. El mánager de Antonio salió como alma que lleva el diablo a casa de Vega y lo encontró sentado tranquilamente con un cigarro en la boca, tocando la guitarra.

—¡Hostia, tío, qué susto! ¿Qué pasa? —exclamó Antonio al ver aparecer a su mánager.

—¡Antonio! ¡Que tienes un concierto!

—¡Ah, es verdad! Pues nada, vamos.

Aun así, empezando mal, a contrapié, dentro de esos conciertos «desastre» podía surgir un momento único, un destello luminoso, un tema que vibraba con especial finura y destreza, y el público entendía, comprendía y perdonaba. La vida de Antonio era desigual dentro y

fuera del escenario. «Si la cosa estaba tranquila, pues molaba. Estabas más o menos relajado, tocabas unas buenas canciones, y si Antonio estaba fuerte ese día y estaba con ganas, pues era una maravilla. Si había algún problema logístico —que no había llegado fulano, que se le había perdido el pedal de no sé qué—, pues ya salías acojonado. Cada día era una cosa diferente, pero, vamos, que era muy bonito y casi siempre salía todo bien. Es normal tener un poco de acojone antes de salir al escenario» (Basilio Martí).

En las noches de gloria, cuando todo iba bien y nada parecía querer torcerse, Antonio reunía a sus músicos antes de salir al escenario, los abrazaba a todos y preguntaba alzando la voz:

—¿Quién es el mejor?

—¡Yo! —gritaban todos.

La complicidad de Antonio y su banda encima del escenario era incontestable. Como en todas las bandas había un *set list*, un guion a seguir; sin embargo, ese guion se iba modificando según evolucionara el concierto. Cuando ya has tocado tantas veces con alguien, que además es tu colega, no hace falta hablar. Antonio miraba a Basilio y este comprendía que tenía que lanzarse a un solo; al terminar, le devolvía la mirada a Antonio y este retomaba el tema. En el escenario, el lenguaje está construido con miradas y notas musicales y, allí arriba, ese es un lenguaje universal. Si Antonio se notaba cansado esa noche y el siguiente tema era demasiado complejo, sencillamente se lo saltaba y atacaba el siguiente de la lista. No hacían falta palabras ni órdenes. Antonio estaba arropado y protegido pasara lo que pasara.

En el saco de canciones de Antonio Vega, había temas imprescindibles que no podían dejar de tocar noche tras noche. En uno de los primeros conciertos de Antonio en solitario se negó a tocar «Chica de Ayer». Él sentía que había cambiado, que su carrera y su momento personal eran otros y esa canción era el pasado e intentó no tocarla. Desastre. Su público podía perdonarle muchas cosas, pero no que les privara de escuchar un tema que ya era de su propiedad, que de alguna manera había dejado de ser de Antonio y ahora ya les pertenecía, era suyo. Antonio tuvo que tocarla al final del bolo y, aun así, costó que sus leales seguidores le perdonaran la simple intención de no tocarla. «Las canciones hay un momento en que dejan de ser cien por cien mías y que pasan a ser de los demás. La gente las asocia a su existencia, las incorpora a su vida y a su historia y son referencias que son suyas, propias e intransferibles. La canción puede ser mía, pero esa referencia, esa asociación o ese recuerdo asociado es estrictamente suyo, por tanto, la canción no es del todo mía o si es del todo mía también es del todo suya, quiero decir que hay un momento

en que las canciones se emancipan y pasan de ser algo íntimo a crecer, a madurar, llegar a la gente y un día te dicen adiós y se han ido a vivir con los demás de alguna manera» (Antonio Vega).

Es inevitable que el compositor se enamore o tenga querencia por unos temas y que reniegue y olvide otros. Muchas veces depende simplemente de su momento vital, de sus experiencias, otras del modo que se ha visto obligado a terminar sus composiciones. Antonio Vega no era prolífico a la hora de componer, se tomaba su tiempo y escribía las canciones justas y necesarias para completar el álbum. Fueron muchos los temas que terminó sentado en el estudio, sobre un amplificador, con los ejecutivos de la compañía aporreando el teléfono preguntando y exigiendo que el disco estuviera listo, que el estudio de grabación costaba una pasta y que ya se habían pasado de presupuesto. Antonio, agobiado y malhumorado, les pedía a sus chicos que tocaran de nuevo el estribillo, «A ver si acabamos de una vez y la canto». Esos temas caían en el olvido a la media hora y ya no se volvían a tocar. Pero esas otras canciones a las que dedicaba tiempo y corazón, esos temas a los que les daba tantas vueltas que se le quedaban metidos dentro, esos temas se podían tocar una y otra vez y otra y otra. «Tesoros», «Esperando nada», «El sitio de mi recreo», «Se dejaba llevar», «La última montaña» o la delicada y sugerente «A trabajos forzados», con letra de Antonio Gala, a la que Vega tomó especial cariño.

Al terminar el concierto, Antonio solía estar contento, y de vuelta a casa o a la habitación del hotel, se quitaba la camisa, encendía un cigarro y seguía tocando la guitarra hasta bien entrada la madrugada. El escenario perpetuo se alargaba en el tiempo fiel a su adjetivo. Antonio improvisaba o les tocaba a los colegas el nuevo tema que estaba componiendo. La fiesta, la resaca del concierto se vivía en la habitación, charlando, conversando y soltando bromas y juegos de palabras que le chiflaban y en las que era un maestro. Igual que en su juventud en los tiempos de Nacha Pop, Antonio seguía prefiriendo una conversación animada, unas cervezas y unas risas en la habitación que *gin-tonics* en las discotecas locales.

Las temporadas en las que tocaba coger la furgoneta y salir de gira suponían, de nuevo, una contradicción para Antonio Vega. Placer y dolor. El hecho de desplazarse de su ciudad, de su ambiente, donde tenía a su disposición todo lo necesario para sus especiales y dolorosas costumbres suponía un serio problema para él y le robaba esa libertad que parecía necesitar tanto y de la que en el fondo carecía. Antonio sufría con el viaje en general y, aun así, disfrutaba cada momento en singular. Como quien se va de excursión con sus colegas, él saboreaba

el camino, la emoción del viaje, las bromas, los chistes, las conversaciones… En la furgoneta de ida al bolo se hablaba mucho de física, Antonio no desaprovechaba la ocasión de contarles a sus compañeros, «atrapados» en el coche, los últimos descubrimientos sobre el origen el universo, sus teorías sobre los anillos de Saturno o el último documental que habían dado en La 2. Los largos viajes en la furgoneta daban para mucho y había lugares especiales que alucinaban a Antonio y por los que ya valía la pena el viaje: las áreas de servicio de la carretera. Antonio, como un niño ansioso, esperaba el momento de hacer un descanso y entrar en uno de esos templos de todo y de nada en los que satisfacer su curiosidad y sus caprichos infantiles. En esos sitios de lo friki y lo bizarro, Antonio se las apañaba para encontrar la figura de un guardia civil, una flamenca o una de sus adoradas navajas. Se adentraba en la tienda de turno como explorador anhelante de yacimientos perdidos, y compraba navajas para todos. Hubo una vez que se obsesionó con las brújulas: «Para que nunca perdáis el norte», les dijo entre risas a sus compañeros de viaje. Sentía fijación por los objetos: navajas, brújulas, lupas… Una Fanta de naranja, una bolsa de palomitas, uno de sus objetos y Antonio Vega volvía a subir a la furgoneta feliz como un niño la mañana de Reyes. La otra cara de la moneda resultaba aterradora. Si fallaba en los cálculos de su intendencia, la alegría infantil salía huyendo y se abría paso la angustia, terrible y desesperada angustia.

El alquimista y la física del sonido

«Mis canciones siguen un impulso puramente visceral. Cada paso que das en una melodía cobra un sentido. Algunos intervalos armónicos, conjunciones de notas como cuartas o quintas, que crean sensaciones de tensión, agradables o desagradables, rozando lo agrio… Todos los adjetivos que se utilizan en la vida cotidiana son aplicables a la hora de describir una melodía… En el momento en que tienes la primera frase escrita, la canción está encauzada, es como meter una llave en el agujero. Ya no tienes más que dar la vuelta y empujar la puerta. Lo malo es que a veces se tarda mucho en abrir esa puerta» (Antonio Vega).

Que Antonio Vega era un compositor inmenso es algo que nadie puede poner en duda. Pese a ello, el modo en que componía sus canciones, la búsqueda constante, y en ocasiones extenuante, de nuevas maneras en la que expresar ese mundo suyo que le oprimía y le daba vida, es un proceso en gran parte desconocido y de difícil comprensión para los no profesionales y, sí, también para algunos

músicos.

No era un compositor abundante de esos que guardan decenas de descartes en un cajón. Ya en la época de Nacha Pop, donde tanto Antonio como Nacho García Vega firmaban los temas y la presencia de sus composiciones en los álbumes se repartía con cierta equidad, Antonio no traía en la maleta puñados de temas entre los que elegir. Si hay que hacer cuatro canciones, aquí están, cuatro canciones, ni más ni menos. Y no fallaba. En pleno centro de la diana. Las cuatro. Tras la separación de Nacha, al arrancar su etapa en solitario, Nacho Béjar y Teresa, los más cercanos a Antonio, se preguntaban cómo afrontaría Vega la obvia necesidad de aumentar el ritmo de composiciones, pues a partir de entonces era su responsabilidad formar el álbum al completo, ya no contaba con el escudo de su primo Nacho, que podría cubrir cualquier omisión de Antonio.

Para su primer disco, *No me iré mañana*, Antonio se disciplinó sobremanera. El productor, Carlos Narea, y Teresa, su mujer, estuvieron pendientes de él, ayudándole a encontrar sus espacios de creación, animándole y, sobre todo Teresa, leyéndole la cartilla cuando se hacía necesario. Entre todos consiguieron darle a Antonio esa disciplina que parecía precisar aun sin saberlo.

En el resto de sus discos, Antonio volvería a las andadas. Aparecía con su pack de cuatro o cinco canciones y nada más. Y el resto, bueno, pues me pongo aquí un momento y a ver qué me sale. Durante la grabación de *De un lugar perdido* (EMI, 2001), cuentan que, tras varios meses de trabajo en el estudio seguían faltando dos o tres temas. La compañía discográfica apretaba y Antonio echó mano de oficio. Cuando no se le ocurría nada sobre lo que escribir, entonces hablaba sobre el hecho de escribir, se lanzaba a sí mismo la pregunta: ¿por qué tengo que escribir? ¿Por qué diablos tengo que escribir? Y la respuesta aparecía en forma de canción, pequeñas composiciones que parecían destinadas a pasar desapercibidas o caer en el olvido, pues compartían espacio con obras maestras más personales e íntimas a las que Antonio había dedicado horas y días de obsesiva dedicación. Son canciones menores, por lo general temas más rápidos, muy rock and roll, que no llevaban en su esqueleto esa maravilla de acordes aumentados o disminuidos que tanto gustaba Antonio. El tiempo apretaba y se cubría expediente; aun así Antonio jamás las consideró de relleno o malas canciones.

La melodía solía surgir de una manera más fluida, pero para la letra el asunto era diferente. Su minuciosidad cercana a la obsesión hacía parecer que, para Antonio Vega, escribir las letras era algo similar a una tortura. Incluso después de grabar oficialmente la

canción se quedaba pensando, sentado en algún rincón del estudio o de pie delante del micro y susurraba: «Aquí no estoy diciendo exactamente lo que quiero», y vuelta a grabar ante la desesperación de todos. Para «El sitio de mi recreo» hay varias grabaciones con letras distintas, solo hace falta repasar sus discos y los numerosos vídeos en internet para darse cuenta de la minuciosidad obsesiva de Antonio. Podían pasar veinte o treinta años y volvía a tomar la canción y a cambiar una estrofa, un verso, una palabra o, a veces, tan solo una letra.

Como curiosidad: fiesta de Radio 3 transmitida en La 2 de TVE, año 1992. Antonio, tras recibir un premio al mejor intérprete solista, se dirige al escenario, coge su guitarra, suenan los primeros compases y en la pantalla aparece un rótulo con el título de la canción, mejor dicho, con el que alguien ha decidido que es el título de la canción: «En el lugar de mi recreo». No fue, en absoluto, una de sus mejores actuaciones.

Donde nos llevó la imaginación,
donde con los ojos cerrados
se divisan infinitos campos.

Donde se creó la primera luz,
germinó la semilla de cielo azul. // junto a la semilla de cielo azul.
Volveré a ese lugar donde nací.

De sol, espiga y deseo
son sus manos en mi pelo. // canto y risa, voz del miedo.
De nieve, huracán y abismos
el sitio de mi recreo

Viento que en su murmullo parece hablar,
mueve el mundo y con gracia le ves bailar,
y con él, el escenario de mi hogar.

Mar, bandeja de plata, mar infernal, // informal, es un temperamento natural,
poco o nada cuesta ser uno más

De sol, espiga y deseo
son sus manos en mi pelo.
De nieve, huracán y abismos // Hay nieve, huracán y abismos
el sitio de mi recreo.

Silencio, brisa y cordura dan aliento a mi locura.
Hay nieve, hay fuego, hay deseo, // Hay nieve, huracán, hay deseos,
ahí donde me recreo //allí donde me recreo.

«El sitio de mi recreo», *Océano de sol* (Polydor, 1994).

«Antonio no descansaba. Le daba vueltas a las cosas. De repente ibas en autobús y se ponía a escribir la letra de "Una décima de segundo", ¿sabes? Después de treinta años de haberla compuesto. La escribía y se quedaba mirándola, tachaba una palabra… joder… como diciendo: «Igual la podría mejorar». Era muy minucioso» (Basilio Martí).

Algunos temas los componía del tirón en una tarde, otros debían esperar su turno durante bastante tiempo. Cualquier lugar era bueno para recibir la inspiración y escribir una canción. «Atrás» se compuso en el coche en el que volvían Teresa y él tras una escapada a la playa. «El sitio de mi recreo» lo escribió de una sentada en Ibiza, en casa de unos amigos, una tarde en la que se quedó solo tras una indigestión de ensaimadas. En ocasiones el tema surgía como un vómito, una expulsión, un volcán que estalla en una erupción espectacular que dejaba sorprendidos a todos. Y no había lugar para la crítica, en palabras de Nacho Béjar: «Era tan brutal que lo único que podías decir era: "Es la hostia, tío. Qué pasada"».

Surgieran de golpe o no, Antonio el alquimista nunca daba la canción por terminada del todo. No ocurría siempre, las elegidas eran únicamente con las que él se enganchaba, las que, por un determinado motivo, vete a saber cuál, se convertían casi en obsesión. «Porque a veces te enganchas con algo que compones que no te deja dormir, como un grano pegado aquí a la cabeza, y a él le pasaba mucho eso. Irnos de viaje y estar escribiendo y escribiendo, "Joder, es que esta canción podríamos haberle puesto un puente ahí que no sé qué". ¿Sabes? Pero solo le pasaba con esas canciones que… pues eso, con las que estaba en un proceso de alquimia con ellas. Voy a ponerle esta gotita de mercurio y voy a quitarle este… Él se liaba con esas cosas, tipo laboratorio» (Basilio Martí).

Agazapados detrás del modo en el que Antonio Vega componía, se esconden unos cuantos secretos, trucos, artificios y sobre todo horas y horas trasteando, con la guitarra colgada, una incansable curiosidad y la necesidad imperiosa de no aburrirse. Cualquier tema, cualquier canción tiene dos cosas: una estructura, que puede constar de arpegio, estrofa, puente y estribillo; y un *leitmotiv*, es decir, una idea que se repetirá a intervalos a lo largo de la obra. El noventa y nueve por ciento de todas las canciones de la historia están compuestas sobre esa base. Esa es la teoría. La composición consiste en ir alternando esas piezas del puzle que es la canción: añadir aquí un puente, eliminar aquel otro, en esta no hay arpegio o en aquella otra suprimo el estribillo… No dejan de ser esas fórmulas matemáticas que apasionaban a Antonio Vega y con las que sabía jugar a niveles de

maestría.

Otro de los ingredientes de las pócimas que manejaba Antonio era la física del sonido, la física del instrumento. Al tocar al aire las cuerdas de una guitarra española suena mi, la, re, sol, si, mi… Sin embargo, Antonio Vega afinaba sus guitarras de una manera poco convencional, Antonio el alquimista se encerraba en casa y pasaba días y días dándole vueltas a acordes y arpegios, probando, mezclando, experimentando, y así encontraba afinaciones especiales. En «Háblame a los ojos», la guitarra de Antonio estaba afinada en mi al aire, el llamado mi mayor, cuando suena el primer acorde acompañando al primer verso: «Quiero decirte», ese acorde suena así, al aire, sin necesidad de colocar la mano izquierda sobre los trastes, rasgas las cuerdas con la derecha y suena un mi mayor. Obtener ese acorde en concreto así, al aire, sin trastear, hace que cuando el músico coloca la mano izquierda sobre el traste para tocar el siguiente acorde, lo que suena es… bueno, pues quién sabe. Al emplear estas afinaciones surgen nuevas e interesantes combinaciones que son las que Antonio utilizaba para componer, y por esa razón en sus temas abundan los acordes extraños. A Vega le aburrían las típicas posturas en la guitarra, en el traste: sol, si, mi… demasiado obvio, demasiado sencillo, demasiado manido y se hacía preguntas: ¿qué pasaría si se afina el instrumento en re menor y se coloca una cejilla aquí? Pues sucede que suena diferente. Eureka, lo encontré. «Antonio jugaba un poco con todo eso. Con la física del sonido. Ese es un poco el principio que él usaba para esas afinaciones extrañas de sus guitarras. Se basan en los intervalos de los acordes, de los sonidos… y cuando tú afinas un instrumento de otra manera, estás un poco violando la física de ese instrumento, que ha sido construido para tener sus seis cuerdas afinadas de una manera determinada. Tú, al alterar esa afinación, estás forzando, rompiendo el instrumento, estás alterando la física de esa guitarra con esos cambios de afinaciones. Antonio tenía eso en su cabeza siempre, la física» (Basilio Martí).

En la etiqueta «música pop», ese «pop» no es otra cosa que la abreviatura de «popular». En sus orígenes se trataba de un tipo de música al alcance de todos, sin necesidad de tener estudios musicales. Acordes evidentes y sencillos que (casi) cualquiera puede aprender con relativa facilidad y lanzarse a rasgar la guitarra. Esa es la base del pop en general y del pop español de los ochenta en particular, cuando apenas habíamos empezado a experimentar con las lecciones básicas de la música. Y un aviso para navegantes, no por sencillo tiene menos valor. A veces sucede lo contrario. Grupos como Los Secretos son una muestra de la genialidad a la hora de componer a partir de esos

acordes populares. De todos modos, Antonio Vega necesitaba ir más allá de la superficie de las cosas. Utilizaba esos acordes populares, sí, pero con variaciones procedentes o al menos más habituales en la música clásica. No era un do mayor, era un do mayor novena o un do mayor semidisminuido cuarta… Una mínima variación en el acorde que, de pronto, transformaba la canción y permitía expresar nuevas emociones. La música es una manera de expresar y crear emociones, un acorde menor siempre trasladará una emoción más triste o nostálgica, los acordes mayores, en cambio, son más alegres; cuando a esos acordes, además, les añades una quinta o una séptima, qué sé yo…, entonces se enriquece la canción, se añaden capas de emoción, destellos sutiles que provocan variaciones que el que escucha no sabe de dónde proceden y, en el fondo, tampoco importa, lo que importa es lo que a uno le hacen sentir. Para los oídos expertos una pequeña pista: el segundo acorde de «Una décima de segundo» es un acorde disminuido. Hay más, muchos más. «Cuando intentabas sacar los temas de Antonio era complicado. Te decías "Es esto, sí, pero no es esto. Es esto, pero le falta algo…". Cuando ya más tarde conozco a Antonio y me explica: "No. Es esto", y entonces lo veías claro, ¡qué cabronazo! Y, claro, lo tocas y te das cuenta, claro, sol mayor es así, pero sol sexta es de esta otra manera y es mucho más rico y transmite mucho más y está mucho menos manoseado. Es como con el lenguaje, cuando tú tiras de sinónimos puedes decir lo mismo, pero con palabras no usadas, con lo cual accedes al cerebro del otro porque, en fin, lo otro está muy gastado, las oímos y no provocan la misma emoción. Antonio en esto era maravilloso» (Nacho Béjar).

Como sucede con todos los creadores, se puede seguir el rastro de las querencias y caprichos de Antonio Vega escuchando sus composiciones. En algunos casos le daba por iniciar los temas con un arpegio de guitarra, como en «La hora del crepúsculo», «Tuve que correr», «El sitio de mi recreo», «Tesoros», «Seda y hierro»… Se obsesionaba con una forma de tocar y la exprimía y la disfrutaba al máximo durante un tiempo hasta que se cansaba o se aburría, entonces la dejaba de lado y buscaba otra manera de expresarse. A Vega le fascinaban las composiciones en mi menor, una tonalidad que dicen los que saben que es perfecta para solear, para improvisar, sobre todo para un guitarrista, y durante los conciertos, cuando sonaban canciones como «La última montaña» u «Océano de sol», ambas en mi menor, la banda bajaba un poco la intensidad y Antonio se soltaba el pelo y se marcaba uno de esos solos eternos que tanto disfrutaba.

En el universo Vega se combinaban la emoción y la razón a la hora de componer. Se transmite a través de la emoción, se compone

con la razón, y al revés, y todo se mezcla y se diluyen los límites. No era cuestión de suerte, no se encontraba ese acorde escondido a la primera, como por arte de magia. La magia era reconocer el valor de ese descubrimiento y también la valentía y la cabezonería de no parar hasta conseguir lo que intuyes que puedes lograr y luego, además, seguir insistiendo. Antonio se sentaba a componer de un modo «normal»: la melodía base, un arpegio, el *leitmotiv*, una frase, una estrofa, lo que fuera… Una canción no tiene por qué empezar por el principio. Y a continuación, la búsqueda, el proceso de alquimia. Cómo transformar lo evidente en extraordinario, cómo darle una vuelta a todo, cómo encontrar la palabra justa, la variación de la nota que exprese con mayor exactitud aquello que se quiere transmitir. Un punto más de nostalgia, pero no de tristeza, una pizca más de alegría, pero no sin cierto sentimiento de soledad. En los matices está la diferencia. Antonio Vega abordaba todo este proceso de creación de manera consciente, sin un método concreto, ni un protocolo ni reglas que le constriñeran, pero siempre de manera consciente, racional y científica. Y obsesiva, por supuesto, como era él, siempre con la guitarra en la mano, falto de sueño, pues, como Leonardo da Vinci, Antonio solo dormía quince minutos cada cuatro horas. Lo justo y necesario, según Da Vinci, para no interrumpir el proceso de creación y darle al cuerpo el mínimo descanso. El resto del día Antonio tenía su guitarra, una mente brillante y, en su juventud, además, un tascam de cuatro pistas.

Para ser exactos, un tascam de cuatro pistas de cinta de casete. Era una manera muy rudimentaria de tener en casa algo parecido a un estudio multipistas y poder grabar maquetas caseras, de un sonido deficiente que dejaba mucho que desear, pero maquetas. En esas cuatro pistas se podía grabar una guitarra, una voz, una batería programada, tal vez un bajo u otra guitarra, y se acabó. No permitía más arreglos ni virguerías. En los noventa, Antonio y Nacho Béjar, grandes amigos, casi hermanos, se juntaban en casa de Antonio y jugaban a lo que se llamaba pimpón. Este «juego» consistía en grabar dos de las cuatro pistas, pasarlas a una para que te quedaran tres libres y así sucesivamente ir grabando y regrabando de manera que en un aparato pensado para tener cuatro pistas podías llegar a tener siete u ocho. Cuanto más grababas, peor era el sonido, pero las posibilidades para crear y experimentar eran infinitas y, si no, era un juego divertido. «Me acuerdo de estar con Antonio y echar horas y grabar todo muy, muy poco profesional… Eso era así en aquella época para todo el mundo. No había ordenadores y, o bien te montabas una infraestructura mínima para grabar, algo como un mínimo estudio, o,

si querías hacer maquetas en tu casa, a la fuerza era un proceso supercasero. De hecho, recuerdo haber estado oyendo muchos años más tarde un recopilatorio de Michael Jackson en el que venía la maqueta de una de las canciones, no recuerdo cuál, y escuchábamos ese disco que estaba remasterizado y venía una demo y era un cuatro pistas y lo sabíamos… Lo oíamos y decíamos: "Hostia, esto es del cuatro pistas". Precisamente porque hacíamos mucho trabajo de esto, sabíamos que "esto se lo ha hecho el Michael Jackson en su casa, él solo, tío", y se notaba, se notaba: el sonido, la producción…» (Nacho Béjar).

Otro entretenimiento habitual en casa de Antonio y Teresa era escuchar discos y diseccionar las canciones con precisión de cirujano. Junto con su entonces inseparable Nacho Béjar, escucharon infinidad de veces el álbum *Room 335* de Larry Carlton, uno de los guitarristas a quien más admiraba Antonio. Se trataba de calcular cuántas pistas había, cuántos *recordings*. La idea era escuchar y oír música de forma estructurada y consciente, no solo escuchar la canción, quedarte con lo primero que llegue y con la emoción que pueda transportar esa canción, sino ir varios pasos más allá. Como quien va al cine y se fija en la cámara, la luz, los colores, el guion, los personajes… Más allá de «Qué bien toca este tío» o «Fíjate qué voz más bonita», más allá de todo eso está estudiar, observar y comprender cómo se ha construido el tema. Había que abrir, escarbar y mirar dentro de las canciones. Un juego, un ejercicio que apasionaba a Antonio Vega. «Antonio era un tipo al que, cuando le gustaba algo, cuando le gustaba una canción, no le gustaba, le fascinaba, y la escuchaba y la escuchaba, y la escuchaba, como creo que hemos hecho todos los que nos gusta la música… Hasta que la entiendes, hasta que la comprendes de arriba abajo y entonces es cuando absorbes todo eso, te la llevas a ti y, de alguna forma, incorporas todo ese conocimiento y luego empieza a aparecer en tus canciones por otros lados» (Nacho Béjar).

Aquellas clases infantiles robadas escuchando detrás de la puerta de la consulta de su padre y las bienintencionadas lecciones de su hermano Carlos fueron los únicos acercamientos de Antonio a la teoría musical. Sus conocimientos eran en buena parte intuitivos y su forma de aprender parecía basada en el método científico: observación sistemática, medición, experimentación, formulación, análisis y modificación de las hipótesis. La mente racional, matemática y filosófica de Antonio convivía con su hipersensibilidad desmedida, y si la música traslada emociones y sentimientos, estaremos de acuerdo en que esa combinación de cabeza y corazón hacía de Vega un compositor especial y poderoso. Aunque, no nos engañemos, por

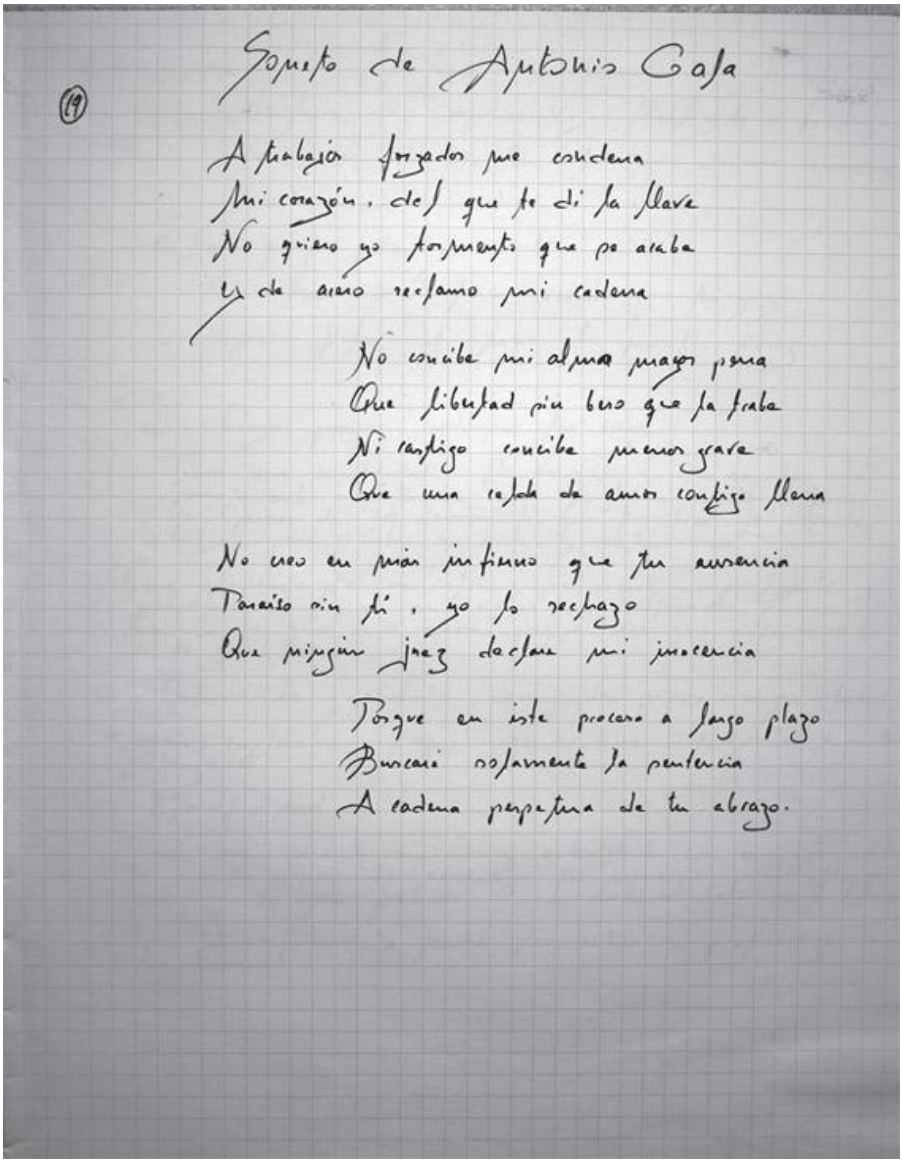
mucho talento natural que uno tenga, nunca se deja de aprender… afortunadamente.

En sus primeros tiempos en Nacha Pop, cuando aún no estaba rodado en eso de escribir letras —quién lo diría—, las canciones se ensayaban solo con la música y Antonio las cantaba en una especie de inglés inventado, un *spanglish* extraño que resultaba cómodo para imitar la voz cantada. En inglés, las palabras suelen tener pocas sílabas y resulta sencillo improvisar una letra sobre una melodía y hacer encajar a voluntad las palabras acentuadas en los tiempos fuertes, al fin y al cabo, es un lenguaje inventado.

Breve aclaración para los no iniciados: en música, todos los compases tienen una cantidad determinada de tiempos que pueden ser fuertes, semifuertes o débiles. Los tiempos fuertes corresponden o deberían corresponder al lugar donde se cantará la sílaba acentuada de la palabra. Así, en un compás de dos tiempos 2/4, el primer tiempo es fuerte y el segundo débil; en un compás de tres tiempos 3/4, el primero es fuerte y el segundo y el tercero débiles; en un compás de cuatro tiempos 4/4, el primero es fuerte, el segundo débil, el tercero semifuerte y el cuarto débil. Existen muchos más compases y la teoría se va complicando en exceso para lo que pretende abarcar este libro.

A Antonio Vega siempre le molestó «desacentuar» las palabras y con los años se fue haciendo cada vez más meticuloso y perfeccionista en lo que se refiere a encajar las letras de sus canciones en los tiempos fuertes y débiles. Hasta que no lograba el acomodo perfecto no quedaba conforme. La melodía puede ser asombrosa, la letra también, pero ambas deben ajustarse la una a la otra y, si eso no sucede, no hay otro camino, o bien modificas la música o cambias unas palabras de tu letra para que ese encaje sea natural y fácil.

Cuando un compositor se lanza a darle música a un poema, la tarea se vuelve, si cabe, más complicada. Un poema tiene una musicalidad propia, diferente según el universo de su autor. Tiene una métrica muy concreta que se debe respetar, y cuando el compositor traslada esas palabras, ese ritmo, ese color, a otro lugar, se puede llevar más de una sorpresa. Esa melodía, que, en teoría, es perfecta para el poema, en la práctica simplemente no funciona, vuelta a empezar. Sin embargo, cuando todo encaja surgen joyas como «A trabajos forzados», en la que Antonio Vega le puso música y voz con soberbia maestría a un poema de Antonio Gala. Nada que objetar.



(19)

Soneto de Antonio Gala

A trabajos forzados me condena
Mi corazón, del que te di la llave
No quiero yo tormento que se acaba
Y de acero reclamo mi cadena

No concibe mi alma mayor pena
Que libertad sin beso que la trabe
Ni castigo concibe menos grave
Que una celda de amor contigo llena

No creo en más infierno que tu ausencia
Paraíso sin ti, yo lo rechazo
Que ningún juez declare mi inocencia

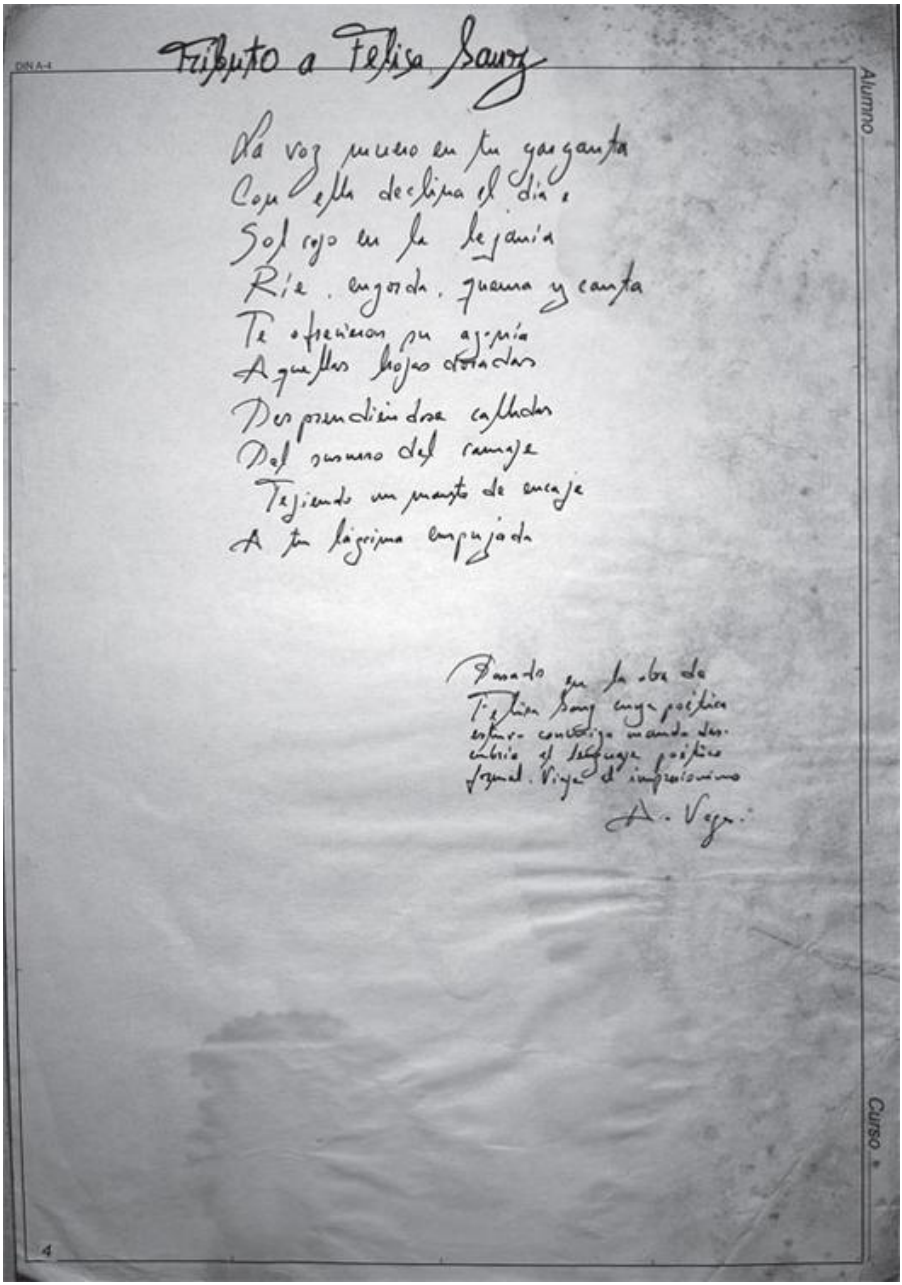
Porque en este proceso a largo plazo
Buscaré solamente la sentencia
A cadena perpetua de tu abrazo.

Durante la grabación en Mallorca de *Anatomía de una ola* (Polydor, 1998), Antonio y los músicos se alojaron en una casa de campo en la que había una nutrida biblioteca. Aunque ni su familia ni sus amigos le recuerdan como un ávido lector de textos que no fueran científicos, al parecer, en aquella ocasión, Antonio se enzarzó en la lectura de un libro de la poetisa Felisa Sanz (19162005). ¿Por qué ese libro y no cualquier otro? ¿Por qué esos versos? Quién sabe. Solo sabemos que el resultado de aquellas horas de ávida lectura, y probablemente la urgencia de componer nuevos temas para completar el álbum, fue el tema «Tributo a…». Una pieza de apenas un minuto,

once versos, grabado con una guitarra eléctrica sin enchufar, un bajo y la voz de Antonio, quebradiza e irrompible a la vez, un tema extraño y de una belleza apabullante.

La voz muere en tu garganta,
con ella declina el día,
sol rojo en la lejanía.
Ríe, engorda, quema y canta,
te ofrecieron su agonía
aquellas hojas doradas
desprendiéndose calladas
del susurro del ramaje,
tejiendo un manto de encaje
a tu lágrima empujada,
a tu lágrima empujada.

«Tributo a…»,
Anatomía de una ola.



Todo lo que abarca una décima de segundo

«Yo nunca soy consciente de adónde llegan mis canciones. Para mí todo se queda un poco en unos márgenes más íntimos, más de andar por casa. Pero luego, hablando con la gente, siempre hay manifestaciones hacia mi música; son siempre tan profundas y tan serias que a mí me da muchas veces que pensar que tengo en la mano

una responsabilidad muy grande. Hay gente que me ha venido a contar que han salvado sus vidas por una canción mía o casi, o simplemente que han dado un paso en la vida que jamás hubieran dado de otra manera, pues, por una canción. Hay veces que la historia te asusta un poco porque piensas que tienes en la mano una herramienta demasiado poderosa para no ser consciente de su utilización» (Antonio Vega).

¿Cuánto dura una canción? Dos, tres, cuatro, siete, diez minutos… Sobre esta cuestión no hay normas inapelables, es el creador quien decide. En cualquier caso, dispone de un tiempo limitado para conversar con el «escuchador» e iniciar una comunicación, relatar una idea, un sentimiento, algunas veces solo una sensación, otras veces una historia que pudiera parecer inabarcable. De nuevo, no hay reglas, todo es relatable, todo cabe en una canción, desde lo más pequeño a lo más grande. Para la elaboración de estos brebajes se hacen necesarios tres elementos: tener algo que contar, saber cómo contarlo y talento para transmitirlo. Antonio Vega era abundante en todos esos ingredientes y añadiríamos uno más, quizá más valioso y escaso que ningún otro: su intensa y profunda honestidad. «Antonio te impactaba. Transmitía tanto… La fragilidad, la certeza, la verdad que había en lo que decía, cómo lo decía, cómo lo cantaba… eso era algo que te arañaba. No podías sustraerte, no podías dudar de él. Nunca estuve en su cabeza, pero a mí me parece que lo que tenía era… no sé si llamarlo dolor, lo que fuera, pero lo que tenía dentro era una capacidad para trasmitir que era apabullante. Era como que le superaba, como un gigante que habitara en su interior y que… Yo creo que él no podía gobernar ni coger las riendas de todo eso. Era todo lo que sentía, sin filtro. Nunca le he visto en una pose ni interpretar un papel de ninguna manera. Ni de tío sobrio, ni de tío triste, ni de tío sensible. Sin filtro» (Nacho Béjar).

Con ocasión del veinticinco aniversario de *No me iré mañana*, la compañía discográfica lanzó una caja con contenidos extra entre los que se incluyen varias *demos* de algunos temas del disco. En esa época, Antonio Vega y el productor Carlos Narea estaban enfrascados en la preparación del que sería el primer disco en solitario de Antonio y se reunieron en casa de Narea con Manolo Rodríguez, guitarrista de los Viceversa de Joaquín Sabina, y uno de los músicos elegidos para participar en el disco. Manolo necesitaba conocer y estudiar las canciones, y las sesiones se grabaron en una cinta de casete.

Antonio cantó unos cuantos temas del disco con una guitarra española y, en la grabación, se escuchan sus comentarios explicando a

Manolo Rodríguez cómo funcionaba la canción, dónde colocaría un solo, un estribillo o un verso. Estas grabaciones, disponibles también en plataformas *on line*, llevan el latiguillo «En casa de Carlos Narea» y, al escucharlas, uno percibe cómo Vega tenía esas canciones casi enteras en su cabeza. Las composiciones aún tenían que crecer y madurar, pero Antonio las imaginaba ya con sus arreglos, sus solos y sabiendo cuál debía ser el resultado final. Son casi pequeñas lecciones de composición musical que saben a poco y en las que llama la atención el lenguaje que emplea Vega para explicar su canción, darle instrucciones al guitarrista y contarle lo que quiere transmitir. En «Síguelo», entre tos y tos, Antonio dice: «… Con un clima, digamos, así en plan de teclados (…) este acorde a lo mejor con una guitarra de pronto… o a lo mejor un teclado bonito, ¿no? Y que hubiera un bajo que fuera insinuando… Este tema se basa básicamente en una especie de dibujo secuencial que va por debajo todo el rato haciendo así (…). Entonces esto en principio es como un poco una insinuación (…). Jugando un poco con la entrada (…). Y aquí entrar todo con…». En «Se dejaba llevar», Antonio explica: «… Empieza con un dibujo que ya veríamos exactamente cómo sería. Sobre esto, un dibujo así, con una guitarra, una especie como de dibujo con una guitarra así finito, una onda así estilista, tipo Larry Carlton…». En «Mis dos amigos», Antonio remata: «Básicamente, el álbum vamos a construirlo con guitarras, ¿sabes? Guitarras de base, guitarras que hacen detalles, un trabajo de guitarras muy conjuntados con los arreglos. Porque luego teclados no, vamos a quitarle al teclado protagonismo…».

Clima, dibujo, insinuación, armonía, subir al la, añadir una frase argumentada, melódica, con su principio… Con estos términos Antonio conversa, comparte y acepta propuestas para construir cada canción. Una actitud habitual en él, pues Antonio Vega gustaba de dejar libertad creativa a sus músicos a la hora de los arreglos. En ocasiones, les daba una línea, un arpegio de guitarra, unas notas o una melodía sobre la que trabajar y… desaparecía, se esfumaba para volver un tiempo después, dar su opinión y largarse de nuevo. Todos estaban acostumbrados a sus ausencias, no había que preocuparse; al final, Antonio regresaba para cantar el tema, le encontraba los peros y seguía cantando y tocando hasta que encontraba lo que andaba buscando, lo que quería contar. Podría parecer que no, pero era él quien manejaba los hilos y modelaba la canción que, desde el principio, llevaba en su cabeza.

En su etapa en solitario, Antonio Vega se volcó con la guitarra de una manera más estudiosa, más académica. Si las estructuras musicales de Nacha Pop eran relativamente fáciles y las escalas

musicales que se utilizaban eran escalas comunes, en sus álbumes en solitario hubo un trabajo excepcional de guitarras que culmina en el *3000 noches con Marga*. «Cuando tú escuchas con oído de músico ese disco, te das cuenta de que el trabajo que hay ahí detrás de guitarras es un trabajo que no se ha hecho en la vida aquí en España. Es un trabajo excepcional, cuidando cada arreglo con un sonido, con un instrumento, con un plano específico, es decir, hay un trabajo impecable de guitarras. Algo que le encantaba hacer a Antonio» (Carlos Brooking).

Antonio Vega, además, se tomaba su tiempo. En más de una ocasión el ingeniero de sonido de turno tuvo que templar los nervios y armarse de paciencia, pues para Vega no existía el reloj cuando estaba enfrascado con su guitarra, tratando de encontrar el sonido adecuado, ese que imaginaba en su cabeza. No miraba otra cosa que el resultado del sonido, y cuando por fin estaba conforme, cuando le gustaba, entonces y solo entonces se podía avanzar. Este proceso podía durar cinco minutos o tres horas. En el particular universo de Antonio Vega el tiempo siempre fue relativo.

Las letras de Antonio Vega son casi un diccionario para entender su personalidad, sus intereses e inquietudes, sus angustias y querencias. Cuentan los que le conocieron que Antonio intentaba, sobre todo, no aburrirse. Esquivaba la típica canción de chico-chica (con permiso de «Chica de ayer») y prefería hablar de amor sobrenatural, de astrofísica, del vacío del universo, de la vida, del viaje, de su lugar en el mundo, de los abismos y, también, por supuesto, de su relación con las drogas, pues Vega nunca ocultó que las consumiera. «Mis canciones siempre han hablado de mi mundo, de mis cosas, de lo que siento y lo que veo, de lo que tengo dentro, imágenes que conservo en la cabeza. Todo sale de dentro. A la hora de componer, saco material de mis vivencias, y también de cosas que simplemente imagino, pero que, de alguna manera, tienen algo que ver conmigo» (Antonio Vega).

Una constante en su obra era, no cabe duda, la honda preocupación por la vida y su sinsentido. Ese sentimiento, en ocasiones angustioso, está presente, con mayor o menor intensidad, en la mayoría (por no decir todas) sus canciones. Tal vez esa búsqueda, esa necesidad de encontrar respuestas a las grandes preguntas fuera el motivo por el que a Antonio le fascinaba el espacio, el universo, lo infinito y desconocido… Una mezcla de necesidad de escapar, de tener la certeza de que ahí fuera hay algo más grande que nos transciende, y que le provocaba una mezcla de tristeza, vértigo, asombro y fascinación. Si comprendemos que no somos más que una mota de

polvo en medio de un universo infinito, tal vez sea más fácil trascender y soportar la vida. «Recuerdo una ocasión conversando con Antonio. Él estaba así pues como un poco tristón, y le pregunté: "¿Qué que te pasa, Antonio? ¿Qué te falta, tío, qué te falta, qué quieres, qué necesitas?". Y él me contestó: "Tío, Nacho, no te lo vas a creer, pero es que a veces el mundo…, y fíjate que es grande el mundo, mira que es grande, pues a veces, tío, se me queda pequeño. Me aburro, me oprime, se me queda…, necesito salir de aquí"» (Nacho Béjar).

El Antonio científico conversa con el Antonio emocional y entre los dos moldean y transmutan el lenguaje y los conceptos que maneja la ciencia para hacer su propia poesía. Una versión y una visión personal a través de las cuales conseguir expresarse. Antonio Vega vivía en un mundo propio de ensoñación, a medio camino entre el sueño y la vigilia, la realidad y la ilusión, y con todos esos ingredientes creaba escenarios únicos, en ocasiones casi espectrales, siempre magnéticos. Al fin y al cabo, eso es lo que busca un creador: contar lo que le angustia, lo que le conmueve, lo que le hace feliz… contar la vida.

No todo es tristeza en las canciones de Antonio Vega. Entre sus temas favoritos, aquellos que siempre quería colar en los conciertos, «La última montaña» tenía un sentido especial para él. En esos versos, Antonio habla de alpinismo, de la escalada, otra de sus grandes aficiones a las que se agarraba con pasión. Cierto que hay algo de trascendente, de viaje hacia el interior de un mismo, del camino que se abre hacia arriba y que hay que recorrer, pero esta vez, por mucha metafísica que se desprenda de sus palabras, es también un cuento de amor a esos momentos en los que fue feliz.

Ella no sabe que la vi,
inmóvil y toda gris.
Tomé el sendero hacia el lugar,
en la montaña.

Aquella noche la pasé
oyendo el agua correr,
sentía enorme la atracción
de la montaña.

Camino sin ver el final
y el paso que aún no he dado ya está atrás,
estoy llegando y he llegado ya.

Como los ríos prometí
el nunca retroceder,
pero ellos caen, se dejan ir,

yo mi peso he de vencer.

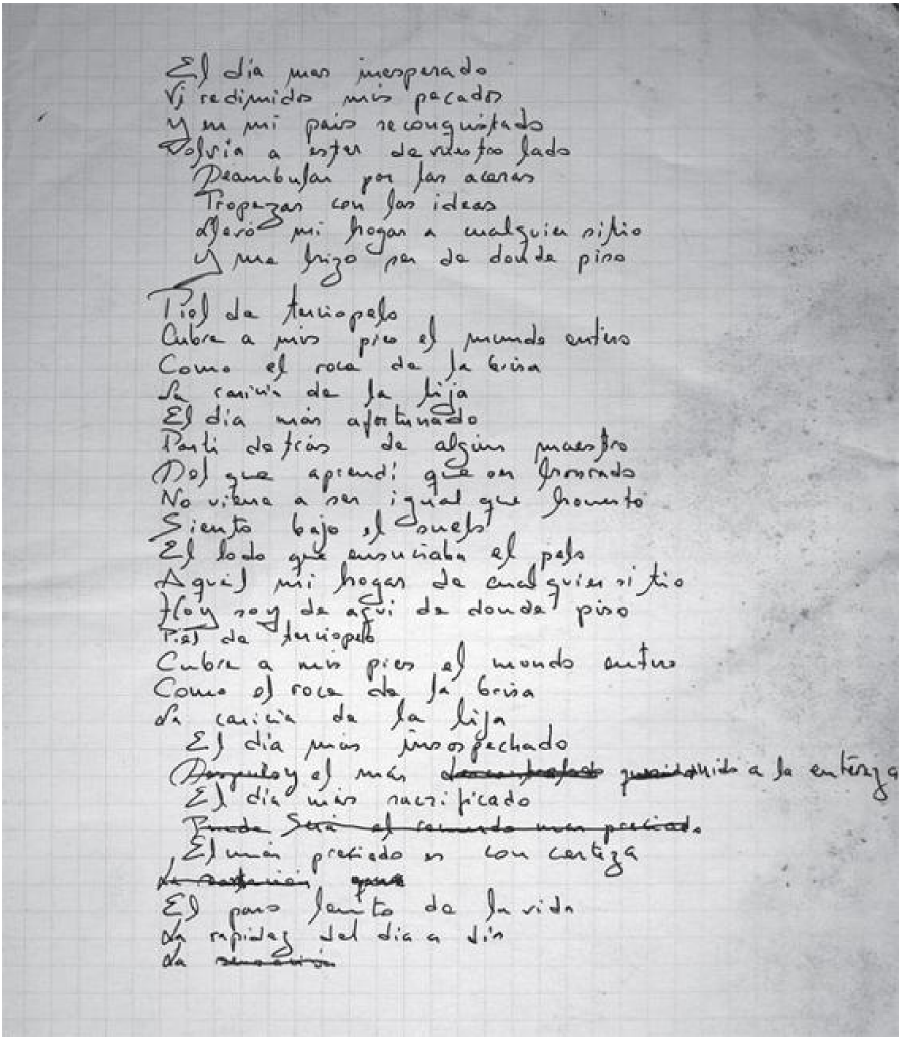
Arena que cede al andar,
paredes que se dejan abrazar,
parece que la cumbre cerca está,
algo más cerca que ayer.

«La última montaña»,
No me iré mañana.

A veces, una canción sirve también para pedir perdón. En la grabación en Mallorca de *Anatomía de una ola*, la convivencia no resultó fácil. No era una novedad. Convivir veinticuatro horas al día durante tres meses podía resultar extenuante. Por mucha amistad, admiración y compresión que sintieran por Antonio, sus amigos y también músicos Nacho Béjar y Basilio Martí regresaron a Madrid con una sensación agridulce y cierta necesidad de salir de la órbita de Vega, de tomarse un respiro. A los pocos días, se reunieron de nuevo en el estudio para completar la producción del álbum, y Antonio, alegre como un niño que estrena juguete, les enseñó una nueva canción: «Mi hogar en cualquier sitio».

El día más inesperado
vi redimidos mis pecados,
alcé la vista y dije «¡Claro!»,
volvía a estar de vuestro lado.

«Mi hogar en cualquier sitio»,
Anatomía de una ola.



El día más inesperado
Vi redimido mis pecados
Y en mi país reconquistado
Volvía a estar de vuestro lado
Deambular por las aceras
Tropezar con las ideas
Llevo mi hogar a cualquier sitio
Y me hizo ser de donde piso
Piel de terciopelo
Cubre a mis pies el mundo entero
Como el roce de la brisa
La caricia de la lija
El día más afortunado
Partí detrás de algún maestro
Del que aprendí que en [illegible]
No vuelve a ser igual que [illegible]
Siento bajo el suelo
El lodo que ensuciaba el pelo
Aquel mi hogar de cualquier sitio
Hoy soy de aquí de donde piso
Piel de terciopelo
Cubre a mis pies el mundo entero
Como el roce de la brisa
La caricia de la lija
El día más insospechado
[illegible] y el más [illegible] a la entereza
El día más sacrificado
[illegible]
El más preciado es con certeza
[illegible]
El paso lento de la vida
La rapidez del día a día
La [illegible]

Nacho y Basilio lo entendieron a la primera. En el lenguaje de Antonio, aquellos primeros versos no eran otra cosa que un «Hola, perdóname». Era una petición sincera y una canción impresionante. «Océano de sol» es una de esas composiciones en mi menor de las que tanto disfrutaba Antonio encima del escenario. Su cariño por este tema, además, se acrecentó tras el rodaje del videoclip oficial dirigido por el cineasta Julio Medem en 1994. No se conocían, era la primera vez que los dos artistas trabajaban juntos, y entre ellos surgió una complicidad especial y poco frecuente. En palabras de Medem: «No solo porque me gusta su música, ni por el tema de la canción, sino porque creo que como personas hemos resultado ser bastante similares en cuanto a inquietudes, temas que nos preocupan y la manera de ver las cosas». El videoclip se rodó en Hendaya, San Juan de Luz e Irún.

Antonio y Teresa, su mujer, aprovecharon la escapada para alquilar una casita, pasar una temporada en el norte e incluso hacer planes para quedarse a vivir allí, tal vez con la idea de huir de sus adicciones y empezar de nuevo. Como tantas otras veces, los planes se quedaron en un cajón y Antonio y Teresa regresaron a Madrid, aunque en esta ocasión Antonio trajo consigo un entusiasmo encendido e infantil por Medem y la experiencia vivida en la grabación del vídeo y durante mucho tiempo no dejó de importunar a sus amigos hablando de grúas, cámaras, planos y *travellings*.

Julio Medem y Antonio Vega volvieron a encontrarse y colaborar en un par de ocasiones más. En *Lucía y el sexo* (2001), Medem se sirve de la versión de Antonio Vega de «Romance de Curro el Palmo» para ambientar uno de los momentos más dramáticos entre Lucía y Lorenzo, los protagonistas de la película. En *Caótica Ana* (2007), Antonio aparece cantando su versión de «Agárrate a mí, María», el tema de Los Secretos, en una de las escenas más emotivas y emocionantes del film, cuando Ana y su padre se reencuentran durante un concierto en una plaza de Ibiza y se abrazan y bailan mientras se susurran al oído los versos de la canción. La escena, rebosante de emoción y delicadeza, combinada con la conmovedora versión de Vega y su presencia en el escenario, luminoso, firme y delicado, como pocas veces lo hemos visto, convierte esta secuencia en una pequeña maravilla de la que resulta imposible salir ileso.

Cada canción de Antonio Vega serviría para desempolvar recuerdos y explicar cicatrices. En algunas, los protagonistas son sentimientos, evocaciones o inquietudes; en otras, los dueños absolutos de la canción son las personas a las que Antonio amó. «Murmullo de tus manos» está dedicada a su cuñada Mercedes, una mujer a la que Antonio y todo su entorno adoraban y que falleció prematuramente a causa de un cáncer. Aquellos días, Antonio sintió la urgencia de escribirle a Mercedes una última canción. «Mercedes era la mujer de mi hermano Carlos. Murió de un cáncer fulminante, en cinco meses. Yo quería componer algo para ella y estuve tres días sin comer ni dormir hasta que me salió "Murmullo de tus manos". Corrí a ponérsela con unos cascos y se recuperó unos instantes, puso una sonrisa y murió agarrada al walkman. La enterramos con el casete para que sonara la canción mientras duraran las pilas esas alcalinas» (Antonio Vega).

La especial complicidad y devoción que Antonio sentía por su hermano Carlos se demuestra, al menos, en un par de canciones más. Cuando Carlos, también músico y compositor, aparte de arquitecto, le enseñó a su hermano una melodía que acababa de componer, Antonio

le pidió permiso para ponerle letra e incluirla en su primer álbum en solitario. Esa pieza era, es, «Mis dos amigos», y esos amigos eran ellos: Carlos y Mercedes.

Una vez sucedió
que mi amigo tuvo una ilusión.
Otra vez, ya eran dos,
fue su amiga la que lo vivió.
Llegó el día.
Cualquier día.
Entrelazados
del mismo sueño volvían.
(…)

El tiempo corre a su favor,
lo sé, soy el observador,
me gusta verlos
cuando está detrás el sol.
Me corta la respiración,
su fuerza es la del halcón,
laten sus cuerpos
con el mismo corazón.

«Mis dos amigos»,
No me iré mañana.

En *Anatomía de una ola*, hay un tema compuesto, letra y música esta vez, por Carlos Vega, dedicado al hijo que él y Mercedes esperaban: «Entre tú y yo». Antonio quiso compartir la felicidad de su hermano, aportó sus pinceladas a la letra y no dudó en grabarlo e incluirlo en el álbum.

Entre tú y yo
alguien nos enreda entre sus sueños
buscando una vida.
Detrás de ti
vivo para verte y ser el trazo
que dibuje el día.
Despierta y ven,
alguien te espera,
sigue la luz, ve hacia ella.
(…)

«Entre tú y yo».
Anatomía de una ola.

Recorrer las canciones de Antonio Vega poniendo especial atención a cada verso se parece a armar un puzle de infinitas piezas.

Antonio dejó escritos retazos desordenados de quién era él y de cómo sentía el mundo en el que habitaba. Siéntase libre el lector de jugar a buscar su propia interpretación, tal vez encontrará una nueva manera de escuchar la música de Antonio Vega. Descubrirá matices empapados de belleza y delicadeza; mézclelos con sus propias vivencias y es probable que se sorprenda al descubrir que todos nos parecemos, que en algún momento todos hemos sentido las mismas dudas, las mismas inquietudes. Por lejanas, ajenas y extrañas que puedan parecernos en una primera mirada.

Nacido en la frontera,
entre lo que hay dentro y lo que ves por fuera,
pisa cada pie su propia tierra:
a un lado el hoy; a otro, un ayer cualquiera.

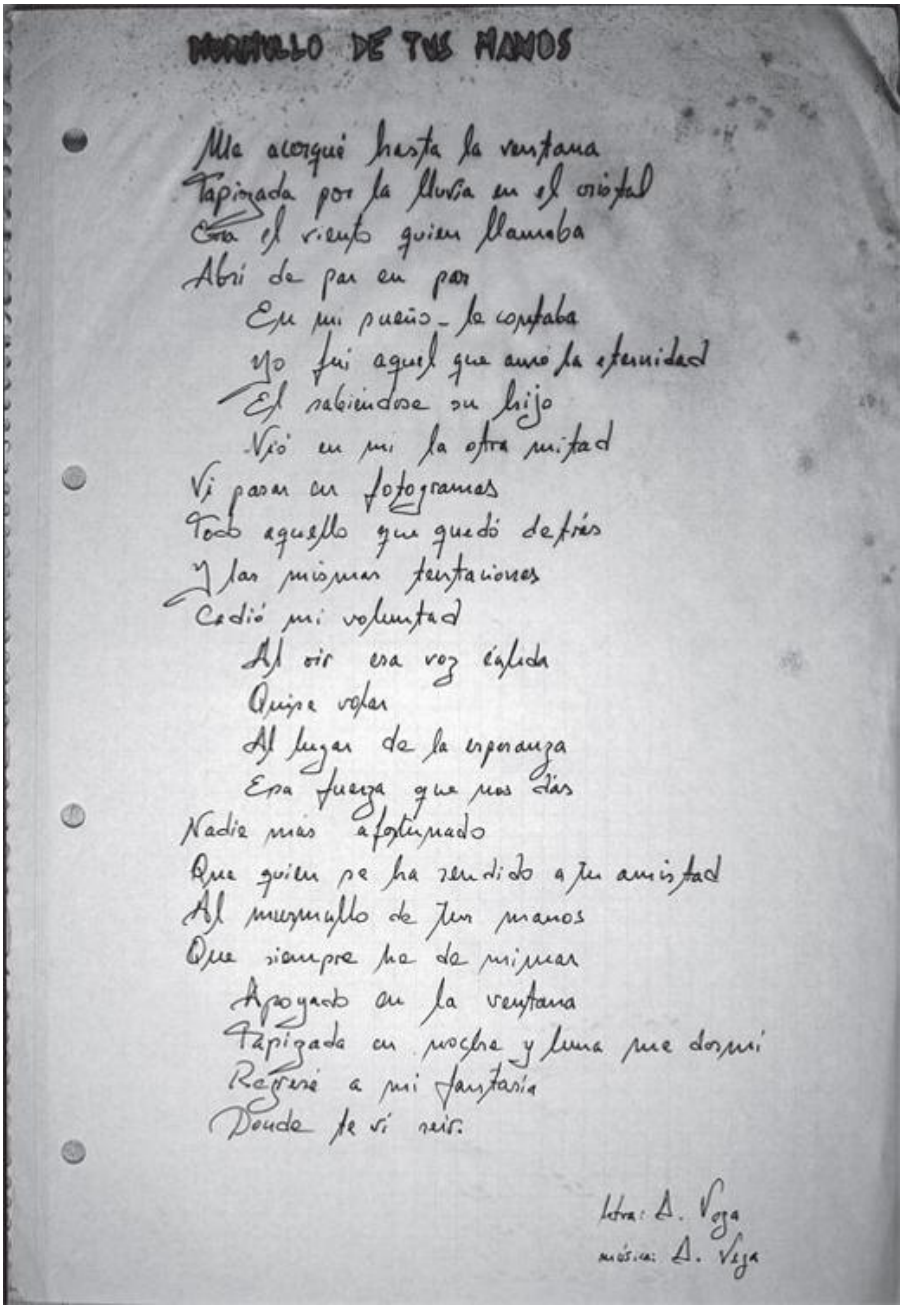
Crecí a medio camino
entre el ser mundano y el poder divino:
tan pronto vi el mañana inalcanzable
como un paseo, la cima inexpugnable.

Mi vida es esa canción amiga de la luna
escrita en el corazón
para ahuyentar la noche oscura.

Si tuve dos destinos
entre la razón y el loco desatino
fue porque conocí juegos prohibidos.

Para morir viví, muero por estar vivo.

«A medio camino», *De un lugar perdido*.



MURMULLO DE TUS MANOS

Me acerqué hasta la ventana
Tapizada por la lluvia en el cristal
Era el viento quien llamaba
Abrí de par en par
En mi sueño - le contaba
Yo fui aquel que amó la eternidad
El sabiéndose su hijo
Vió en mi la otra mitad
Vi pasar en fotogramas
Todo aquello que quedó detrás
Y las mismas tentaciones
Cedió mi voluntad
Al oir esa voz cálida
Quise volar
Al lugar de la esperanza
Esa fuerza que nos dás
Nadie más afortunado
Que quien se ha rendido a tu amistad
Al murmullo de tus manos
Que siempre he de mimar
Apoyado en la ventana
Tapizada en noche y luna me dormí
Regresé a mi fantasía
Donde te ví reir.

letra: A. Vega
música: A. Vega

Antonio, cántame el cuento de Curro el Palmo

Al recordar la grabación de Curro el Palmo, Carlos Narea confiesa risueño y entusiasmado que, de entre todos los temas que ha producido a lo largo de su vida profesional, la única canción que disfruta, que le fascina y embelesa, que sigue escuchando sin cansarse

es «Romance de Curro el Palmo», el tema de Joan Manuel Serrat versionado por Antonio Vega para el disco homenaje *Serrat… eres único*.

Una única canción entre las miles que ha trabajado. Una única canción en la que siente que no subiría una guitarra, o cambiaría un acorde, o que un teclado se quedó antiguo. Una pieza perfecta en su composición, arreglos y ejecución. Una versión que supera al original y lo transforma en una obra maestra delicada y sugerente, llena de matices, a veces discretos, a veces evidentes, siempre impecables, que van guiando al «escuchador» hacia un territorio emocional intenso, sorprendente y recóndito. Tras ocho minutos de poesía, que vuelan ligeros y breves como un suspiro, es del todo inevitable soltar una lagrimita, como «la Patro al cerrar la cajita», y a uno se le hace difícil continuar la rutina diaria como si nada hubiera pasado, como si no hubiera descubierto una joya preciosa o desenredado un sentimiento nuevo.

La historia de Curro el Palmo en la voz de Antonio Vega es un regalo, una muestra de talento y sensibilidad que te hechiza y te hace temblar de pena, de amargura, de deseo… No es esta la única ocasión en la que Antonio Vega consigue condensar un universo de sentimientos en una canción, más bien al contrario; sin embargo, resulta fascinante descubrir cómo logró transformar con su voz la creación de otro gran artista como es Serrat, de marcada personalidad y estilo, tan propios y robustos que podrían haber anulado cualquier adaptación de su «Romance». Yo quiero que sea Antonio quien me cante el cuento de Curro el Palmo.

Historia de una canción

Lejos del mundo llamémosle civilizado y sus distracciones, escondido entre montañas solitarias, resguardado por bosques de pinos y un cielo limpio generoso en estrellas, se esconde en la sierra de Ronda un espectacular caserón que es, además y por encima de todo, un estudio de grabación: el Cortijo. Concebido y construido por el baterista inglés Trevor Morais, el Cortijo es casi un retiro, un lugar de trabajo y acogida para un sinfín de músicos y artistas como Rammstein, Los Secretos, Amaral o Björk. En aquel santuario de la creación musical se encerraron, allá por el año 1995, Antonio Vega (voz y guitarra eléctrica), Basilio Martí (teclista), Billy Villegas (bajo), Nacho Béjar (guitarra eléctrica y acústica), Nigel Walker (ingeniero) y Carlos Narea (productor) para empezar a trabajar y grabar el «Romance de Curro el Palmo».

Mientras conducen carretera arriba para llegar hasta el Cortijo, los cinco amigos, pues entre ellos hay una complicidad que va más allá de lo profesional, comparten conversación, risas y bromas. Antonio, al que le apasionan la naturaleza y, sobre todo, el universo, contempla el cielo despejado y, mentalmente, hace sus cálculos: norte y sur, este y oeste. Parece tratar de adivinar por dónde aparecerán esa noche las estrellas que tanto ama. A ratos, calla y se queda absorto, en un silencio casi contemplativo. Está deseando llegar, y sus colegas, al notar esa luz especial en su mirada, sonríen y comprenden que está más nervioso por la posibilidades que le ofrece aquel nuevo cielo, distinto al de Madrid, que por las del estudio de grabación. La música no tiene secretos para Antonio Vega; en el universo, en cambio, todo está aún por descubrir.

A Antonio, la mente le pide música, el cuerpo largos paseos entre los pinos, pero su alma inquieta le pide estrellas. «¿Cuándo llegaremos? ¿Falta mucho?», parece preguntar sin palabras. El niño que Antonio lleva dentro, impaciente, con la nariz pegada en la ventanilla, da golpecitos nerviosos con el pie en el suelo, quiere llegar ya y salir a explorar ese lugar nuevo y atrayente. Tranquilo, Antonio, ya estamos.

Al llegar a la casa, Trevor Morais los recibe con un saludo cariñoso y afable. Hijo de madre irlandesa y padre jamaicano, Trevor es un tipo alegre, de risa fácil y gran sentido del humor. Lleva rastas y un jersey viejo y deshilachado y les cuenta riendo que, a menudo, suelen confundirlo con el jardinero. Músico de estudio y baterista de grandes estrellas de la música como Tina Turner o Björk, de él se dice que pudo haber sido el batería de los Beatles, pero Morais tenía demasiada personalidad y la banda inglesa no quería su, para ellos, excesiva teatralidad.

En el Cortijo todo está preparado para las sesiones de trabajo. Tienen por delante cuatro días de grabaciones, arreglos, pruebas… Allí no hay distracciones que tienten a los músicos, que los desvíen de lo que han venido a hacer. Curro el Palmo espera, paciente, a que Antonio cante su historia. Hay tanto talento esos días en aquella casa que parece inevitable que se produzca la magia, que se invoque a los fantasmas de palmeros, cantaores y músicos dispuestos a inspirar a aquellos que todavía caminan por la tierra y poseen el don de crear y moldear una melodía.

Los invitados se acomodan en sus respectivas habitaciones, todas con grandes ventanales abiertos a la sierra, que enmarcan un horizonte ondulado y expectante, deseoso de escuchar de nuevo risas y acordes. Por el momento, el único sonido que se oye en la casa es el

trastear metálico de las ollas y sartenes de Anita quien, resguardada en su cocina, prepara la que será la única comida del día, abundante y generosa, casi inagotable, como todo en el Cortijo.

El aroma de los guisos de Anita atrae a los músicos a la mesa. Se empieza a cenar a las ocho y media, aunque no se sabe cuándo se acaba. En esa primera reunión, entre cumplidos a la cocinera, elogios al anfitrión y la alegría de saberse afortunados por compartir un trocito de sus vidas, empiezan las primeras reflexiones, los primeros juegos para abordar la versión del «Romance».

—Antonio, ¿cómo hubiéramos hecho está canción si la hubieses compuesto tú y no Serrat? —Narea lanza la pregunta como el jugador que lanza los dados esperando un doble cinco—. ¿Cómo la hubiéramos hecho? Imagina que la has compuesto tú…

Antonio y los demás recogen el envite y las ideas vuelan, planean por encima de la gran mesa del comedor, suena lo que parece un palmeo lejano, fantasmal, que quizá solo Antonio percibe y surge la inspiración.

—Lucha de gigantes —sugiere Antonio, sin alzar la voz, como suele hacer.

La versión de Antonio Vega del «Romance de Curro el Palmo» se construyó sobre la base de lucha de gigantes, un compás de 6x8; lo siguiente sería decidir qué estrofas interpretar más largas o más cortas, dónde colocar las necesarias pausas, para darle ritmo y profundidad al extenso poema de Serrat.

Nacho Béjar y Basilio Martí acometen la tarea de hacer la limpia de acordes al complejo y rebuscado tema original de Serrat y van construyendo ladrillo a ladrillo esa nueva versión más íntima y profunda del «Romance de Curro el Palmo».

Seguirán jornadas de intenso trabajo en el estudio de grabación del Cortijo, donde no hay otra cosa que hacer más que tocar, grabar y disfrutar de las comodidades de la casa. En aquel lugar, los días parecen tener más horas y los músicos, concentrados en lo que ya intuyen que será una canción excepcional, despliegan todo su talento para ponerlo al servicio de la melodía. Se trabaja desde una hora razonablemente temprana, no hay un horario fijo. A mediodía, hacen una pausa para picotear los abundantes restos de la cena del día anterior y continúan encerrados hasta las ocho y media cuando las delicias de Anita los atraen a la mesa. Después, un tiempo de descanso, aún es pronto para ir a dormir. Algunos se quedarán arriba a echar una partida de billar, otros volverán a bajar al estudio para grabar de nuevo una guitarra que no había quedado bien o un arreglo que les da vueltas en la cabeza. No hay horarios. El estudio siempre

está abierto. Uno nunca sabe qué intento será el bueno, el definitivo, aquel en el que, al escucharlo, su productor, Carlos Narea, diga, «Ya está. Lo tenemos». No sé si a todos, pero a los buenos productores conviene hacerles caso.

A lo largo de esos días, en ocasiones, Antonio Vega desaparece, buscando quién sabe si un ratito de soledad o una conexión invisible con la vida. Sus amigos están acostumbrados a sus ausencias. Saben que volverá a tiempo para seguir grabando, al fin y al cabo, es un tipo serio en el trabajo, solo que necesita ciertos momentos de aislamiento, de abandono. El entorno del Cortijo es demasiado tentador para que un hombre como Antonio permanezca encerrado en casa, por magnífica que esta sea. Saben que le verán aparecer sonriendo, con la mirada brillante y sonrisa de niño pequeño, contando alguna historia fantástica sobre lo que encontró en un recodo del camino o el nombre, la distancia y el peso de una estrella que apareció en el horizonte a las tantas de la madrugada, allá por el sur, encima del horizonte ondulado de la sierra. Y dueño y señor absoluto de esa felicidad que pocos comprenden, entrará en el estudio, cogerá su guitarra y cantará como solo Antonio Vega ha sabido cantar.

Con la base de la canción armada y grabada, aunque aún por terminar, llega el momento de regresar a casa. Se hace difícil abandonar el Cortijo, pero Curro el Palmo necesita voz y batería y ambas se grabarán en Madrid.

Carlos Narea, encerrado en el estudio, escuchando y mezclando las pistas de la canción grabadas en el Cortijo, tiene una de esas ideas brillantes, que pueden darle a un tema ese algo soberbio, delicado o sublime, que los no profesionales, los apasionados de la música notamos e intuimos, pero no comprendemos. Somos incapaces de ponerle un nombre, pero sabemos que está ahí porque lo sentimos muy adentro. Ese algo, misterioso e incomprensible para nosotros, fue en origen la idea de alguien, la decisión de alguien, que lo vio, lo planeó, lo encontró y lo grabó. Para grabar la batería del «Romance de Curro el Palmo», Narea llamó al extraordinario, creativo y peculiar baterista Tino di Geraldo.

—A la canción le hace falta un puntito… Un toque flamenco, pero sutil. Antonio no es flamenco, pero sí que tenga algo, un algo —le explica Narea.

Silencio. Primero hay que escuchar el tema, pero con oídos y corazón de músico acostumbrado a descifrar el esqueleto de una canción. Capaz de verlo como un maniquí sobre el que colocar el vestido perfecto, los complementos adecuados. Paciencia, solo hay que prestar atención.

—Pues esto entra bien por alegrías —sentencia Di Geraldo. Amén.

En opinión de Narea, lo que hizo Tino di Geraldo en el «Romance de Curro el Palmo» es una clase magistral de batería flamenca en el pop. Una genialidad al más puro estilo Di Geraldo, que se completaría con las palmas por alegrías que el baterista enseñó cómo hacer a Carlos Narea y juntos grabaron y mezclaron. Aparecen en dos, tres momentos a lo largo de la canción, están colocadas con la precisión de un orfebre. Escuchad atentamente, a ser posible, con oídos y corazón de músico.

Y entonces, con el tema armado, con todas las piezas del puzle colocadas en su sitio, cuando ya no hay nada que corregir, nada que retocar, llega el momento de ponerle voz a los versos de Serrat.

Uno se imagina a Antonio Vega en el estudio de grabación embebido y absorto, leyendo la letra una vez más antes de cantarla. Concentrado, sintiendo la tristeza de Curro el Palmo, buscando empatizar y hacerla suya para cantar su historia con pasión y reverencia. Sin embargo, Antonio Vega no necesitaba de todo ese proceso para sentir una canción. Iba sobrado de emociones, profundidades, tristezas, alegrías y melancolías. Ante la mirada atónita y divertida de Carlos Narea y la desesperación de Ángel Martos, el ingeniero de sonido, Antonio entró en el estudio con un bocadillo de tortilla francesa envuelto en papel de aluminio, y entre bocado y bocado, en apenas dos o tres tomas, Antonio Vega bordó el «Romance». Así de fácil, así de increíble, como su voz, como él.

El hueco que dejas

Hay quien solo encuentra un gran amor en su vida, hay quien no encuentra ninguno y quien se enamora con sospechosa frecuencia. Antonio Vega se enamoró dos veces: de Teresa y de Marga. Dos mujeres muy distintas para dos amores muy distintos. Teresa fue su primer amor y más tarde su gran amiga y confidente, fue su compañera de vida en años juveniles y turbulentos. Margarita del Río, Marga, fue su segunda oportunidad en el esquivo y espinoso asunto del amor. Su segunda oportunidad para redimirse y experimentar la complicidad y la felicidad de un alma gemela, si es que tal cosa existe.

Era el año 1997, Antonio y Teresa hacía ya un tiempo que se habían separado; aun así, hablaban con frecuencia y Teresa seguía siendo una pieza fundamental en la vida de Antonio Vega, ella era la única que podía calmarle, replicarle y, llegado el caso, meterle en vereda. Antonio iba de acá para allá, dando tumbos de casa en casa, apareciendo y desapareciendo como de costumbre, aunque más

perdido y disperso de lo habitual. Y entonces apareció Marga y pareció que con ella entraba un «Érase una vez…» y que esta vez sí, esta vez el cuento podría acabar con un «fueron felices para siempre».

Tras dejar su trabajo en Adolfo Domínguez, Marga se incorporó a la plantilla de EMI, la, por aquel entonces, discográfica de Antonio Vega. Risueña, alegre, divertida y de risa fácil, Marga y Antonio se enamoraron casi con la primera mirada. El encanto de Antonio la fascinó en seguida y el atractivo juvenil y espontáneo de Marga sedujo a Antonio. Marga aportaba frescura, una ventana abierta, un universo amable y cercano, lejos de los abismos infinitos en los que siempre anduvo perdido Antonio. Cuentan los que los conocieron que en la vida de Antonio hubo un antes y un después de Marga. Ella le aportó confianza, seguridad en sí mismo, cierta cordura y responsabilidad a la hora de trabajar y tomar de manera más seria y profesional las riendas de su carrera. «Antonio revivió, en el sentido que de repente tenía una ilusión desbordada. Se adoraban los dos. Juntos eran una sola cosa… Tuvieron una historia de amor superintensa y, si quieres, tranquila, porque realmente no había dudas ni conflictos. Estaban juntos para quererse siempre. En el fondo, era muy admirable…, envidiable en el buen sentido. Era una relación espectacular» (Carlos Vega).

Como si intuyeran que su historia de amor tendría un final precipitado, Antonio y Marga se dieron prisa y, al poco de conocerse, se fueron a vivir juntos, aunque no como el resto de los mortales entendemos la frase «vivir juntos». Las fieras costumbres de Antonio arrastraron a Marga, no tuvieron una casa, un hogar, un lugar estable que decorar, en el que levantarse cada mañana para tomar el desayuno en la cama, ducharse, elegir la ropa colgada en el armario, oler a café por la mañana y hacer planes para el resto del día. Nada fue rutinario nunca en la vida de Vega y tampoco Marga consiguió que Antonio dejara de correr, de escapar de lo que fuera que le perseguía. Vivieron en hoteles que se incendiaron, en casas que tuvieron que abandonar precipitadamente, grabaciones, giras, visitas a clínicas de desintoxicación, peticiones de ayuda a la familia de ambos… para lo bueno y para lo malo, no se separaron ni un minuto en los siete años que estuvieron juntos.

En no pocas ocasiones, Marga telefoneaba a Teresa pidiendo ayuda y consejo sobre cómo tratar a Antonio, cómo manejarlo y ayudarlo. Teresa siempre contestó a esas peticiones de auxilio, conocía de sobra a Antonio y sabía cómo había que hablarle. Teresa estaba ya de vuelta de todo, nada podía asustarla y se sabía de primera mano todos los infiernos de Vega.

La cara más dulce de la moneda era el amor sincero y profundo que se profesaban el uno al otro. Aunque la devoción que sentía por Antonio la hizo débil en algunos momentos y le fallaban las fuerzas para encarar la complicada situación de Vega, durante un tiempo pareció que sí, que al lado de Marga y de Basilio, Antonio podría abrazar por fin la calma de una vida «normal», sea lo que sea que eso signifique.

«Marga tomó un poco las riendas de la carrera de Antonio. Ella y yo hicimos una especie de pacto, de meterle caña, de decirle "Tío, eres la hostia y no te lo crees" y hablando con él… Pues le ayudó un poco a retomar su carrera como Dios manda, porque Antonio tenía momentos en los que se hartaba de todo: de su vida, de su carrera, de la música… y en un momento de esos así un poco de crisis, Marga le hizo creer en sí mismo, y yo tuve una charla intensa con él, y desde allí retomamos un poco la carrera. La verdad es que, a partir de ahí, Antonio cambió bastante, ¿sabes? Asumió una responsabilidad, y como que le deba corte no estar a la altura en los conciertos. Al acabar me preguntaba "¿Qué tal he estado hoy?". Y estaba bien. Le vino bien esa etapa» (Basilio Martí).

De vez en cuando, en el ánimo de Antonio Vega surgía el destello de llevar una vida normal y acariciaba la idea de tener hijos. Quién sabe si era una forma de obligarse a ser responsable o un ansia por revivir sus días felices de infancia de familia numerosa… quién sabe y qué más da. Antonio sabía que para él era muy complicado tener un hijo o para un hijo muy complicado tener a Antonio. Teresa, más racional y práctica, siempre se negó, y con Marga no tuvieron tiempo para que el deseo germinara. Más allá de si hubiera sido posible o sensato, lo que resulta interesante es el deseo de Antonio de formar una familia, un anhelo que no cuadraba con su manera de caminar por el mundo, pero que nos da pistas de que nada es absoluto, nada es blanco o negro y ciertas, sino todas, las personalidades pueden llegar a ser contradictorias hasta lo irracional.

La historia de amor de Antonio y Marga duró siete años. La muerte, de nuevo la muerte, se cruzó en el camino de Vega y, cruel y egoísta, le robó sus planes, marchitó la belleza y espantó la ilusión. Marga enfermó de repente y, tras varias semanas de convalecencia en el hospital, murió a causa de una encefalitis bacteriana. La desolación de Antonio, el miedo a perder a su compañera y al vacío de su ausencia le paralizaron y fue incapaz de acercarse a su habitación de hospital para estar con ella en sus últimos días. Antonio llamaba a diario a la madre de Marga y, apenas sin voz, entre susurros y sollozos mal contenidos, escuchaba el parte y se ahogaba sin remedio. De

nuevo, la muerte oscura. Esta vez más devastadora y desalmada.

En junio de 2022 se hicieron públicos papeles, cartas y fotos perdidas de Antonio Vega. Habían sobrevivido milagrosamente al incendio de una de las casas donde Marga y Antonio vivieron durante un tiempo. Un tesoro para la familia, un recuerdo inesperado y desconcertante de quien fue su hijo, su hermano, su amigo y un legado excepcional para todos los que admiramos al artista. Entre ese legajo de memorias, hay dos cartas manuscritas que Antonio escribió a Marga.

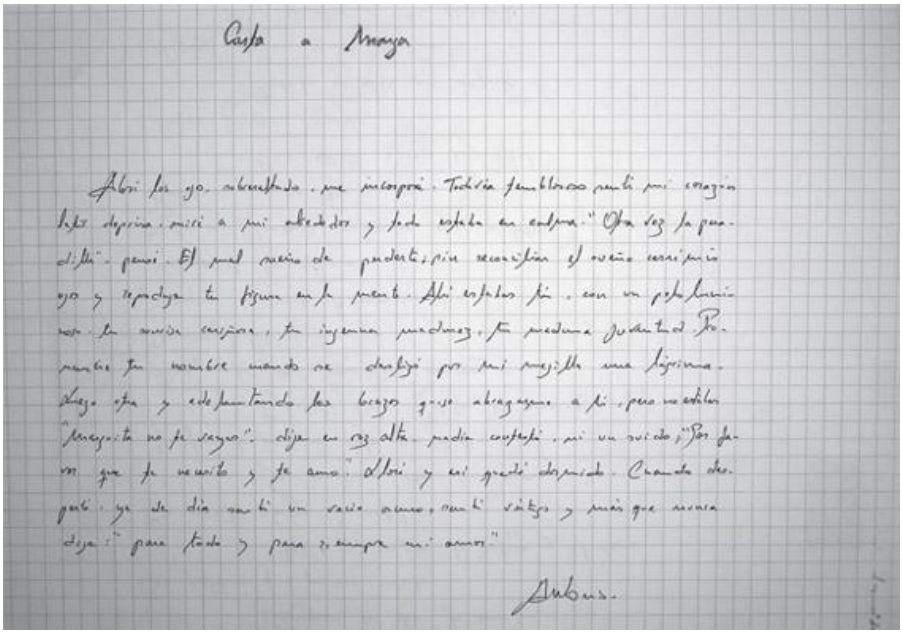
Primera carta:

Si alguna vez me echas de menos y tu corazón se abandona, anegado, a la nostalgia, que no arrastre consigo la tristeza ni la falsa certidumbre de estar sola. Que no ilustre la pena tu recuerdo y el carboncillo de tu imaginación no oculte en sombras mi retrato. Al contrario, dibuja con él lo que me diste, la sonrisa que se me iba de las manos y que ahora me acompaña como un humilde farolillo que, ajeno al rapto desatado de mi forma irracional, se mantiene por sí mismo alumbrando mi pequeña fortuna. La más grande de las fortunas. La de tenerte en mi corazón. Amarte con la fuerza animal que a veces se desboca…

La dicha de mi amanecer lleno de ti. La gracia de poseer el porqué de dar mi vida. Te llevo dentro, y por fuera eres la ropa que me abriga, eres mi mejor sueño cuando duermo, la preciosa realidad de mi vigilia.

Te quiero

Antonio


Carta a Marga

Abrí los ojos, sobresaltado, me incorporé. Todavía tembloroso sentí mi corazón latir deprisa, miré a mi alrededor y todo estaba en calma. "Otra vez la pesadilla", pensé. El mal sueño de perderte; sin reconciliar el sueño cerré mis ojos y reproduje tu figura en la mente. Ahí estabas tú, con un pelo luminoso, tu sonrisa cariñosa, tu ingenua inmadurez, tu madura juventud. Pronuncié tu nombre cuando se deslizó por mi mejilla una lágrima. Luego otra y adelantando los brazos quise abrazarme a ti, pero no estabas. "Margarita, no te vayas", dije en voz alta. Nadie contestó, ni un ruido. "Por favor, que te necesito y te amo". Lloré y así quedé dormido. Cuando desperté, ya de día, sentí un vacío oscuro, sentí vértigo y más que nunca dije: "Para todo y para siempre, mi amor".

Antonio

Segunda carta:

Abrí los ojos, sobresaltado, me incorporé. Todavía tembloroso, sentí mi corazón latir deprisa, miré a mi alrededor y todo estaba en calma. «Otra vez la pesadilla», pensé. El mal sueño de perderte; sin reconciliar el sueño cerré mis ojos y reproduje tu figura en la mente. Ahí estabas tú, con un pelo luminoso, tu sonrisa cariñosa, tu ingenua inmadurez, tu madura juventud. Pronuncié tu nombre cuando se deslizó por mi mejilla una lágrima. Luego otra y adelantando los brazos quise abrazarme a ti, pero no estabas. «Margarita, no te vayas», dije en voz alta. Nadie contestó, ni un ruido. «Por favor, que te necesito y te amo». Lloré y así quedé dormido. Cuando desperté, ya de día, sentí un vacío oscuro, sentí vértigo y más que nunca dije: «Para todo y para siempre, mi amor».

Antonio

Cuando Marga murió, Antonio se vino abajo. Hundido y desesperado, su familia y amigos acudieron al rescate. Su hermano Carlos, quien había tomado cierta distancia después de muchos y agotadores años de ejercer de guardaespaldas, conciencia y ángel de la guarda de Antonio, regresó a su lado para vigilarle y confortarle en uno de los momentos más devastadores de su vida. Al entierro de Marga acudieron viejos y nuevos amigos, familia, compañeros de profesión… Todos los que conocían a Antonio sabían lo doloroso y lo peligroso que era para él este momento. Antonio sentía que lo había perdido todo. La desesperación y la pérdida eran brutales. «Una de las imágenes que tengo grabadas en mi cabeza, tremendo, tremendo, fue cuando murió su mujer, Marga. Estábamos en el tanatorio y cuando se

fueron los familiares de Marga entró Antonio a tener unos momentos. Me hizo pasar, estuvimos un ratito con él y… no hablamos, prácticamente no hablamos, pero, vamos, la mirada que me echó como diciendo: "Estoy solo en el mundo". Me quedé… me quedé helado…, muy impresionado. Antonio adoraba a Marga. A ella la conocí en uno de los conciertos y nunca más. Pero yo sé que Marga empujó mucho de Antonio, tiró mucho de Antonio, le hizo sentir ilusión muchas veces por cosas y, en fin… Tenía un lazo emocional con ella muy potente» (Carlos Brooking).

A los pies de la tumba de Marga, de rodillas, Antonio lloraba una vida entera y parecía que no habría consuelo posible para sosegar su tristeza. Basilio Martí se acercó a él, la mano en el hombro de su amigo como para arraigarlo a la tierra y evitar que corriera en busca de su compañera.

—Antonio, ¿qué quieres hacer?

—Me quiero ir a tu casa.

—Vámonos.

En la sierra, en casa de Basilio y su chica, Antonio encontró acomodo para los primeros días de duelo y dolor. Paseos por la montaña, cierta vida familiar y barbacoas de fin de semana a las que acudía obligado por su amigo, que no le quitaba ojo de encima. No duró mucho; a las pocas semanas, Antonio se hartó de comulgar con costumbres que nunca tuvo y se largó en busca de otras maneras de sobrevivir. Solo aceptó compartir casa y vida con Teresa y con Marga. Si no era con ellas, prefería caminar solo.

«Quizá el momento más duro de mi vida fue el fallecimiento de Marga, momento en el que no me apetecía seguir vivo, no me apetecía seguir… Estaba totalmente abandonado de todo y solo quería sentirme un vegetal que continuara viviendo mientras funcionaran sus funciones más básicas. Era una sensación terrible de la que por fortuna pude salir y contar» (Antonio Vega).

Unos pocos meses después de la muerte de Marga, Antonio Vega publica su disco *Escapadas* (EMI, 2004), un álbum con colaboraciones y versiones ya conocidas y publicadas anteriormente, pero que incluía dos nuevos temas grabados a propósito para el disco: «Cómo hablar» de Amaral y «Me quedo contigo» de Los Chunguitos. Es a Marga y al amor que Antonio sentía por ella a quien debemos agradecer la maravillosa versión de «Me quedo contigo».

Era una de sus canciones preferidas, y Marga, cabezota, le insistió una y otra vez a su compañero para que hiciese su propia versión del clásico de Los Chunguitos. Antonio se negaba, nunca lo vio claro, no estaba a gusto con la idea, ese estilo de música estaba muy alejado de

la suya. Sin embargo, cuando Marga enfermó, durante esas semanas en las que estuvo ingresada, Antonio trabajó en la canción, empeñado y obsesivo, quería darle una sorpresa a su chica, se la enseñaría en cuanto saliera del hospital. No pudo ser. No llegó a tiempo, y Marga murió sin haber escuchado ese tema que era tan suyo. En la gira que emprendería el año siguiente, Antonio abría los conciertos con esa canción, un dedo señalando al cielo y su pensamiento unido para siempre a Marga del Río porque, como él mismo dijo: «Sigo absolutamente enamorado de la persona que me dejó».

«Tu apuesta era tan firme que la idea de hacer una versión de "Me quedo contigo" que, tengo que confesarlo, me pareció descabellada en un principio, cobrara forma, resultando ser emocionante, única. Para ti, corazón mío, porque "Me quedo contigo" para el resto de mi vida. A Marga» (Antonio Vega).

3000 noches con Marga

En el libreto que acompaña al disco, Antonio escribe: «Hacia finales del mes de junio del año 2004, y después de pasar por el peor momento de mi vida, sin duda, comenzó la aventura de este *3000 noches con Marga*. Con vehemencia enfermiza, me sumergí en una dedicación incesante a mi trabajo. Escribí, arreglé y di forma, uno a uno, a los temas que componen esta obra en un momento en el que, como hoy, mi corazón se hallaba desbordado por el dolor. Todo giraba en torno a la figura de Margarita del Río Reyes, la mujer que me lo dio todo por nada y a la que he consagrado mi vida entera. Lo que me quede de ella».

La música fue la mejor o tal vez la única manera que encontró Antonio para recordar y para no olvidar, que puede parecer lo mismo, pero no lo es, a Marga. En el álbum *3000 noches con Marga*, Antonio ejerce por primera vez de productor, no permite injerencias en unas composiciones tan íntimas, quiere expresarse con total libertad y dejar que las canciones respiren y vuelen y decidan por sí mismas la duración, el estilo, el color, la emoción… Nadie más que él podría entender la brutal necesidad de mitigar una ausencia, de expresar sin límites, corsés ni fronteras la ilusión por la vida que la muerte se llevó cuando le arrebató a Marga. El resultado de todo ese fárrago emocional es más positivo y luminoso de lo que cabría temer: «Me he liberado del Antonio que se encierra y se pierde en buscar el sentido de la vida —aseguraba Vega en una charla con periodistas durante la promoción del álbum—. Me siento afortunado. No tengo derecho a quejarme».

En la Navidad de 2004, Carlos Brooking llamó por teléfono a su amigo: «Antonio, hace mucho que no nos vemos. No sé. Quiero pasar a saludarte, saber cómo estás». Antonio estaba encerrado en el estudio grabando el *3000 noches* en Madrid y Brooking se acercó por allí una noche a charlar con él. Para relatar lo que sintió, mejor cederle la palabra: «En el estudio solo estaban Antonio y Carlos Marcos, el ingeniero de sonido, que era también amigo nuestro. Antonio estaba con sus guitarras y sus potingues y, nada, estuvimos ahí, charlando. Sin embargo, todo lo que me habló, todo lo que me dijo, todo lo que me contó…, yo creo que era un poco pues ese mundo que estaba forzado a construirse para seguir sobreviviendo. Creo que, por supuesto, las muertes de sus hermanos fueron duras para él, pero a lo mejor…, a lo mejor estaba en un momento de su vida con más fortaleza, física o mental, lo que fuera, pero cuando Marga murió…, bueno, pues fue algo a otro nivel, yo creo que fue a un nivel aún mayor, fue un desasosiego tal que a mí me cautivó, me dejó impactado. Cuando le vi en el tanatorio y luego cuando le vi grabando *3000 noches*… Antonio me hacía escuchar canciones y me hablaba de aspectos técnicos: "Mira, esto lo hemos grabado así o asá", estaba muy interesado en que yo entendiera cómo había sido el proceso y tal, pero… No sé, le vi como una… una persona en su caverna, en su mundo. Además, el estudio de grabación se prestaba a eso porque era una nave industrial en las afueras de Madrid, y era Navidad, cuando se supone que te reúnes con tus familiares, estaba lloviendo, había que bajar unas escaleras hasta llegar al sótano donde estaba grabando y era como llegar a la caverna del *hobbit*, un poco de eso… y encontrar al habitante ahí, en su mundo, con sus guitarras y su música, rodeado de las cosas que él más o menos podía manejar y, en fin… Fue un encuentro muy entrañable que recuerdo con muchísimo cariño, pero también con algo de dolor, porque me di cuenta de que era una persona como desarraigada, que había perdido sus anclas con el mundo real y solo le quedaban sus rotuladores y su música» (Carlos Brooking).

Otra vez Nacha Pop

Antonio se encerró en la promoción del disco, en conciertos y giras inabarcables. Necesitaba concentrarse y concentrar su dolor en cualquiera de sus incontables aficiones, y solo en el escenario y en una actividad frenética parecía encontrar consuelo. Quizá para él quedarse quieto era lo mismo que pensar y morir. Unos años antes, en el tema «Estaciones» incluido en el álbum *De un lugar perdido*, Vega escribió

unos versos que bien podrían describir su manera de afrontar el momento vital en el que se encontraba. Al fin y al cabo, Antonio dejó escritos retazos de quién era en cada una de sus canciones.

> Y por eso vivo el día,
> día simple, día claro,
> vivo al menos sin temores,
> sin el miedo de gozar.
>
> Cada pueblo, cada puente,
> cada cruce me ha enseñado
> que con hoy es suficiente
> y mañana es demasiado.
>
> «Estaciones»,
> *De un lugar perdido*.

En el año 2007, los rumores que desde hacía un tiempo circulaban en el mundillo musical y los mentideros de las redes sociales se convirtieron en realidad y se anunció el regreso a los escenarios de Nacha Pop, pues, como ellos mismos dijeron veinte años atrás, Nacha nunca se disolvió, se trataba únicamente de una separación momentánea.

Un año antes, en 2006, Nacho y Antonio se habían encontrado encima del escenario en un par de ocasiones: durante un concierto para celebrar el cumpleaños de Antonio y en el Concierto Sinfónico La Edad de Oro del Pop Español, un evento y posterior disco producido por Nacho García Vega y Carlos Martos para Universal. Cuando Nacho le preguntó a Antonio si le gustaría participar en el proyecto bajo el nombre de Nacha Pop, los dos juntos de nuevo, Antonio contestó con un sí rotundo. Había ganas. En aquellos ensayos volvió a brotar la misma química de las primeras veces y, por fin, había llegado el momento de que Nacha Pop despertara de su letargo.

Para los dos primos era el momento adecuado, al margen de, aunque también aprovechando, las modas *revival* que volvían a traer la música de los ochenta al siglo XXI, les apetecía tocar juntos de nuevo y resucitar a Nacha Pop, su antigua y querida banda. No pensaban en un disco de estudio; de momento, eligieron probarse a sí mismos con un regreso a los escenarios, una gira previa para testar la respuesta del público y su capacidad para trabajar juntos. En cada entrevista que ambos primos concedieron en esos años, volaba la misma pregunta, el mismo miedo: los problemas de Antonio con las drogas. Educados y contundentes en sus respuestas, los dos coincidían en que, si hubiera habido el menor peligro de que la salud de Antonio comprometiera el proyecto, Nacha Pop no habría regresado jamás. Aun así, tampoco se

arriesgaban a hacer planes de futuro, ya se vería, cualquier cosa puede suceder, el futuro está abierto, veremos, quién sabe…

Nacha Pop regresó, aunque con los inevitables matices a los que obliga el paso del tiempo. Al frente de la banda, compartiendo primera línea, estaban Nacho y Antonio, y para completar la formación eligieron a algunos de los músicos que habían tocado tanto con Rico como con Antonio en solitario: Basilio Martí (teclados), Anye Bao (batería), Goar Iñurrieta (guitarra), Nacho Lesko (coros y percusiones), Cristina Narea (coros, guitarra acústica y percusión) y Fernando Illán (bajo). Todos eran músicos de primera línea y, además, amigos y colegas de los dos primos. Se trataba de buscar un equilibrio, confiar el uno en el otro y en el nuevo proyecto. Nada es tuyo y nada es mío, Nacha seguiría siendo un grupo con dos cabezas visibles, dos artistas muy distintos a los que unía su pasión por la música. Nacho García Vega intentó engatusar a su inseparable Carlos Brooking, pero no pudo ser, pese a las súplicas, casi de rodillas, de Nacho; Brooking tenía otros proyectos vitales incompatibles con el hecho de grabar y meterse de cabeza en una gira como la que Nacha Pop ambicionaba.

No era el Nacha de los ochenta, no podía serlo. Las canciones sonaban bien, los músicos eran excelentes profesionales, Nacho y Antonio se entendían…, pero no dejaba de ser otro proyecto con el mismo nombre y las mismas canciones. Los dos primos así lo entendieron y tampoco era su pretensión revivir a la Nacha de siempre, ambos habían cambiado y evolucionado en lo personal y lo profesional, y esos cambios tenían que notarse en su manera de hacer música. Como dijo Antonio en una entrevista: «Un reencuentro con el pasado, pero sin caer solo en la nostalgia». «Se veía a un Antonio magnético, como siempre. A pesar de que se había ido encorvando con los años y se había ido haciendo más pequeñito, causaba todavía más sensación y respeto. Parecía que todo eso era inversamente proporcional a su tamaño, me refiero al aura que se creaba alrededor de él de persona fascinante… o por lo menos así lo percibí yo» (Carlos Brooking).

Antonio se tomó el proyecto muy en serio. Cumplía con los horarios de ensayo, con los compromisos de promoción, llegaba puntual a los conciertos y hasta se compró un traje para salir al escenario, un hecho que, si bien puede parecer algo insustancial, cotidiano y poco digno de mención, en Antonio Vega era una demostración gigantesca de la ilusión, cariño y compromiso que había decidido volcar en el regreso de Nacha.

Estaba ilusionado, y el hecho de volver a formar parte de un grupo le sentaba bien. Se despojaba de esa responsabilidad de

cantante solista que le agobió durante toda su carrera, le permitía descargar la mochila personal que llevaba a cuestas y que tanto le pesaba. Sus canciones eran cosa suya, las de Nacho, pues que se ocupara Nacho y, entonces, él se retiraba unos pasos atrás para tocar la guitarra, atacar sus solos, respirar y disfrutar. Supuso también la oportunidad de actuar en grandes recintos, lugares que manejaba a la perfección Nacho García Vega, de carácter abierto y extrovertido y que, en cambio, al Antonio intimista e introvertido le causaban cierto temor. Demasiado grandes y demasiada gente para la atmósfera de sus canciones y, aun así, a pesar de sus recelos, Antonio disfrutó cada minuto de cada concierto de aquella exitosa gira con los nuevos Nacha Pop.

De ese primer regreso de Nacha Pop con Antonio Vega nos queda el *Tour 80-08 Reiniciando* (Universal, 2008), un doble CD con veintidós canciones, un DVD del concierto íntegro final de la gira que la banda dio el 26 de octubre de 2007 en el Palacio de los Deportes de Madrid, además de material extra, como fotos inéditas en el *backstage*, fotos oficiales del concierto, una entrevista y las proyecciones que aparecían en las pantallas durante los directos. «Fui a uno de los conciertos de Nacha Pop cuando regresaron. Me llamaron la atención dos cosas. Por un lado, que, físicamente, Antonio estaba muy hecho polvo, muy delgado y al mismo tiempo que su cabeza estaba absolutamente lúcida. Lo veías con esa pinta y te daba bastante pena, pero luego te ponías a hablar con él y te miraba así de lado y se empezaba a reír y se ponía a hablar contigo y pensabas: "Pero si es Antonio, es mi Antonio, no me lo han cambiado". Tenía eso, seguía haciendo bromas y risas, era como muy curioso» (Carlos Narea).

Todo pintaba bien, había química entre Nacho y Antonio, la respuesta entusiasta del público les sorprendió y superó cualquier expectativa. Había futuro, estaban componiendo nuevos temas y tenían la suficiente confianza en ellos mismos y en el proyecto como para plantearse un nuevo álbum de estudio, formalizar, ahora sí, el regreso de Nacha Pop.

No pudo ser.

La última voz

El 21 de febrero de 2009, Antonio Vega actuó en la sala Luz de Gas de Barcelona, dentro del ciclo de cantautores del Festival Barnasants. Le acompañaba al piano su inseparable Basilio Martí. Ninguno de los dos lo sabía, pero aquella iba a ser la última ocasión en la que tocarían juntos y, además, uno de los últimos conciertos de Antonio.

Su legendaria fortaleza física se esfumaba poco a poco. Antonio se encontraba mal, pero esta vez era diferente a las otras. Estaba mal de otra manera. Cansado, agotado y sin fuerzas, con un cansancio nuevo que ni él mismo atribuía a las drogas. «Es otra cosa —le confesó a Basilio—. No sé qué es, pero es otra cosa». Quizá por primera vez, Antonio tuvo miedo a morirse. De alguna manera, Vega siempre se sintió inmortal. Se había castigado durante muchos años, había cruzado casi todas las líneas rojas, y pese a las predicciones agoreras que le golpearon durante toda su carrera parecía que era capaz de sobrevivir a cualquier lance que se le pusiera por delante. Sin embargo, esta vez era distinto.

Aquella noche en el escenario había un piano de cola para Basilio y un taburete, un micrófono y una guitarra para Antonio. Iba a ser una noche acústica, íntima. A pesar del desgaste físico y la sensación de que algo no iba bien, Antonio estaba a gusto, ilusionado y feliz. Fue una de esas noches mágicas y misteriosas que de vez en cuando nos regala el destino, el azar, la suerte. Cuentan los que estuvieron allí la especial manera en la que Antonio interpretó sus temas, como si los revisara y los sintiera por última vez, dándole a palabra y melodía un nuevo aire, una nueva mirada, más profunda y madura.

Al acabar el concierto, Antonio y Basilio cruzaron comentarios emocionados sobre lo especial que, también ellos, habían sentido esa noche. «Qué bonito has cantado, Antonio», «Y tú, qué bonito has tocado, tío». La conversación se diluyó entre el ruido de la ciudad y la vuelta al hotel. Días después de la muerte de Vega, Basilio, revisando los papeles de su amigo encontró una nota manuscrita de Antonio: «Barcelona. Luz de Gas. Le han puesto un piano de cola a Basilio. Un concierto que jamás olvidaré».

El de Barcelona era uno más de la treintena de conciertos que Antonio Vega tenía planeados a lo largo de todo el 2009. Se trataba de una gira en teatros y salas pequeñas, conciertos que se estaban grabando con la finalidad de publicar un nuevo álbum en directo al estilo del *Básico*. En el escenario, Antonio parecía estar en estado de gracia, en cambio, fuera de él, su salud se resentía, y el sábado 28 de marzo de 2009, Antonio dio el que sería su último concierto en el Kafe Antzokia de Bilbao. Estaba enfermo, cansado, sufriendo «esa otra cosa» que no sabía identificar y, pese a ello, leyendo las reseñas de los fans al día siguiente del concierto, nadie lo hubiera imaginado:

> Con Antonio Vega entregando su púa a un público satisfecho terminaba ayer su concierto en el Kafe Antzokia de Bilbao. Son muchas las veces que le he visto en directo y puedo decir, sin temor a equivocarme y sin caer en la subjetividad extrema del fan, que la de ayer fue la mejor de todas. Mejor por varias razones.

> Por un repertorio que languidecía últimamente por repetitivo y que ha renovado y reformado, tanto en canciones recuperadas para el directo («Lo mejor de nuestra vida», «Vapor», «Entre tú y yo»…), como en nuevas y brillantes versiones de clásicos como «El sitio de mi recreo». Por una banda que suena de forma atronadora, mucha culpa de ello por la compañía de dos guitarristas brillantes, mención especial para el joven José Barragán, que a la vitalidad de su juventud une su calidad como músico. Pero sobre todo porque percibí un cambio en la actitud de Antonio, con más ganas de transmitir sus canciones y con más expresividad en sus gestos y movimientos. Tal vez todo se deba a que tiene mayor motivación por seguir haciendo canciones y tocarlas ante el público, y, además, porque la mejoría palpable y notoria que percibí en su voz y en su vitalidad le hacen, supongo, tener más confianza en sí mismo. El mejor Antonio Vega tuvo tiempo además de regalarnos el estreno de «Antes de haber nacido», una nueva canción para su próximo disco. Una de las canciones que en directo adquieren una dimensión brutal es esta «Lleno de papel», que representa la mejor versión del compositor madrileño y que me dejó, como todo su concierto, un gran sabor de boca (http://blogcondemontecristo.blogspot.com/2009/03/el-mejor-antonio-vega.html).

Los siguientes conciertos de Antonio en solitario se aplazaron; el concierto de Nacha Pop previsto para el 18 de abril en el Festival Extremúsika de Mérida se suspendió «por enfermedad de Antonio Vega». Esta vez parecía que iba en serio, sin embargo, fueron tantas las veces que «iba en serio», tantas las veces que el aspecto de Antonio hizo temer lo peor, tantas las voces que auguraron su final, que nadie se fiaba del todo. Es Antonio. Él es así. Siempre sobrevive. Finalmente, el 20 de abril de 2009 saltó la noticia: «Antonio Vega ha tenido que ser hospitalizado de urgencia en el hospital Puerta de Hierro de Madrid aquejado de una neumonía aguda». Permaneció ingresado allí veintidós largos días en los que su familia y amigos volaron a su lado para acompañarlo y comprobar si era cierto, si aquella vez era de verdad. Nadie se lo creía. Ni siquiera el mismo Antonio, que, a pesar de su diagnóstico de cáncer de pulmón, seguía negando la mayor: «Esto no va a acabar conmigo, ni de coña, esa posibilidad no existe». El tipo lúcido y racional, sensible, inteligente, hablaba de posibilidades y se empeñaba en cerrarle la puerta a la muerte. Él, que la conocía de cerca, que la había retado tantas y tantas veces, que la había visto llevarse a sus hermanos Marta y Ricardo, a su cuñada Mercedes, a su adorada Marga, a buenos amigos, no estaba dispuesto a consentirle otra victoria, otro hueco doloroso en la familia Vega Tallés. Por encima de todo y a pesar de todo, quería vivir. No lo consiguió, y el 12 de mayo de 2009, la voz de Antonio se apagó.

Los últimos días de Antonio Vega pertenecen a su familia. Esa especial intimidad que se comparte cuando te das cuenta de que ha llegado al momento en el que todo es irreversible, cuando la conciencia de alcanzar el final de la vida ocupa todo tu espacio y

emborrona cualquier pensamiento, esos momentos son privados, extraños, difícilmente compartibles. Se necesita tiempo para encontrar consuelo y aceptar que no volverá a escucharse la voz de la persona a la que uno amó. «Antonio no se quería morir. Nunca pensó que se iba a morir. En el fondo tenía madera de superviviente. Había conseguido sobrevivir a todo. Un día antes seguía hablando de discos futuros, de canciones… Tenía ganas de colaborar con gente, planes. Pero el cáncer le había devorado. La última persona que le dijo algo fui yo. Le susurré cosas al oído. Y se le cayeron las lágrimas. Es una imagen que tengo grabada: sus lágrimas cayendo mientras yo le decía palabras de amor al oído» (Carlos Vega).

Pocos lances te puede dar la vida que resulten tan insoportables como perder a un hijo y Antonio era el tercero que enterraban Ricardo Vega y Mari Luz Tallés. En el caso de Antonio, además, Mari Luz sentía que lo había perdido dos veces: una a causa de las drogas y otra por la muerte. Para Mari Luz, Antonio siempre fue su hijo más delicado y sensible, el que ocupaba sus pensamientos veinticuatro horas al día. Para ella, Antonio nunca fue un artista, ni un gran compositor, ni un cantante famoso, era su obsesión, el hijo que tenía perdido por esos mundos sórdidos de la droga, la mala vida, el que necesitaba más ayuda y al que no sabía cómo ayudar. Tras la muerte de su hijo, Mari Luz descubrió el respeto, el amor y la admiración que tantos y tantos sentían por Antonio Vega. Para ella, que se había perdido el lado más luminoso de Antonio, fue una sorpresa y, de alguna manera, un cierto consuelo. «Le cogí la mano así fuerte y le dije: "Antonio, hijo, dime algo, dime algo". Se quedó así mirándome y me dijo: "Te quiero mucho". Fíjate lo último que me dijo Antonio» (Mari Luz Tallés, madre de Antonio Vega).

La mañana del 23 de marzo de 2011 amaneció gris y lluviosa. En el barrio de Malasaña, en la confluencia de Corredera Alta de San Pablo y de las calles Velarde y Fuencarral, muy cerca del Penta, suenan los primeros compases de «Chica de ayer». La familia, los amigos, fans y curiosos buscan refugio bajo paraguas, cornisas y chubasqueros. El entonces alcalde de Madrid, Alberto Ruiz Gallardón, descorría la cortina de una placa: plazuela de Antonio Vega. Mari Luz Tallés observa, seria, la escena. A su lado, sus hijos Laura, Cristina y Carlos la miran discretamente de reojo, atentos a su reacción, dispuestos a abrazarla y confortarla al más mínimo indicio de una lágrima. En el escenario, Nacha Pop interpreta «Chica de ayer» y «La última montaña». Después de dos años sin Antonio, el dolor ha dejado, al fin, espacio para la sonrisa y una nostalgia alegre. «Las calles mojadas te han visto crecer», escribió Antonio, y parecía que el barrio

de Malasaña se hubiera vestido de canción. Entre los que aquel lunes de marzo acuden a rendir homenaje a Antonio Vega están Miguel Ríos, Álvaro Urquijo o Teo Cardalda, que canturrean los versos de «Chica de ayer» con la mirada ilusionada y brillante por el recuerdo de su amigo. Se comparten con generosidad aplausos, abrazos y anécdotas. La memoria es caprichosa y tiene la peligrosa tendencia de conservar únicamente los malos momentos, no es el caso. En la balanza del recuerdo, el encanto y talento de Antonio Vega rebasan sobradamente penas y pesadumbres. En su particular «lucha de gigantes» entre el bien y el mal, entre la luz y la oscuridad, triunfó la luz.

CUARTA ESTROFA

El sitio de mi recreo

«El sitio de mi recreo yo creo que es aquel sitio con el que uno sueña de alguna manera o con el que uno se siente identificado, pero parece no pertenecer al mundo real. Es un sitio que uno busca yo creo dentro de sí mismo, digamos donde uno se regocija un poco con sus propias vivencias, con sus propias experiencias. A veces ese sitio es un poco cruel, a veces el lugar del recreo es un poco cruel, es un sitio donde hay de todo. Hay alegría, tristeza, incluso estrés, puedes encontrarlo todo, pero yo creo que es fundamental poder encontrarlo todo y poder conjugar todo ese tipo de sensaciones para luego de verdad extraer como una verdadera mina de oro, extraer conclusiones positivas» (Antonio Vega).

Decía el escritor Eduardo Galeano que estamos hechos de historias. Enormes o diminutas, trascendentales o pueriles, todas son esenciales para inventarnos la persona que somos hoy y la que seremos mañana. Cada nuevo amanecer es la promesa de otras vivencias que acumular, cada paso adelante en nuestro camino se acompaña de una decisión que tomar y, con cada decisión, renunciamos y, al mismo tiempo, abrimos nuevas posibilidades.

Es probable que en nuestro pasado, presente y futuro no haya verdades ni certezas, mejor no empeñarse en buscarlas. Lo correcto y lo incorrecto, como las ondas y las partículas de la física cuántica, dependerá en gran medida del observador. La única verdad, tal vez, solo tal vez, se esconde en ese territorio al que Antonio Vega llamó el sitio de mi recreo. Salvaguardado por el laberinto de cada cual, protegido por cerraduras invisibles, en ese lugar solo hay espacio para uno. Es nuestro, aterradora y tranquilizadoramente nuestro. Angustia y cobijo de quienes nos hemos inventado ser. No siempre podemos elegir con qué lo llenamos, la vida suele decidir por nosotros, pero sí podemos resolver qué hacemos con todas esas vivencias almacenadas

allí. Qué hacer con ellas es nuestra decisión. Esa es la verdadera magia, nuestro gran y único superpoder.

Encanto y honestidad

> Qué feliz aquella noche rellenando hojas sin parar,
> hoy lo leo y río solo. No me queda nada que ocultar,
> soy el sueño de mis gatos y el insomnio de un perro guardián.
>
> He encontrado la manera de actuar sin justificación
> agarrado a la quimera de no estar vendido al corazón,
> rodeado por mi gente, salto al ruedo de la Inquisición.
>
> Su amistad no tiene precio, de aquel que paga es enemigo mortal,
> y aun cuando estoy aquí, tan lejos, voy a la cama y sueño con su paz.
>
> «Lleno de papel», *Océano de sol*.

Todos los que conocieron a Antonio Vega le describen como un hombre encantador, atractivo y de una personalidad magnética. Hasta qué punto era consciente de su encanto y hasta qué punto utilizaba esa fascinación que provocaba en los demás para su propio beneficio queda al criterio de cada cual. La vida no es una línea recta y es lógico suponer que debió haber momentos generosos y momentos egoístas, condicionados por las especiales necesidades de Antonio para transitar por esas carreteras secundarias repletas de curvas por las que eligió conducir su vida.

Consciente o no de sus cualidades de encantador de serpientes, ese magnetismo no se puede fingir. El espíritu de Antonio Vega era enorme en la intimidad y encima del escenario. No hubo imposturas ni disfraces en su trato con las personas de su entorno, ni con el público de sus conciertos, ni con los fans, ni con los músicos novatos que se acercaban a charlar con él. Vega siempre se comportó de manera natural, honesta y sincera, carente de poses, sin importar quién estuviera sentado al otro lado de la mesa. Tampoco importaban los juicios, las críticas ni los sermones bien intencionados para que dejara de una vez las drogas y encauzara su vida. Antonio, con la cabeza inclinada, alzaba la vista y miraba por entre el flequillo despeinado, esbozaba una media sonrisa y, sin soltar una palabra, hacía callar a su interlocutor. «En 2006 participamos en el Concierto Sinfónico de la Edad de Oro del Pop Español. Era un concierto en un teatro de Madrid, donde actuamos varios grupos de la movida madrileña arropados por una orquesta sinfónica. Recuerdo que, en los ensayos, venían los músicos, el percusionista, el teclista, etc., a

ensayar algunas canciones, y cuando Antonio empezaba a cantar…, bueno era, era… No sé cómo decirte. Como cuando vas a misa y todo el mundo se calla porque el cura está bendiciendo algo… Era un respeto que yo no he vivido con otros músicos. Por eso digo que Antonio, desde que lo conocí, era un tipo magnético. Y creo que ese magnetismo, con el trascurso de la vida y a medida que él se fue empequeñeciendo y encorvándose un poquito, ese magnetismo fue creciendo. Fue creciendo. Era impresionante» (Carlos Brooking).

No había imposturas, fingimientos ni ficción en las letras de Antonio Vega, y mucho menos en su manera de interpretarlas. Antonio expresaba la verdad y la belleza desde un lugar brutalmente sincero, sin florituras, sin pretender forzar la voz y quebrantar sus límites. Los versos de Vega reclaman un tono delicado, una manera especial de ser cantados, con la que conseguir transmitir y convencer. Había en su voz una sencillez sincera y desnuda, contundente, preciosa en la forma y en la afinación con la que lograba enamorar y explicar el alma de cada canción.

Un hombre seductor, inteligente y sensible dispone de todas las armas para la manipulación. El término tiene de entrada una connotación negativa, sin embargo, asunto harto diferente es cómo utilizar esa manipulación, cuál es el objetivo, aquello que se pretende conseguir. Antonio Vega manejaba con destreza casi cualquier situación para no tensar en exceso las cuerdas y evitar así que el sufrimiento que su adicción provocaba en los demás fuera excesivo. Pretendía que su madre, su familia, sus amigos pensaran que no había problemas, que estuvieran tranquilos. Antonio sufría haciendo sufrir, y su manipulación iba más dirigida a un acto que él entendía como generoso.

La presencia de la muerte

A lo largo de su vida, Antonio Vega se topó con la muerte en demasiadas ocasiones. Muertes a destiempo, imprevistas y dolorosas para las que era difícil, casi imposible encontrar consuelo. Por el camino se fueron Ricardo, su hermano mayor; Martita, su hermana del alma; su cuñada Mercedes y, por supuesto, Marga.

Aquel niño en extremo sensible que preguntaba, que buscaba razones y explicaciones y que escapaba de los conflictos, nunca logró, siendo adulto, enfrentarse del todo a la presencia tan cercana de la muerte. No hay fórmulas para gestionar tanto dolor, cada cual se maneja a su manera y Antonio sufría y huía, incapaz de enfrentarse quién sabe si al miedo, a la inevitabilidad, al vacío, a la ausencia…

Solo ante la muerte de Mercedes reaccionó de manera distinta y, por supuesto, en absoluto convencional. «Curiosamente, además, ahí me ayudó mucho Antonio. Cuando murió Mercedes, Antonio me planteó: "Bueno, pues me voy a vivir contigo". Conmigo y con mi hijo. "No sé, Antonio, no sé…", "Sí, sí. Me voy a vivir contigo porque así te ayudo a sobreponerte y estamos juntos". Efectivamente, me ayudó a sobreponerme porque yo no podía pensar en otra cosa que no fueran las que me hacía. Yo estaba todo el día obsesionado con qué hacía Antonio, dónde estaba, cómo estaba… Situaciones también extremas. ¿Cómo me ayudó? No me ayudó con su apoyo y compañía, me ayudó porque de repente yo tenía un problema urgente que solucionar y no tenía tiempo de estar dándole más vueltas de la cuenta a una pérdida y entonces me acabó ayudando» (Carlos Vega).

El poeta encuentra consuelo en el bálsamo de los versos. El arte es catarsis, alivio, un volcado de esas emociones que se sienten demasiado grandes para permanecer escondidas o ignoradas. El papel se viste de palabras y acordes al tiempo que el alma se desnuda. Si no es posible espantar a la muerte, al menos ahuyentemos la pena. Para aliviar el peso de la ausencia de Marga, Antonio Vega necesitó un buen puñado de canciones. «La poca intimidad que se me va en las canciones es la que yo necesito perder. A veces, tengo sobrecarga de intimidad y utilizo la música para descargarla. El hecho de contar parte de tu vida en tus canciones es un poco como una terapia psiquiátrica» (Antonio Vega).

Empieza a amanecer,
hace tanto frío… acércate,
deja que sienta tu calor,
volcán que a veces tengo y otras no…

Hoy no es solo un día más,
ni tampoco un día menos que contar.
Es un sueño que me hace sudar
recostado entre tus brazos hasta despertar.

Cambiemos de lugar,
hoy una casa aquí
mañana más allá…
Ajenos a la vecindad,
pareja de rebeldes en cautividad.

Tregua para la pasión,
tregua para compartir dolor,
tregua para la razón,
y yo… te espero…
Y yo… te espero…

Te espero porque volverás,
tal vez me dé la vuelta un día
y estés tú detrás.
Te espero porque se quedó
en el tintero la promesa de un mundo mejor.
Y yo… te espero
Y yo… te espero…

«Te espero», *3000 noches con Marga*.

Por alcanzar su amor
tres mundos recorrí:
el mundo de los niños,
el del loco
y el que acaba por venir.

Si alguna vez dudé
de ser un ganador,
hoy sé que a tu lado
jamás fui un perdedor.

Lo que la vida nos dio
ni la distancia ni el tiempo nos lo quitó,
pues de los dos nació
la historia de la Tierra y de Orión.

Por dentro nuestro hogar,
por fuera de los dos;
por dentro los amigos,
por fuera alguien de más.

Al mundo he de contar
hasta perder la voz
que un ángel vino desde Orión
Marga, mi ángel, y yo.

Lo que la vida nos dio
ni la distancia ni el tiempo nos lo quitó,
pues de ellos dos nació
la historia de la Tierra y de Orión.
Marga, mi ángel, y yo.

«Ángel de Orión»,
3000 noches con Marga.

No es un chico triste y solitario

Antonio siempre necesitó crear un espacio seguro antes de quitarse

máscaras y corazas protectoras. Un lugar que fuera cobijo y refugio donde poder ser él mismo. Cuando eso sucedía, el hombre tímido y silencioso de mirada huidiza se transformaba en un hombre hablador, ocurrente y de afilado ingenio. Arropado por los que le querían, libre de críticas y juicios, Antonio Vega se sentía a salvo y desplegaba su risa y una conversación inteligente y divertida.

«Antonio era una buena persona, un buen tipo. De sentimientos además muy limpios y muy cariñoso lo que, mezclado con el humor, le convertía en un tipo entrañable. A mí me encantaba verlo. Nos reíamos mucho.

»Cuando me acuerdo de él o del grupo (Nacha Pop), lo recuerdo siempre con risa porque siempre nos estábamos riendo. Eran muy graciosos Antonio y toda su panda, eran todos igual, todo el rato haciendo bromas y juegos de palabras. Inventaban palabras, que se ponían así como de moda, tonterías, que luego lo piensas y dices no tenían tanta gracia. Me acuerdo ahora de las "prestaciones". Era una palabra que usaban mucho, las "prestaciones", pero en broma… Tu móvil, que no existían los móviles, es un ejemplo, a ver, ¿qué prestaciones tiene tu móvil? Palabras de ese tipo.

»Siempre era así, jugando, riendo y haciendo bromas. Lo recuerdo siempre como muy fácil. Y Antonio en particular era un tipo muy cariñoso, muy cálido. Era una persona lúcida, muy culta, muy divertida para conversar. Nos acordamos mucho de él Basilio y yo, hablamos de cosas y nos miramos y nos reímos porque sabemos que, a Antonio, tal o cual cosa le hubiera encantado.

»La última fue que, hace poco, descubrieron una estrella que ya no existe, es decir, que se puede ver con un telescopio pero que ya se sabe que no existe. Esas cosas a Antonio le fascinaban, el espacio, la física cuántica…, ese tipo de temas le encantaban y, además, estaba muy puesto, muy estudioso, muy culto. Como te digo, temas prohibidos no tuve con él, siempre fueron temas divertidos, hablábamos de música, nos reíamos… Nacha Pop tenían un sentido del humor muy particular, muy propio, muy especial, muy inteligente y me reía mucho con ellos. Me sigo riendo con Nacho, siempre que hablamos nos partimos de la risa porque siempre dice cosas graciosísimas, y entre ellos, entre los tres, porque Carlos, que de repente parece un tío más serio, las soltaba, que nos partíamos. Fue muy divertido trabajar con ellos desde el principio» (Carlos Narea).

> Un momento en una agenda,
> una décima de segundo más.
> Vuela, va saltando de hoja en hoja,
> mil millones de instantes de que hablar.

Una ráfaga de aire frío,
un molino de viento hace girar.
Sigue, va rodando sobre su eje
describiendo una trayectoria más.

Y es que no hay nada mejor que imaginar,
la física es un placer.
Y es que no hay nada mejor que formular,
escuchar y oír a la vez.

Mide el ángulo formado por ti y por mí,
es la solución a algo muy común aquí.
Ahora tú no dejes de hablar,
somos coordenadas de un par,
incógnita que aún falta por despejar.

Busca un libro que diga «Como»,
luego otro que se titula «Si».
Sigue un tercero llamado «Nada»,
es la forma de un círculo sin fin.

Y es que no hay nada mejor que revolver
el tiempo con el café.
Y es que no hay nada mejor que componer
sin guitarra ni papel.
Paralelas vienen siguiéndome,
espacio y tiempo juegan al ajedrez.

Ahora tú, no dejes de hablar.

«Una décima de segundo»,
Una décima de segundo (DRO, 1984).

Abismo y desapego

«Yo no he echado raíces jamás en ningún sitio. He vivido en España y fuera de España, y mi vida es la historia de la maleta abierta y la maleta sin abrir» (Antonio Vega).

Convivir con una sensación casi constante de vacío, de no pertenecer al mundo en el que uno habita, de estar transitando por un abismo, ha de condicionar, a la fuerza, la manera de mirar y sentir. Había algo de no conformarse con lo fácil e inmediato, una necesidad de atravesar la superficie e ir siempre un poco más allá para averiguar si en ese «un poco más allá» aguarda una respuesta deseando ser descubierta.

En la forma que Antonio concebía la vida latía esa sensación de aquí estoy bien, pero ¿qué hay más allá? Como él mismo le confesó a

Nacho Béjar, el mundo se le quedaba pequeño, no por soberbia ni por falta de pasión, sino por una necesidad constante de comprender. Debía haber algo más, era inevitable, casi lógico, de lo contrario, nada tendría sentido.

Los abismos de Antonio Vega no fueron causados, o al menos no todos, por su adicción a las drogas. Más allá de cualquier sustancia química, la desazón y el desapego lo acompañaron durante toda su vida. Ese escapismo de la realidad, metafórico, intangible, se materializaba en otro escapismo más terrenal y corpóreo en sus constantes huidas, sus desbandadas e incesantes cambios de casa. No tuvo nunca un lugar al que llamar hogar, no supo, no quiso o no necesitó construirlo. Si eso le pesó es algo a lo que solo Antonio Vega podría contestar.

Resulta fácil suponer que el tiempo y las drogas agravaron y evidenciaron los particulares recovecos de su carácter. En sus últimos años, Antonio vivía en una especie de nave industrial donde acumulaba objetos, artilugios y cachivaches con los que montar una nueva maqueta de tren o lo que fuera que en ese momento le ayudara a absorber las horas. Como si se hubiera cansado de correr y necesitara de más peso para quedarse anclado a la tierra, pues lo que nunca le faltó a Antonio Vega fue el deseo de vivir. «Los argentinos tienen una expresión para definir este tipo de cosas: "No se bancaba". "Bancar" es aceptarlo como es. Es una expresión difícil de traducir. Es asumir, aceptar y convivir con lo que sea, con la vida. Te está desilusionando el mundo y una serie de cosas todo el rato. Algo así le pasaba. No lo hablé con él, pero algo así le pasaba y le pesaba. Supongo que de ahí su interés por temas como la física cuántica, que es casi un misterio, algo muy especial. De hecho, Antonio me metió en estas cosas y leo pensando en él y me acuerdo de él. Era muy entrañable. Muy querible» (Carlos Narea).

Compañera de viaje

Para bien y para mal, Antonio Vega conducía la vida a su manera y con plena consciencia. Todos los que le amaron y estuvieron a su lado desearon en algún momento que nunca se hubiera metido el primer chute, la primera dosis, todos intentaron disuadirle y ayudarle y todos llegaron a la misma conclusión: él era consciente de su elección y fue consecuente con sus decisiones.

En los contados procesos de desintoxicación que emprendió, ya fuese por obligación o movido por la pretensión de tranquilizar a la familia, las terapias y citas con el psiquiatra estuvieron siempre

enfocadas al consumo y a la adicción y, ya ha quedado dicho, Antonio no tenía ninguna intención de dejar de drogarse.

Si el paciente no tiene voluntad, deseo ni intención, cualquier terapia está condenada al fracaso. ¿Qué habría sucedido si esas terapias hubieran colocado el foco en aspectos más profundos de la personalidad de Antonio Vega? ¿Qué hubiera ocurrido si, aparte de tratar el problema de la drogadicción, hubieran ahondado en las sutilezas y particularidades de su especial carácter? Afrontar esa introspección es un trabajo duro y complejo, ¿Antonio Vega lo hubiera aceptado? Tal vez de haberse topado con un profesional o un tipo de terapia que retara su inteligencia, con el que hubiera podido conversar y compartir… Quizá si hubiera aprendido a manejar su hipersensibilidad, la sensación de soledad, desapego, desamparo, en definitiva, todas esas inquietudes vitales que reflejó en sus canciones… Quizá nos encontraríamos ante un escenario distinto.

En cualquier caso, todos los «y si», los «quizá», los «¿qué hubiera ocurrido si…?» son solamente posibilidades que pertenecen al terreno de la ficción y el deseo. Nadie puede responder a esas preguntas con una certeza, tan solo podemos aproximarnos y practicar el inútil arte de conjeturar un presente distinto. «Antonio estaba claramente en ese sitio. Y ya está. A partir de ahí, todo lo que se pueda decir es accidental. Yo no creo que Antonio compusiera lo que compuso porque se drogara. En ningún momento. Ni creo en esa cosa de "No, es que se drogaba porque si no, no podía hacer…". Yo creo que Antonio el talento lo llevaba dentro. A mí me hubiera encantado que se hubiera librado de eso y que no hubiera fallecido. Creo que estaríamos disponiendo de un tipo ahora mismo de una altura abismal. Si hubiera podido domar ese caballo, no el de la droga sino el de su cabeza, y el de su carácter y sus tendencias… Si hubiera podido coger la brida bien fuerte, hubiera sido apabullante porque era tremendo» (Nacho Béjar).

En los años ochenta, las drogas eran un instrumento más con el que ejercer la rebeldía, romper con un pasado apolillado y preparar el tablero de juego del futuro. La creatividad, la originalidad y la experimentación parecían ser los mandamientos de esa nueva religión que era la modernidad. La ignorancia y la osadía son aliadas peligrosas y fueron muchos los que se engancharon atraídos por ese paraíso creativo que las drogas prometían y que resultó ser tan solo un espejismo. Al otro lado del espejo el precio a pagar era enorme e incluía una muerte prematura.

En muchos aspectos, el caso de Antonio Vega y su relación con las drogas fue excepcional. Su fortaleza física, el apoyo familiar y de su círculo de amistades y el, en cierto modo, privilegio de poder acceder

a la heroína sin caer en un submundo escabroso y sucio, alargaron la relación de Antonio con la heroína más allá de lo que el sentido común definiría como probable. Solo en sus últimos años, tras la muerte de Marga, conforme iba creciendo el sentimiento de soledad y desapego, su aspecto empezó a reflejar las consecuencias de treinta años de adicción. «Con Antonio hablábamos de muchas cosas, pero hubo temas que no tocamos nunca, por ejemplo, sus adicciones. Por respeto hacia él. Yo creo que suficiente tiene uno con ser adicto a algo, como para además tener a alguien diciéndote: "Tienes que dejarlo, no es bueno". Pues ya lo sé. La única vez que hablé con él de ese tema fue una vez que me dijo, entonces yo fumaba mucho, y me preguntó "¿Has intentado dejar de fumar alguna vez?". Yo contesté "Muchas, muchas veces". Me dijo: "Es alucinante porque con el tabaco dejas de fumar y a los cinco años todavía te echarías un cigarrito de vez en cuando. Pues estas otras drogas son mil veces peor". Y eso fue lo único que hablamos. Nunca entrábamos en ese tema, me parecía que no tenía ningún sentido invadir una parte privada suya. Además, tampoco le iba a convencer de nada, ni necesitaba que le estuviera diciendo nada. Él mismo se intentaba cuidar porque, curiosamente, siempre o generalmente estaba fuerte, le gustaba subir a la montaña, hacer ejercicio, entonces más o menos estaba bien de salud, físicamente bien y sobre todo mentalmente siempre estuvo bien, muy lúcido» (Carlos Narea).

Su evidente deterioro se agravó aún más por la falta de descanso. Si nunca tuvo la necesidad de dormir ocho horas, probablemente, su adicción exageró como tantas otras cosas esa faceta de su personalidad/necesidad de su cuerpo. En los últimos años de su vida, Antonio no se tumbaba en una cama a dormir. Sus quince minutos de sueño los vivía sentado, con los brazos apoyados encima de la mesa como una almohada improvisada donde cerrar los ojos y, si no dormir, al menos dormitar. Apenas unos minutos de descanso para despertar precipitadamente y continuar trasteando con su guitarra, con el ordenador o ir en busca de una dosis. El deterioro de su aspecto era manifiesto y preocupante y, sin embargo, su mente seguía lúcida y aguda. «Creo que también tiene que ver un poco con ese estado mental y vital de no dormir, las drogas, toda la noche tocando la guitarra, el amanecer… Quizá buscaba un poco crearse un paraíso creativo. Creo que va por ahí. También es verdad que hay muchas formas de tomar drogas y Antonio no era un tío que… a veces, sí, se quedaba dormido, pero no era su fin tomar una dosis y quedarse dormido, sino que él utilizaba esas drogas de alguna manera, en plan creativo muchas veces, y otras veces para no dormirse.

»Antonio no bebía alcohol. Odiaba el alcohol y odiaba a los borrachos. Decía “No aguanto a los borrachos, tío. Esos pesados que vienen al camerino, borrachos: Antoñito, Antoñito…”. Ese rollo lo odiaba. Odiaba a la gente que bebe así, a lo bestia, los borrachuzos los llamaba. Fíjate que él era un consumidor de drogas, pero tenía su dinámica, dentro de un caos, era ordenadito. No era un tío que se le volara la cabeza y estuviera desmayado dos días. Todo tenía un porqué. El rollo charlatán, borracho, pesado, eso no. Él tomaba sus drogas, pero estaba en silencio en su casa tocando o hablando tranquilamente. Es verdad que a veces se quedaba dormido, pero era porque no dormía. A veces se quedaba frito, pero no era por estar colocado, era porque no dormía. Yo le vi dormir de pie alguna vez, en la habitación del hotel o cinco minutos antes de salir a tocar. Antonio decía que necesitaba quince minutos de sueño, como Leonardo da Vinci. Quince minutos cada cuatro horas. Y yo creo que por ahí andaba. Pero había veces que donde le pillara el sueño se echaba la cabezada. Y claro, mucha gente a lo mejor pensaba que estaba drogado hasta las orejas, pero no era eso, solo estaba muerto de sueño porque él dormía a tramos a lo largo del día. Que sí consumía y tal, pero no era el típico yonqui. Un estilo de vida, lo que tú quieras. Pero su fin no era quedarse dormido encima de ti» (Basilio Martí).

VERSOS LIBRES

Un tipo feliz

La mente humana necesita responder a las preguntas, es nuestra naturaleza. Pocas veces dejamos una interpelación sin contestar. Las respuestas se pueden dar en voz alta o en forma de reflexión callada e interna. Cuando, además, la pregunta es inesperada o inusual, la mente buscará la respuesta en el territorio de la sinceridad. La pregunta «¿Eres feliz?» obliga a una rápida reflexión, una introspección que dura una décima de segundo, un meteórico recuento de lo vivido, lo bueno y lo malo, para acabar en un lacónico y espontáneo veredicto: si o no. A continuación, interviene el yo más racional, pues se hacen indispensables argumentos suficientes para explicar y explicarnos esa concisa respuesta inicial. El «sí» o el «no» brotan del corazón, los argumentos son asunto de la razón. La combinación de ambos completa la ecuación, resuelve el enigma y nos proporciona un buen número de pistas con las que entender y descifrar un carácter o un comportamiento.

Dijo Antonio Vega en una ocasión que la felicidad solamente se consigue estando en paz con uno mismo. Quizá la meta no sea la felicidad, sino ese estar en paz con uno mismo y el hecho de ser feliz sea el efecto secundario inevitable de haberlo conseguido.

A la pregunta de «¿Crees que Antonio Vega fue un tipo feliz?», las personas que lo conocieron y lo amaron responden con honestidad, sin tapujos ni fingimientos, asumiendo lo bueno y lo malo, el dolor y la alegría, transformando en amor y ternura cualquier arrinconado resto de rencor. Son reflexiones que transcienden la falsamente sencilla pregunta, un generoso regalo para todos los que estamos leyendo este libro.

Nacho García Vega

«Es muy difícil contestar a esa pregunta. Para empezar, ¿qué es ser feliz? ¿Quién lo es? Como cualquier otra persona Antonio vivió

momentos de mayor y menor felicidad. Nadie es constantemente feliz. Yo tengo el orgullo de poder decir que Antonio a mi lado se sentía feliz, yo le hacía reír y eso le hacía sentirse vivo.

»Recuerdo que, después de muchos años sin trabajar juntos, cuando empezamos a vernos con más frecuencia, poco antes de volver con Nacha Pop, su novia de entonces me dijo algo que me pareció muy significativo: "Cuando está contigo y luego regresamos a casa me cuenta chistes. Me explica los chistes que le has contado".

»Era como si, de pronto, le rebrotara una parte de la infancia, de esa adolescencia y de esa ingenuidad que te permite bromear a pesar de las circunstancias, y eso es algo muy poderoso, algo que te puede ayudar a llevar un mono o lo que sea… No puedo decir mucho más, pero sí sé que Antonio se sentía vivo cerca de mí y yo con él me sentía complementado.

»Creo que con una adicción muy grande es difícil ser feliz porque te come el tiempo. Por tratar de explicarlo de alguna manera, es una cuestión práctica. Si tu adicción te ocupa una buena parte de las horas del día te deja muy poco espacio para ser feliz y te queda una ventana muy pequeña de la que extraer felicidad. Antonio tenía menos probabilidades de ser feliz que otra persona sin sus problemas. Durante el tiempo que le quedaba fuera de su adicción seguramente fue más feliz que cualquier otro, seguro. Mucho más porque él sabía sacar rendimiento de su talento y del disfrute como compositor. Era, además, un hombre alegre con un gran sentido del humor, vivaz y vital, cuando podía ser él mismo.

»Yo creo que Antonio ha vivido la intensidad de ser grande y de ser bueno en lo que hacía. Ten en cuenta que estamos hablando de música, de arte… En ese sentido cualquier sensación se multiplica en comparación con alguien que va a la oficina y no puede extraer felicidad del trabajo, lo digo con todos mis respetos. Antonio sí podía extraer esa felicidad de su trabajo. El compositor que es consciente de que acaba de componer una frase especial que le va a gustar a todo el mundo, esa felicidad y ese orgullo de sentir que acabas de crear algo grande y lo cantas o lo tocas y cada vez te gusta más y piensas que le va a flipar a la gente, eso te produce una felicidad que no está al alcance de todas las profesiones. Con eso me quedo».

Carlos Brooking

«Yo creo que era feliz cuando tocaba, ¿sabes? Y cuando se… De hecho, yo creo que él se fabricaba sus mundos precisamente porque en ellos era feliz. No creo que fuera feliz en este mundo exterior, físico,

analógico en el que vivimos, pero sí que era un maestro creando sus propios mundos. Entonces, como te he dicho, como se metía de cabeza en todo lo que le gustaba, empezó a coleccionar maquetas de trenes en miniatura, y ahí se hizo trenes enormes con estaciones, con no sé qué…, en fin, con cualquier cosa que le gustaba se volcaba y se convertía en su mundo.

»Y fuera, pues yo qué sé… Yo he vivido con él momentos en los que le he visto reír y reírse mucho. Supongo que en esos momentos sería feliz, cuando se estaba riendo y tal… Y más allá de eso, la vida que llevó, pues era una vida ya sabes, una vida difícil, una vida con altibajos, con problemas…

»Yo lo que te quiero decir es que muchas veces ocurre eso. Ocurrió también cuando sacaron el documental en el cine. Mucha gente me decía que en el documental se hablaba de las drogas y yo, cuando me preguntaban los músicos, y me comentaban que allí se hablaba mucho de las drogas y no se hablaba de… Lo que yo respondía es que, bueno, mira, realmente Antonio consumía drogas y explicar su vida sin las drogas no te va a resultar fácil, porque muchas horas de su día a día y de sus semanas y de sus meses y años estaban dedicados o a conseguirlas o algo relacionado con ello, incluso su círculo de amistades derivó hacia eso. Si tú quieres explicar de una manera honesta la vida de Antonio, pues tienes que meterte en ese fango, no hay otra».

Nacho Béjar

«Sí lo creo, sí lo creo. Sé que sufrió mucho. Las pasó muy canutas. Pasó por situaciones muy sórdidas y horribles, pero yo creo que él era feliz. Por lo menos que se sentía en armonía con lo que él pensaba que era la vida. Porque, además, él era muy consciente de lo efímero de todo esto. Yo creo que él eligió vivir fuera, vivir en el universo, en su cabeza… Es una verdad muy grande, todos nos esforzamos día a día, parece que, si hacemos las cosas que nos han enseñado, que nos han dictado, parece que vamos a alcanzar la inmortalidad. Es una falacia, es mentira, vamos a morir todos. Y estás todo el rato como "Venga, no voy a hacer esto porque tengo que hacer tal. Voy a ser responsable porque tal… No voy a no sé qué, voy a hacer mi carrera bien…". Parece como si, por hacer todo eso, fueses a alcanzar, pues, bueno, ese cielo prometido, lo que sea. Y te dices, no, tío, el universo está lleno de vida y muerte y nada premia nada y no es… Hay una frase maravillosa que dice "Toda buena acción recibe su justo castigo". Y Antonio, yo creo que lo vio y entonces decidió vivir en ese… bueno,

ahí se protegió, y creo que… No sé si feliz es la palabra, pero no se sentía a disgusto. Supongo que, si lo hubiera estado, hubiera pataleado y hubiera hecho lo posible por salir y por cambiar eso. Yo creo que él se sentía más o menos bien… A gusto consigo mismo».

Carlos Narea

«En términos generales, posiblemente sí lo era, pero está claro que algo no funcionaba. Algo había ahí que no funcionaba. Nunca quise entrar mucho porque me parecía una invasión, en eso soy muy respetuoso en general.

»Sobre todo, porque en el proceso creativo somos muy frágiles, la sensibilidad está a flor de piel en el estudio. Es delicado. Muchas veces estar grabando es como cuando haces teatro. Grabando aparecen cosas que te llevan a sensaciones personales. Eso ha pasado muchas veces, estar grabando con alguien y diriges al cantante para llevarlo a su sitio y acaba llorando, entonces tienes que parar… Que estamos haciendo música, esto no es una terapia. Estamos cantando, buf, fuera. Pero las sensaciones están ahí. Por eso mismo es muy fácil herir a alguien. Tienes que tener mucho cuidado de no menospreciar a alguien sin querer, alguien que está aportando ideas porque entonces deja de aportarlas. Hay que tener mucho cuidado.

»Está claro que algo había en su vida que no estaba del todo bien, pero no lo manifestaba de una forma clara. Con él no decíamos: "Cuidado con este, que hoy anda atravesado". Hay otros artistas que son mucho más transparentes en ese sentido: "Uy, cuidado con este, que viene atravesado". Antonio era diferente… Yo creo que Antonio, si no estaba bien, directamente no aparecía, no compartía esos momentos. Aparecía cuando estaba bien y tenía ganas de trabajar y, si no, no venía al estudio y ya está».

Basilio Martí

«Lo he estado pensando y yo creo que, en general, sí. O sea, él tenía muchos problemas y muchas dudas, pero, mira, yo creo que, al final, la música fue para él una alegría porque yo no me imagino un tipo como él sin música. Hubiera sido un desgraciado. Con esas inquietudes, esa inteligencia… él era superdotado. Tenía esa inteligencia y lo sabía todo, tenía una memoria fotográfica. Un tío así dedicado a vender seguros hubiera sido un desastre. Entonces, creo que llegó al sitio perfecto para él que era la música y… yo creo que sí,

que fue feliz».

Carlos Vega

«Yo creo…, ya me hubiera gustado a mí disfrutar lo que creo que Antonio ha disfrutado en su vida. Antonio ha sufrido mucho, pero ha disfrutado como el que más, porque era tan apasionado con todo lo que le interesaba que eso, al final, te genera un disfrute que yo creo que es lo más próximo a la felicidad que tenemos, cuando eres capaz de disfrutar digamos intensamente al cien por cien de algo. En el fondo, podría ser casi una definición de felicidad. Yo creo que Antonio ha sido muy feliz y muy desgraciado, pues probablemente más feliz que mucha gente y más desgraciado que mucha gente. En el fondo, la sensibilidad te lleva a la felicidad y al sufrimiento. Si eso lo mezclas con que, aparte de un ser sensible, es un ser racional e intelectualmente dotado, pues digamos que vives esos dos extremos de una manera muy intensa y muy extrema».

Teresa Lloret

«¿Te digo cuándo era feliz? Cuando teníamos cosas. Y era un "Ahora no me preocupo y me pongo a componer". Y no dormía o nos tirábamos despiertos hasta las siete de la mañana mientras me enseñaba cómo funcionaba el Pro Tools y luego me hacía preguntas para ver si lo había entendido y, bueno… Hemos sido felices, a veces, cuando nos desenganchábamos y veníamos aquí en moto y nos quedábamos en una curva flipados…».

A MODO DE EPÍLOGO

Seis cuerdas para para contar emociones infinitas

Escucho la voz de Antonio en su *Básico* mientras escribo, no sin cierta tristeza, las últimas líneas de estas páginas. Se acerca un final a la vez deseado e inevitable, y tendré que despedirme de Antonio. Tendré que dejar ir a quien me ha acompañado a un nivel tan íntimo durante estos meses intensos y sorprendentes. Siento la irrefrenable necesidad, será deformación profesional, de encontrar un desenlace, una conclusión que remate la premisa con la que empezó esta historia, y me alegra comprobar que resulta ser una tarea infructuosa. Sonrío y me alegro. Que cada cual decida lo que quiera sentir.

Me distraigo con la guitarra y la voz de Antonio mientras canta «Seda y hierro», y caigo en la cuenta de que para mí ya no será nunca más Antonio Vega, solo Antonio. Un hombre al que no conocí, y a quien he descubierto a través de las confesiones sinceras de sus amigos y familiares. Me alegra saber y sentir que le amaron, que le admiraron y le acompañaron, le abandonaron y luego regresaron, le odiaron y perdonaron. Les comprendo, también yo, escribana impensada de quien fue Antonio Vega, he sentido todo eso mientras indagaba en esa vida ajena y compleja.

Nunca fue la intención de este libro desvelar un gran misterio o relatar con detalle la oscuridad y el lado más sórdido de Antonio. Nunca fue la curiosidad morbosa el deseo y motor de nada. El impulso fue algo tan sencillo y preciado como un deseo de honestidad, de contar una historia con honestidad y, sí, con la mirada deliberadamente impregnada de ternura. Gran pecado la ternura. Una impostura para quienes no saben manejarla.

Suena «Estaciones» y Antonio canta: «Y por eso vivo el día, día simple, día claro, vivo al menos sin temores, sin el miedo de gozar». Me arrebatan y conmueven esos versos, de una belleza al alcance de

muy pocos artistas. Para entender y comprender a Antonio se hizo necesario escarbar en los recovecos de su personalidad, atrayente y magnética. Y descubrí una manera para mí desconocida de habitar el mundo. Un regalo que ya hace tiempo aprendí a reconocer y agradecer. Antonio nunca eludió su lado más oscuro, nunca negó que consumiera drogas, como tampoco hizo apología de nada. Un hombre inteligente no busca tener la razón ni imponer un pensamiento. Antonio, únicamente, por así decirlo, se dejó llevar. Fin de la historia.

Adiós, Antonio, hasta más ver. Para mí serás ya para siempre un pequeño jardín en el sitio de mi recreo.

Bibliografía

Bosco, Juan. *Antonio Vega. Mis cuatro estaciones*, Lunwerg, Barcelona, 2019.
VV.AA. *Antonio Vega. ¿Y si pongo otra palabra?*, Demipage, Madrid, 2019.

Fuentes

antoniovega.org
Antonio Vega. Así se hizo (3000 noches con Marga). Entrevista en Sonoland Estudios, Coslada, Madrid, 2005.
Antonio Vega. Monográfico Canal + 1993.
Antonio Vega. Tributo y memoria, 2014.
cadenaser.com
Cantantesyestrellas.blogspot.com
CONCEJERO, Paloma, *Tu voz entre otras mil*. (Documental musical), Rodando Voy, ICAA, 2014.
efeeme.com
elmundo.com
elpais.com
elpenta.es
entrelineas.org
Entrevista a Antonio Vega. A medio camino, Dexiderius producciones, S.L., 2004.
jotdown.es
juliomedem.org
LaSexta columna: 40 años de la movida: la cara B, 2020.
los40.com
mundomusicos.org
nachapop.es
rtve.es
Sofá Sonoro. SER podcast.
unserenotransitandolaciudad.com
uppers.es
vinylroute.com

Discografía de Antonio Vega

(Marcadas con asterisco las canciones compuestas por Antonio Vega)

CON NACHA POP (1980-1988)

***Nacha Pop* (Hispavox, 1980)**
Antes de que salga el sol*
Lloviendo en la ciudad*
Déjame algo*
Chica de ayer*
Sol del Caribe
50 pop
Nadie puede parar
Cita con el rock and roll*
El circo*
Eres tan triste*
Miedo al terror
Mujer de cristal*

***Buena disposición* (Hispavox, 1982)**
No necesitas más
Reflejo de ti*
Juego sucio*
Tragaluz*
Buque que no llega
Qué hiciste conmigo anoche
Sonrisa de ganador*
Alta tensión*
Visiones
Atrás*
Quiero estar mejor
Brillo perdido*
Día tras día*

***Más números, otras letras* (DRO, 1983)**
Agárrate a mí
Vidas agridulces*

Topes del amor
No puedo mirar*
Enganchado a una señal de bus*
Magia y precisión*
Pon precio a tus besos
Luz de cruce*
Estado de sitio*
Como hasta hoy
Sin conversación
Una décima de segundo*
Escala real*
Pagas caro mi humor
Una décima de segundo - Piano bar

Dibujos animados **(Polydor, 1985)**
Grité una noche
Lo que tú y yo sabemos*
Déjate ver ya*
No me olvido
Con tal de regresar*
Relojes en la oscuridad*
Sácame
Sentado al borde de ti*
Nuevo plan
Cada uno su razón*

El momento **(Polydor, 1987)**
No se acaban las calles*
Vístete
Asustado estoy
Desordenada habitación*
Persiguiendo sombras*
¿Quién soy?
Lucha de gigantes*
Lágrimas al suelo
Puertas abiertas*
Si esto fuera amor

Nacha Pop 80/88 **(Polydor, 1988)**
Puertas abiertas*
Grité una noche
Relojes en la oscuridad*
Sentado al borde de ti*

No me olvido
Cada uno su razón*
Nuevo plan
Medley:
✓ Con tal de regresar*
✓ Como hasta hoy
✓ Atrás*
✓ Miedo al terror
✓ Pagas caro mi humor
✓ Alta tensión*
Nadie puede parar
Asustado estoy
Lo que tú y yo sabemos*
Chica de ayer*
Una décima de segundo*
Vístete
¿Quién soy?
Déjate ver ya*
Antes de que salga el sol*
Sol del Caribe

Nacha Pop Tour 80-08 Reiniciando **(Universal, 2008)**
Antes de que salga el sol*
Vístete
Relojes en la oscuridad*
Visiones
Atrás*
No se acaban las calles*
No necesitas más
Lo que tú y yo sabemos*
Nuevo plan
Poca luz y mucha claridad
Lucha de gigantes*
No me olvido
Grité una noche
Esperando nada*
Asustado estoy
Suerte
Una décima de segundo*
Persiguiendo*
Chica de ayer*
Nadie puede parar
Alta tensión*

Sol del Caribe

ANTONIO VEGA (1991-2005)

No me iré mañana **(Polydor, 1991)**
Háblame a los ojos*
Esperando nada*
Lo mejor de nuestra vida*
Tesoros*
Síguelo*
La última montaña*
Azul… Se dejaba llevar por ti*
Guitarras*
Mis dos amigos (Antonio Vega y Carlos Vega)
No me iré mañana*

Océano de sol **(Polydor, 1994)**
Océano de sol*
Elixir de juventud*
Vapor (Antonio Vega y Nacho Béjar)
Palabras*
Lleno de papel*
Hablando de ellos*
El sitio de mi recreo*
Ahora sé que mis amigos*
Cierto como imaginar*
Palabras (Instrumental)*

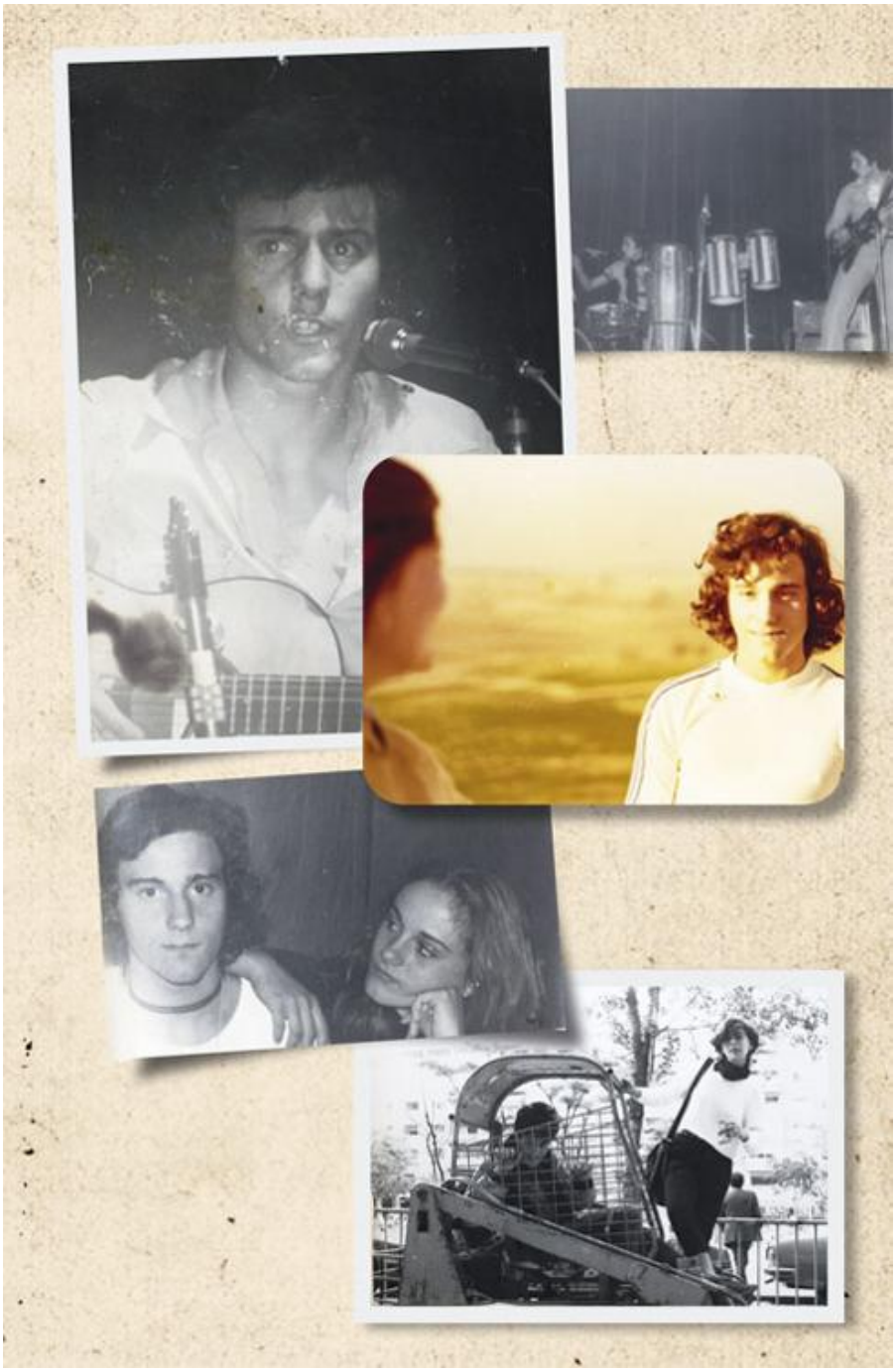
Anatomía de una ola **(Polydor, 1998)**
La hora del crepúsculo*
Como la lluvia al sol*
Tuve que correr (Nacho Béjar)
Murmullo de tus manos*
Tributo a…*
Mi hogar en cualquier sitio*
Ángel caído*
Agua de río (Antonio Vega, Nacho Béjar, Basilio Martí)
Entre tú y yo*
Anatomía de una ola*

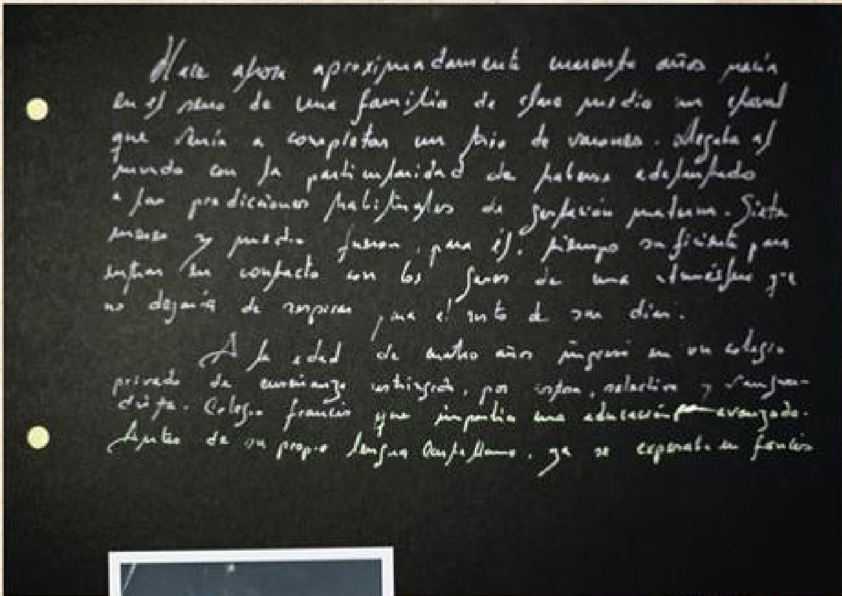
De un lugar perdido **(EMI, 2001)**
Estaciones (Antonio Vega, Marga del Río)

A medio camino*
Hojas que arranqué (Antonio Vega, Marga del Río)
Para bien y para mal (Nacho Béjar)
Seda y hierro*
De un lugar perdido*
Ser un chaval (Antonio Vega, Marga del Río)
A trabajos forzados (Antonio Gala, Antonio Vega)
Horizons*

***Básico* (Hispavox, 2002)**
Lucha de gigantes*
A medio camino*
Atrás*
El sitio de mi recreo*
Azul… Se dejaba llevar*
La última montaña*
Háblame a los ojos*
Seda y hierro*
A trabajos forzados (Antonio Gala, Antonio Vega)
Una décima de segundo*
Estaciones (Antonio Vega, Marga del Río)
Esperando nada*
Chica de ayer*
San Antonio (Antonio Vega, Marga del Río)
Materia oscura (Antonio Vega, Marga del Río)

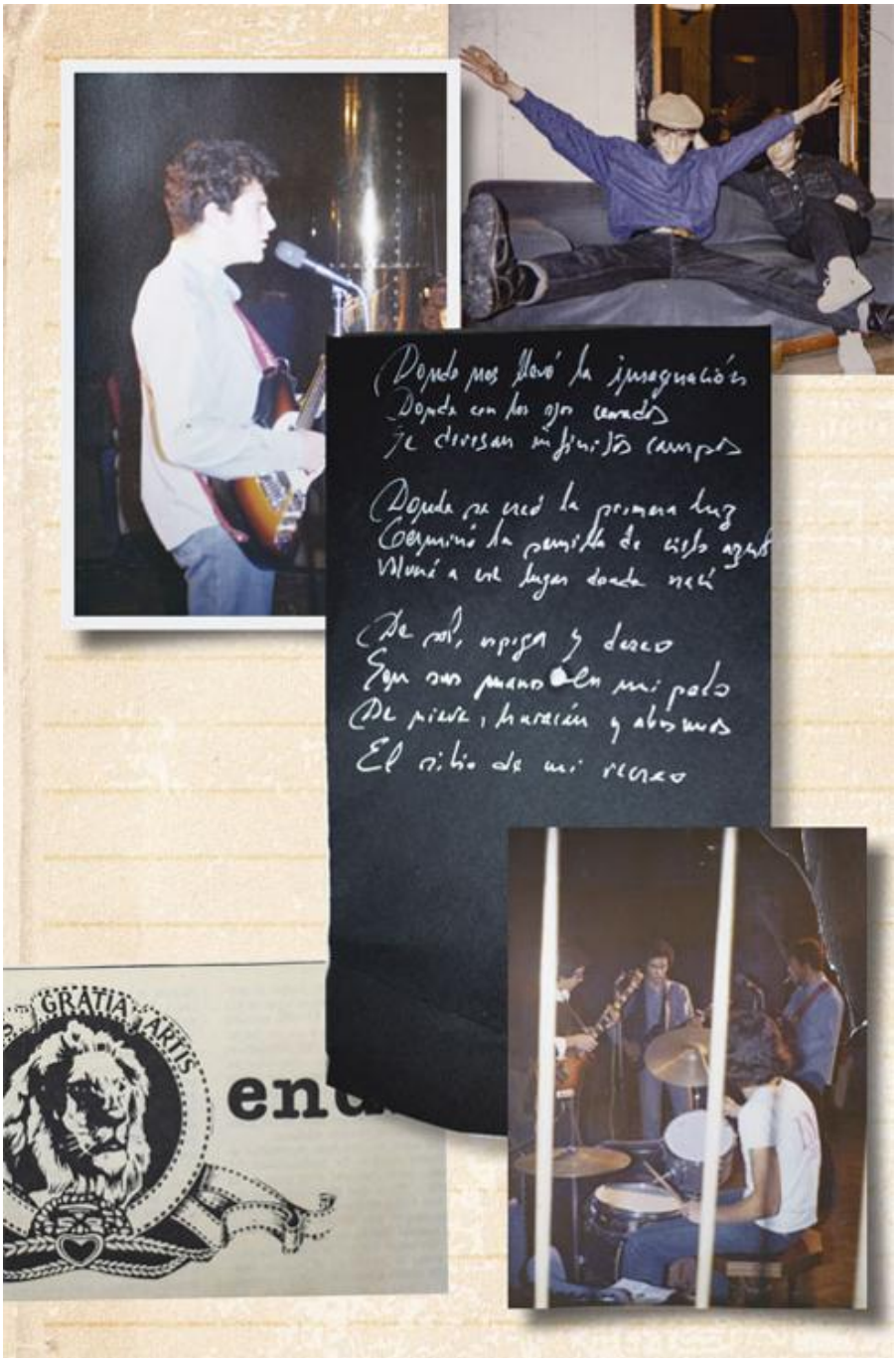
***3000 noches con Marga* (EMI, 2005)**
Pasa el otoño*
Pueblos blancos*
Ángel de Orión*
Caminos infinitos*
Cada sombra en la pared*
Un día y otro*
Valle misterio*
Te espero*
Tres mil noches con Marga*





Hace ahora aproximadamente cuarenta años nacía en el seno de una familia de clase media un chaval que venía a completar un trío de varones. Llegaba al mundo con la particularidad de haberse adelantado a las predicciones facultativas de gestación materna. Siete meses y medio fueron, para él, tiempo suficiente para entrar en contacto con los seres de una atmósfera que no dejaría de respirar hasta el resto de sus días.

A la edad de cuatro años ingresó en un colegio privado de enseñanza integrada, por cierto, selectiva y vanguardista. Colegio francés que impartía una educación avanzada. Aparte de su propia lengua castellana, ya se expresaba en francés


Donde nos llevó la imaginación
Donde con los ojos cerrados
Te deseas infinitos campos
Donde se creó la primera luz
Germinó la semilla de cielo azul
Volveré a ese lugar donde nací
De sol, espigas y deseo
Son sus manos en mi pelo
De nieve, huracán y abismos
El sitio de mi recreo
GRATIA ARTIS

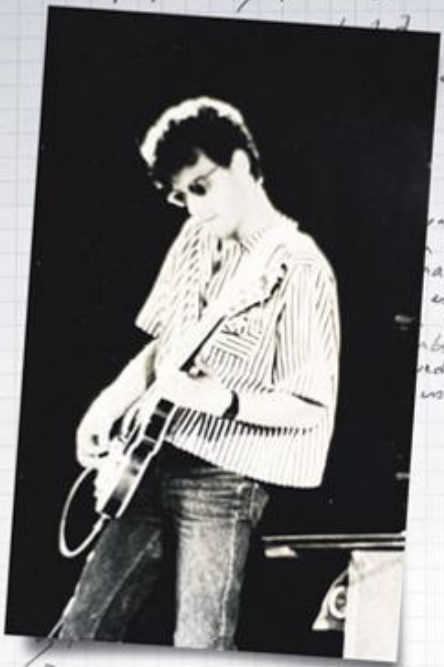
Ni un millón de años me harán olvidar esa décima de segundo en que olvidé un millón de años

Mensajes

Mi Hogar en cualquier sitio

SE DEJABA LLEVAR POR TI

Azul, líneas en el mar
Que profundo y pies dormas



Eh! tú no lo pienses más
O te largas de una vez
O no vuelves nunca hacia q

...a llevar
...llevar por ti
...aba jamás
...espera si no es por ti
...eyes hablar
...bla contigo y con nadie más
...ede sufrir
...os pepa solucionar

Reina un sueño de sonido a mar

Se dejaba llevar
Se dejaba llevar por ti ...

... Vega

...ldo

ja

Gracias a:

Miguel Linas, Paz Peiró, Manuel Zurita, Fernando Bajalde, Son Espases, Toto Serena, Germán y Herminia, Nicolás Quintana, Margarita Sobrino, Noël Quintana, Nati Castillo.

Tony Roca.

Cómo agradecer tu confianza, tu apoyo, tu entusiasmo y cariño, tus tablas, a ti que has redibujado mi sonrisa y despertado mi risa. A ti que llamaste a la puerta de mi corazón dormido. Marga, pequeña gran mujer, te quiero.

A Manuel Sánchez por su proverbial protección artística y humana, con cariño ilimitado.

A todos en LIMAC, mi gran familia, os quiero.

A Jaime Bronza por ser maravilloso.

A Vicente Franco por tener en él un amigo.

A todos los artistas de LIMAC, los mejores.

A Fernando Crespo, José Luis, Compañía.

A mi hermano Carlos, Helen, Carlitos...

Todos ellos han contribuido a hacer de éste el mejor de mi vida.

¿Cuánto he de amarte, para que el dolor que llevo dentro no destruya mi amor ilimitado, profundo, sincero? El amor que vivo por ti.

¿Cuánto puedo quererte, para no claudicar, ante la amargura de la soledad?

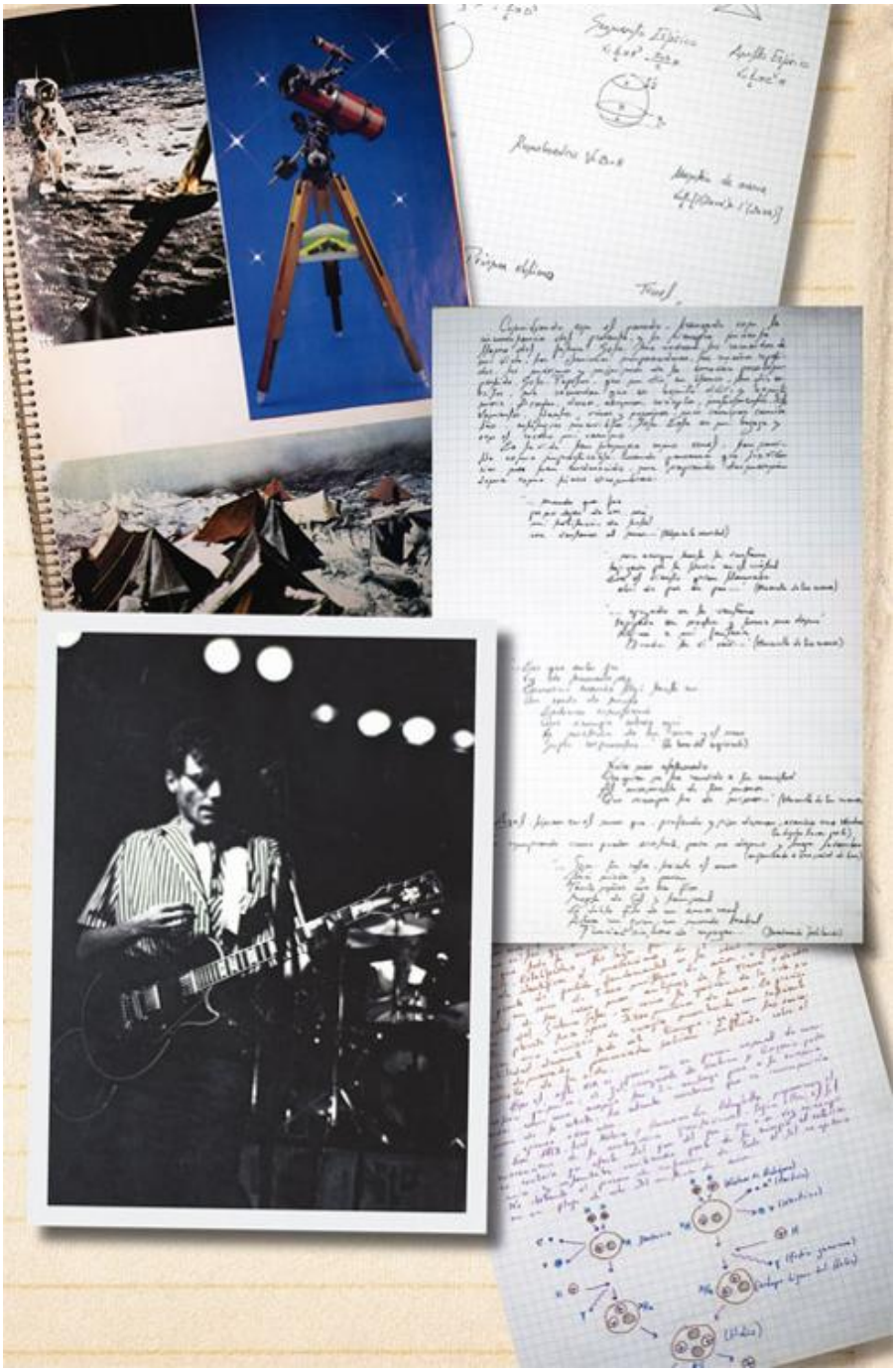
Gotas [illegible] no devuelve las palabras que suplican tu deseo por mí, que imploran que llegaste a mis labios de un te quiero que no sea compartido.

¿Cuánto he de quererte, para que mi corazón llore en silencio de dolor a una herida que nunca cicatriza.

Cuánto amor he de sentir por el otro para que no importe la verdad de

No olvido a mi familia, celosamente ubicada en un lugar de mi ser. A Teresa porque me lo dio todo y me aceptó como soy. Hoy estás más cerca. Hoy puedo contar los árboles del bosque que plantamos juntos durante 17 años. Te querré siempre

... los llevas en tus manos y cuando pienso me acerco a ti, al "murmullo de tus manos". La eternidad es la garantía y seguridad de oír tu voz, tu risa, de tener tu cariño, Mercedes. En paz para siempre.



ANTONIO VEGA. UNA VIDA ENTRE LAS CUERDAS
Magela Ronda

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Magela Ronda Rodríguez, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Letras reproducidas en el texto:
«El sitio de mi recreo», «Una décima de segundo», «Estaciones», «La última montaña», «A medio camino», «Mis dos amigos», «Un día y otro», «Te espero», «Ángel de Orión», compuestas por Antonio Vega; «Entre tu y yo», compuesta por Carlos Vega: ©Warner Chappell Music Spain. Cortesía de la familia Vega Tallés.
«Mis dos amigos»: © 1991 by Antonio Vega Tallés, Carlos Vega Tallés. Universal Music Publishing MGB Spain
«Lleno de papel»: © 1994 by Antonio Vega Tallés. Universal Music Publishing SLU.
«Mi hogar en cualquier sitio»: Escrita por Antonio Vega Tallés. © 1997 Sony Music Publishing
«Tributo a Felisa Sanz»: Escrita por Antonio Vega Tallés. © 1997 Sony Music Publishing

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de cubierta: © Chusmi10
Imágenes de interior: cortesía de la familia Vega Tallés

Primera edición en libro electrónico (epub): enero 2023

ISBN: 978-84-670-6892-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!